

Carlo Maria Martini

Cardenal Arzobispo de Milán

Al alba te buscaré

La escuela de la oración



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra) España
1991

Presentación y utilización

1. Todo pastor y todo teólogo tiene un forma excelente de confesar la fe en el Señor, de promoverla y confirmarla en los hermanos: orando.

La oración cristiana es repetir a Dios con gran confianza las palabras de Dios; es suplicar, interceder y ofrecer con Jesús y su Santo Espíritu; es alabar y adorar al Padre, gracias a la acción del mismo Jesús y del Espíritu Santo.

Es oración bíblica, cristiana, “pneumática”, esto es, hecha con las palabras de Dios, con el don mismo que el Señor hace de sí, con la fuerza del Espíritu.

2. Las oraciones proclamadas y escritas por un teólogo son el vértice de su capacidad de interpretar y volver a proponer orgánicamente el designio salvífico revelado por el Dios Trinidad.

Las oraciones de un pastor son el vértice de una acción salvífica magisterial que confirma la fe de los hermanos y los asegura y sostiene dándoles al mismo Señor.

3. El arzobispo de Milán, cardenal Carlo Maria Martini, ha propuesto en el volumen *Sobre los caminos del Señor* temas de enseñanza y, por tanto, de meditación. De la misma manera, en el libro *Las virtudes cristianas* ofrece reflexiones e invitaciones a poner en práctica comportamientos y testimonios de vida concretos, dignos y coherentes con la fe cristológica-trinitaria profesada. Ahora, después de un decenio de fecundo servicio pastoral, no podía faltar, como don y propuesta para muchos, una selección de las oraciones escritas o tomadas por es-

crito desde la viva voz, o publicadas en decenas y decenas de volúmenes.

4. Son para nosotros una escuela de oración y una pedagogía para la profesión de la fe. Ofrecen la posibilidad de ayudarnos a hablar, día tras día, con sencillez y eficacia al Señor, al Espíritu, al Padre, a María, a los santos, nuestros amigos y hermanos, sobre nosotros mismos, sobre tantos problemas de la humanidad, de las esperanzas humanas que deben purificarse y asumirse en la fundamental esperanza teológica.

5. Las oraciones han sido seleccionadas temáticamente por el trabajo diligente de la profesora Angelina Cappa Agnesod. El volumen ofrece, en su conjunto, la posibilidad de ayudar a cada uno a:

- conocer al Dios verdadero y su voluntad,
- abandonarse alegremente a él,
- corresponder a sus dones y vivir su llamada,
- querer y saber adorar, alabar y dar gracias,
- unirse salvíficamente a la Palabra de Dios escrita,
- dirigirse al Señor en la prueba,
- orar por la Iglesia, por toda la humanidad.

6. Orar es un empeño imprescindible, pero, sobre todo, un gran don y vocación fundamental del cristiano.

Ojalá que esta selección de oraciones de un celoso obispo de la Iglesia dé a muchos la alegría y la experiencia misionera de orar.

Luciano Pacomio

Introducción

“Señor, enséñanos a orar...”

Señor, tú sabes que yo no sé orar.
¿Cómo puedo, entonces, hablar a otros de la oración?

¿Cómo puedo enseñar a otros algo sobre la oración?

Sólo tú, Señor, sabes orar.

Tú oraste en la montaña, en la noche.

Tú oraste en las llanuras de Palestina.

Tú oraste en el huerto de tu agonía.

Tú oraste en la cruz.

Tú sólo, Señor, eres el maestro de la oración.

Y tú nos has dado a cada uno de nosotros, como maestro personal, al Espíritu Santo.

Sólo, pues, con la confianza en ti, Señor, maestro de oración,

adorador del Padre en espíritu y en verdad, solamente con la confianza en el Espíritu que vive en nosotros

podemos intentar decir algo,

exhortarnos recíprocamente,

para devolvernos algún don tuyo,

respecto a esta maravillosa realidad.

La oración es la posibilidad que tenemos de hablar contigo,

Señor Jesús, Salvador nuestro,

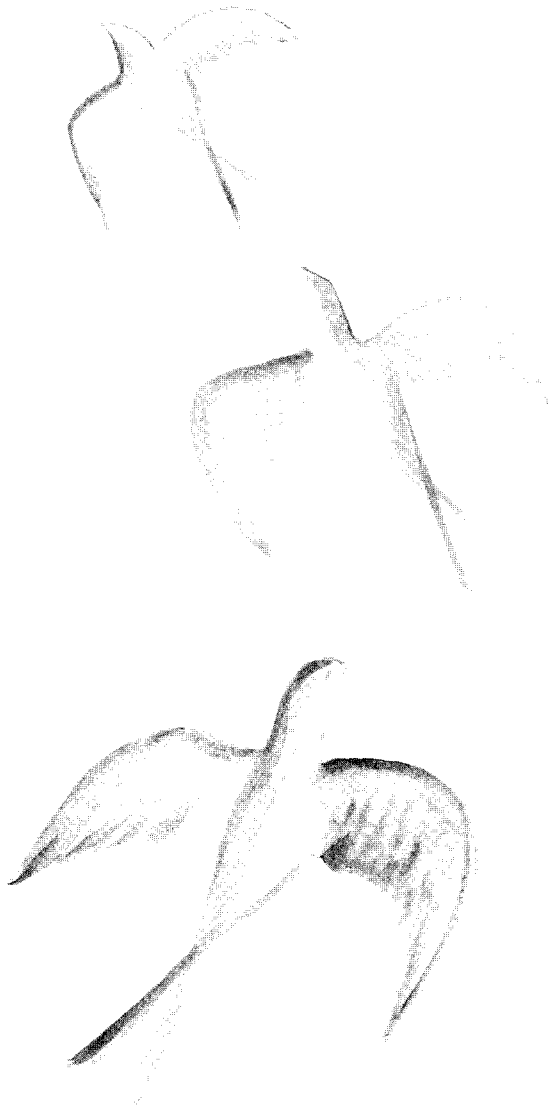
de hablar con tu Padre y con el Espíritu,

y de hablar con sencillez y verdad.
Madre nuestra, María, maestra en la oración,
ayúdanos, ilumínanos, guíanos en este camino
que tú también has recorrido antes que nosotros,
conociendo a Dios Padre y su voluntad.

Parte primera

La oración

Teoría y profecía



La oración

La oración es algo sumamente sencillo, algo que nace de la boca y del corazón del niño. Es la respuesta inmediata que nos sale del corazón cuando nos ponemos frente a la verdad de la existencia.

Esto puede suceder de muchas maneras, quizá de formas diversas en cada uno: para unos puede ser una excursión a la montaña, un momento de soledad en el bosque, escuchar una música que nos hace olvidar un poco la realidad inmediata, que nos saca un instante de nosotros mismos. Son, éstos, momentos de la verdad de la existencia, en los que nos hallamos un poco arrastrados fuera de la esclavitud de las cosas que nos reclaman continuamente. Hacemos un respiro más hondo que de costumbre, percibimos que algo se mueve dentro, y, entonces, —en esos momentos de gracia natural, plenos de felicidad, en que nos sentimos realmente nosotros mismos— es muy fácil, casi instintivo, que surja una oración: “¡Gracias, Dios mío!”, “¡qué grande eres, Señor!”

Creo que cada uno de nosotros ha podido experimentar en su propia vida alguno de estos momentos. Quizá, en una serie de circunstancias felices se ha visto obligado a manifestar este reconocimiento de Dios, sacándolo del fondo del propio ser: es la oración natural, la oración desde la vida.

Toda nuestra oración, toda nuestra educación para la oración parte de este principio: el hombre que vive a fon-

do la autenticidad de la propia experiencia siente inmediata, instintivamente, la exigencia de expresarse por medio de una oración de alabanza, de acción de gracias, de ofrenda o de entrega.

Además de este aspecto de la oración desde la vida, se ha de tener en cuenta otra circunstancia: la oración del ser cristiano. Esta no es simplemente la respuesta a la realidad del ser que me envuelve o a la sensación de autenticidad que experimento dentro de mí, sino que es el Espíritu que ora en mí.

El texto fundamental al que debemos hacer referencia es la Carta a los Romanos, segunda parte del capítulo 8: El Espíritu ora en nosotros (Rm 8, 14-27).

Por tanto, se han de tener presentes estas dos verdades: “De la boca de los niños y de los lactantes te hiciste, Señor, una alabanza”. Por lo mismo, la oración es una realidad simplicísima, que brota cuando se han puesto las premisas justas; cuando la persona —el niño, el muchacho, el adolescente— se pone de verdad y a su manera frente a la realidad del ser, a la verdad del ser, en situaciones particularmente felices de distensión, de calma y de serenidad. A esta verdad le sigue otra: no somos nosotros como cristianos los que oramos; es el Espíritu el que ora en nosotros.

Educación para la oración

La educación para la oración consiste, pues, en el intento de favorecer esas condiciones que ponen a la persona en estado de autenticidad, o en buscar dentro de

nosotros mismos la voz del Espíritu que ora, para darle espacio y voz.

Sin esta premisa no hay oración cristiana: es el Espíritu el que ora dentro de nosotros. Y ésta es la característica propia, típica, de la oración cristiana.

Recuerdo que uno de los más grandes exegetas de san Juan, el padre Mollat, se preguntaba un día qué era lo característico de la oración cristiana, a diferencia de los tipos de oración de todas las demás religiones, de todas las oraciones naturales que el hombre puede hacer.

La respuesta que daba era la del capítulo 4 del Evangelio de Juan: “La oración en espíritu y en verdad”. Según el lenguaje joaneño, verdad significa: Dios Padre que se revela en Cristo. He aquí el núcleo de lo que caracteriza la oración cristiana, de lo que la distingue de la oración, aunque sea altísima, de otras religiones. Podríamos hablar extensamente de las oraciones de todas las religiones e incluso aportar muchos aspectos de esta elevación del hombre hacia Dios, pero lo específico de la oración cristiana consiste en ser un don directo de Dios, que nos envía el Espíritu, que nos da la posibilidad de orar en verdad, es decir, en la revelación que el Padre hace de sí mismo en Jesús.

Es lo que la liturgia actualiza cuando, en la conclusión de toda oración, pronuncia la fórmula: “Por Cristo nuestro Señor, en unidad con el Espíritu Santo”.

Es ésta la oración en que hemos de educarnos. No estaremos ciertamente educados en la oración si solamente nos limitamos a suscitar sentimientos de alabanza, de admiración, reconocimiento o súplica, y si no hemos asimilado esta realidad dentro del ritmo del Espíritu que ora en nosotros.

Entrada en la oración

Quizá es éste uno de los casos en que nos equivocamos más fácilmente. Con frecuencia creemos que lo importante es comenzar a orar de cualquier modo, aunque sea con la señal de la cruz; así, la gente... se pone un poco en orden. Es una manera equivocada de entrar en la experiencia del diálogo con Dios, porque equivale a lanzarse imprudentemente a la aventura de la oración sin estar previamente preparados.

Es ésta, sin duda, una de las causas por las que la oración se nos hace más difícil: no hemos puesto previamente una entrada, un ingreso. Así como en nuestras iglesias hay un pronaos o pórtico, un momento de separación, de la misma manera en toda nuestra oración —sobre todo si es prolongada— es necesario anteponer un momento particular, un momento de silencio absoluto.

Debemos también ayudar a los niños a hacer un instante de silencio absoluto del cual puedan partir para entrar en la oración. Diría que todavía hay algo más: llamaría a este momento de entrada casi una forma de puesta a cero: poner a cero nuestra fantasía, nuestro mismo ser, como se pone a cero un cuentakilómetros.

¿Qué significa esto? A mi juicio, es sumamente importante comenzar a orar no sólo con un momento de silencio, de pausa, de respiración, sino con el claro reconocimiento de que no somos capaces de orar: “Señor, eres tú el que ora en mí. No sé por dónde comenzar; que me guíe tu Espíritu”.

Es necesario quitar del diálogo con Dios toda presunción, todo lo que creemos haber aprendido o que poseemos. Debemos entrar en la oración como pobres, no como poseedores. Cada vez que nos presentamos ante Dios,

nos presentamos como absolutamente pobres. Creo que nuestra oración sufre siempre que no lo hacemos así. Resulta más pesada y va cargada de cosas que la perturban.

Es necesario entrar ante Dios en estado de verdadera pobreza, de despojo, de ausencia de ideas preconcebidas: “Señor, no soy capaz de orar, y si tú permites que yo esté delante de ti en un estado de aridez, de espera, bendeciré esta espera, porque eres demasiado grande para que te pueda comprender. Tú eres el Inmenso, el Infinito, el Eterno, ¿cómo puedo hablar contigo?” Este es el estado que emerge de muchos salmos, modelos auténticos de oración, que deben interiorizarse después.

Comencemos, por tanto, la oración con la puesta a cero de nosotros mismos, que puede exteriorizarse de esta manera: un momento de silencio, arrodillados en adoración, un momento de reverencia, de respeto exterior, que manifiesta nuestra entrada en esta situación, conscientes de que no tenemos nada que llevar y sí mucho que recibir.

Entro en un diálogo en que la palabra me enriquece a mí que soy pobre. Entro, pues, como enfermo que precisa del médico, como pecador que necesita ser justificado, como pobre que ha menester de enriquecerse. “Despidió a los ricos con las manos vacías y derribó a los potentados de sus tronos” (incluidos los poderosos que creen saber orar y haber adquirido esta capacidad).

Volvemos siempre a la situación bautismal del ciego que suplica: “Señor, que vea”, que yo pueda comprender, que pueda pronunciar las palabras que el Espíritu me sugiere.

Se requiere un método

Muchos hombres de hoy no aciertan a orar porque carecen de una introducción mínima a las formas y a los ritmos de oración, o bien les domina la pereza o les perturba un clima de distracción. Hay que tener la humildad de prepararse para orar, sin fiarse demasiado de impulsos espontáneos. Se necesita una disciplina del cuerpo. Hay que someter la vida a una regularidad. No se puede conciliar un ritmo sano de oración con la televisión siempre encendida, con la incertidumbre de la hora de levantarse por la mañana, con una gula e intemperancia exagerada. Los educadores deben enseñar a los niños y a los jóvenes los diversos itinerarios corporales y mentales de la oración. Los lugares donde se practica la vida contemplativa estén abiertos a todo el que busca ayuda y guía para una oración más constante y personal.

Yo he ilustrado varias veces el camino de la *lectio divina*. Pero habrá que ampliar y perfeccionar las escuelas, los instrumentos concretos, las indicaciones prácticas para educar al hombre de hoy en una vida de oración seria y regular.

La dimensión contemplativa de la vida

La propuesta de reflexionar sobre la dimensión contemplativa de la vida trata de provocar implícitamente la recuperación de algunas certezas que en los confusos y, sin embargo, fecundos años apenas transcurridos, han sufrido cierto debilitamiento o algún eclipse.

Tales son la importancia religiosa del silencio, el prima-

do en la persona humana del ser sobre el tener, sobre el decir, sobre el hacer; la justa relación persona-comunidad.

Naturalmente, la recuperación de estos valores no puede significar abandono o menosprecio de aquellos que el pasado reciente ha puesto justamente de relieve, como la oración de la comunidad que en coro canta o habla con Dios, la necesidad que a la profesión de fe y a la alabanza siga la coherencia del testimonio y de las obras, la importancia de la dimensión eclesial en todos los ámbitos de la existencia cristiana.

Pero parece llegado el momento de recordar —en vista a un seguimiento de Cristo más intenso y armonioso— que el hábito de la contemplación y del silencio fecunda y enriquece la oración vocal y comunitaria; que no se da acción o compromiso que no brote de la verdad del ser profundo del hombre que ha sido renovado y exaltado en Cristo; que también la conciencia y la libertad de las personas particulares constituyen, con sus convicciones, sus esperanzas y sus propósitos, la autenticidad y el precio de toda existencia asociada en el nombre del Señor.

El silencio...

Si en el comienzo fue la Palabra y por la Palabra de Dios, venida a nosotros, comenzó a realizarse nuestra redención, es claro que, por nuestra parte, al comienzo de la historia personal de salvación, debemos poner el silencio: el silencio que escucha, que acoge, que se deja animar. Efectivamente, a la Palabra que se manifiesta debe-

rán corresponder después nuestras palabras de gratitud, de adoración, de súplica; pero, primero, el silencio.

Si, como sucedió a Zacarías, padre de Juan Bautista, el segundo milagro del Verbo de Dios es el de hacer hablar a los mudos, esto es, el soltar la lengua del hombre terreno, inclinado sobre sí mismo en el canto de las maravillas del Señor, el primero consiste en hacer callar al hombre charlatán y disipado (cf. Lc 1, 20-22).

“La Palabra hizo callar mis charlatanerías”: así describe con ruda claridad los inicios de su conversión, Clemente Rebora, espíritu noble de poeta milanés de nuestro tiempo.

Podemos, más bien, decir que la capacidad de vivir un poco del silencio interior delata al verdadero creyente y lo destaca del mundo de la incredulidad.

El hombre que ha echado de sus pensamientos —según los dictámenes de la cultura dominante— al Dios vivo que por sí llena todo espacio, no puede soportar el silencio. Para él, que afirma vivir en los límites de la nada, el silencio es el signo terrífico del vacío. Cualquier ruido por tormentoso y obsesivo que sea, se le hace más agradable; toda palabra, incluso la más insulsa, es la liberación de una pesadilla; todo es preferible a ser puesto implacablemente, cuando toda voz calla, ante el horror de la nada. Toda cháchara, toda queja, todo estruendo son bien aceptados, si de cualquier modo y por cualquier tiempo tratan de distraer la mente del conocimiento espantoso del universo desierto.

El hombre “nuevo” —a quien la fe le ha dado un ojo penetrante, que ve más allá de lo que ocurre en el escenario y la caridad de un corazón capaz de amar al Invisible— sabe que el vacío no existe y que la nada ha sido

vencida por la Infinitud divina. Sabe que el universo está poblado de criaturas gozosas; sabe que es espectador y, ya de alguna manera, partícipe de la exultación cósmica, reverberada en el misterio de la luz, del amor y de la felicidad que tiene su hontanar en la vida inagotable del Dios Trino.

Por eso el hombre nuevo, como el Señor Jesús que al alba subía en solitario a las cimas de los montes (cf. Lc 4, 42; 6, 12; 9, 28; Mc 1, 3), aspira a tener para sí algún espacio inmune de todo bullicio alienante, donde sea posible aprestar el oído y percibir algo de la fiesta eterna y de la voz del Padre.

Que nadie, sin embargo, lo entienda mal: el hombre “viejo”, que tiene miedo del silencio, y el hombre “nuevo” conviven ordinariamente, y en proporciones diversas, en cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros se ve agredido exteriormente por un cúmulo de palabras, sonidos, clamores que ensordecen nuestro día e incluso la noche. Cada uno está asediado interiormente por la algarabía mundana que nos distrae y dispersa con mil futilidades.

En este bullicio, el hombre nuevo que hay en nosotros ha de luchar por asegurar en el cielo de su alma aquel prodigio de un “silencio como de media hora” de que habla el Apocalipsis (8, 1); que sea un silencio verdadero, lleno de la Presencia, transmisor de la Palabra, dispuesto a la escucha y abierto a la comunión.

El silencio es el ejercicio que acompaña a la conciencia de estar bajo la Palabra. Escribía Lazzati: “En el mundo de la prisa, la oración exige tiempo y calma. En el mundo de los ruidos, la oración pide silencio. En el mundo de la distracción, la oración requiere capacidad de recogimiento”.

¿Qué quiere decir? Lo primero, que es una garantía de nuestra voluntad de silencio encontrar de vez en cuando el tiempo para retirarnos a la soledad y aislamiento. Sigo manteniendo que, si lo deseamos, es posible guardar gotas de silencio en nuestra experiencia más ajetreada y complicada. Se tratará de pausas rapidísimas en las cuales uno vuelve a tomar conciencia de sí y mira su entorno, pero que son importantes.

Tratad de pensar en la montaña: por mucho que parezca lisa, no existe pared de montaña que no tenga asideros. De lejos no se ven, pero, al acercarse, se perciben, hasta el punto de que los escaladores saben crearlos metiendo un clavo en una fisura pequeñísima.

Nuestra jornada es un poco parecida: debemos estar atentos a aquellas pausas que nos permiten un mínimo de autoconciencia incluso en las situaciones más tensas. Y, por otra parte, si no tenemos esta capacidad de silencio, no podemos tener autoconciencia y llegamos a ser fatalmente arrastrados por las cosas como autómatas.

...y la escucha

Sin momentos específicos de escucha no se encuentran los instantes de silencio, y estar bajo la Palabra es pura veleidad.

Oigamos una vez más a Lazzati: “Dios nos llama a la existencia mediante su Palabra. Nos hace existir como criaturas, hablándonos. La actitud consecuente por parte de la criatura no puede ser otra que la escucha de esta Palabra, el dejarse llevar por ella, que es la raíz de la vida.

Escuchar esta Palabra significa, pues, ser, existir; significa vivir”.

La fórmula conclusiva de Lazzati es maravillosa y nos revela toda la verdad de su actitud contemplativa.

Había comprendido que escuchar la Palabra significa encontrar momentos conscientes en los que resulta claro que estar bajo la Palabra de Dios es nuestro modo de vivir. Por ello, debemos encontrarlos en todas las ocasiones que la Iglesia nos ofrece, es decir, en los momentos litúrgicos de la proclamación de la Palabra. Debemos encontrarlos en nuestra jornada dedicando diariamente diez o veinte minutos o media hora a escucharla.

La oración es un don que Dios nos ofrece en su Palabra. Con frecuencia nuestra oración se pierde porque no parte de esta realidad, que se queda en un intento inútil de palabras que salen de nosotros. Partir de la escucha de Dios simplifica todo esfuerzo porque es más fácil escuchar que inventar fórmulas de oración. Es más fácil dejarse modelar por el Señor y después responderle que no intentar decirle cosas justas.

Nuestra respuesta a Dios sólo es verdadera si es una palabra que se devuelve a Dios de quien la habíamos recibido.

Por desgracia, el hombre de hoy vive en muchas ocasiones como un autómata. Vive como hecho por otros, sin saber ya qué es lo que realmente quiere. Deberemos, al menos, intentar otra vez no rezar automáticamente y volver a encontrar en la oración la maravilla por la caridad de Dios, imprimiendo así al mundo un sentido de eternidad.

Oración y ser del hombre

Considerada en su naturaleza profunda y en su momento ordinario, la oración no es actividad que se yuxtapone extrínsecamente al hombre: brota del ser, mana y fluye de la realidad de todo hombre.

Podríamos decir que la oración es, de alguna manera, el ser mismo del hombre que se pone en transparencia a la luz de Dios, que se reconoce por lo que es y, reconociéndose, descubre la grandeza de Dios, su santidad, su amor, su voluntad de misericordia, en una palabra, toda su realidad divina y su designio de salvación, tal como se revelan en el Señor Jesús, muerto y resucitado.

Antes que palabra, e incluso antes que pensamiento formulado, la oración es percepción de la realidad que florece inmediatamente en la alabanza, la adoración, la acción de gracias, en la petición de misericordia a aquel que es la fuente del ser.

En esta experiencia global, sintética, espiritualmente concreta, emergen y se configuran como contenidos fundamentales:

— la percepción de la vanidad de las cosas desarraigadas del proyecto de Dios, que se transforma en súplica para ser nosotros mismos salvados de la insidia de lo insignificante y de lo vacío;

— la percepción de la presencia de aquel que es plenitud y que no está ya jamás ausente ni lejano de donde existe algo verdadero;

— la percepción de Cristo vivo en el que toda la creación divina ha sido reasumida y personalizada (“Ubi Christus, ibi regnum”, dice san Ambrosio), que funda el reconocimiento y verificación del vínculo de comunión

con aquel que es único Señor y Salvador;

— la percepción, en Cristo, de la voluntad del Padre como norma absoluta de vida, de tal modo que la oración no es ya más la pretensión de acomodar la divina voluntad a la nuestra, sino la aspiración constantemente renovada de conformar nuestro deseo al del Padre (cf. Mt 6, 10; 26, 39-42);

— la percepción de la realidad del Espíritu, que mana de toda la vida eclesial, que ora en nosotros (cf. Rm 8, 19-21), hasta convertir la oración en ansia de salir de la soledad y de la clausura del individualismo y urge a abrirnos siempre más al reino de Dios que se va instaurando en los corazones y entre los hombres, es decir, a la Iglesia;

— la percepción de la cruz como victoria sobre el mal que hay en nosotros y fuera de nosotros, que hace de la oración actitud de contestación del pecado, de la injusticia del “mundo”, y nostalgia de la Jerusalén celestial donde todo es santo.

La persona, protagonista de toda oración

Es, sin duda, justo y obligado subrayar la vocación social inscrita en todo acto humano, así como la índole eclesial de toda la vida cristiana. Pero no hay que olvidar que en la fuente de todo está el misterio de la persona, misterio siempre singular y sin parangón.

Aunque constituido en una condición y en una naturaleza que recibe por generación y comparte con todos sus semejantes, el hombre encuentra la primera razón de su grandeza en el hecho de provenir —según el núcleo in-

confundible de su ser— inmediatamente del Dios creador, que desde la eternidad lo ha llamado por su nombre. Y también en el hecho de tener que tornar a aquel que al mismo tiempo es su principio y su destino, con una serie de decisiones de las que es plenamente responsable, ya que no está condicionado de forma determinante por ninguna criatura distinta de él.

Como engendrado y alimentado en una comunión universal de vida que es la Iglesia, el cristiano tiene un precio inestimable porque ha sido objeto del amor personal del Padre, que lo ha querido como a un hijo. Ha sido vinculado personalmente a la acción redentora de Cristo, que por él ha derramado su sangre. Es guiado por el Espíritu en la respuesta positiva y personal a la llamada divina a la salvación. Del “nosotros” y sobre el “nosotros” de la Iglesia emerge y se define el “yo” del creyente, el cual se abre al “todo” de la catolicidad.

Así, la oración —también cuando es vocal, litúrgica, o incluso comunitaria— adquiere verdad y valor sólo si encuentra su constante inspiración en el misterio personal y concreto de la adhesión de fe, de esperanza y de caridad que alimenta y caracteriza la vida renovada.

Ante el Padre, que es el manantial de mi vida y de mi meta, ante el drama de un destino que he jugado de una vez por todas, ante los “sí” y los “no” que deciden mi suerte eterna, estoy yo, no el grupo, la clase ni la comunidad. No estoy solo, porque el Espíritu pide en mí, y por mí lo que yo no acierto a pedir, y mi Salvador está a mi lado, me arrastra hacia sí y me comunica sus sentimientos filiales. Pero nadie puede sustituirme en esta empresa.

Aunque viva, decida y ore en una comunidad de hermanos que me sostiene, me reanima y me dilata espiritualmente, soy yo, en definitiva, el que tiene que vivir,

correr el riesgo de la decisión y afrontar la aventura difícil y embriagante de la vida de oración.

Pararse a considerar la oración en el preciso momento en que brota silenciosa y secretamente del corazón del hombre, significa, pues, meditar en el misterio mismo de toda oración cristiana. Ya se mantenga callada y solitaria, ya se revista exteriormente de palabras, y que, incluso, se profieran en público; ora alcance la dignidad de la oración litúrgica y se convierta en el canto y la súplica de la Iglesia, toda invocación sincera a Dios encuentra siempre en el ser personal, que antecede y funda toda comunicación extrínseca, su fuente primera y posee en la vida personal de fe, de esperanza y de caridad su alma necesaria e insustituible.

Eucaristía e Iglesia

La oración nace, pues, del misterio mismo del hombre. Cada uno está invitado a descubrir en el misterio del silencio y de la adoración su llamada a ser persona ante un “tú” personal que le interpela con su Palabra. Pero el cristiano vive la experiencia de su oración, incluso la más silenciosa y secreta —que hace “en su propia habitación y a puerta cerrada” (Mt 6, 6)— como miembro de una Iglesia que tiene en la eucaristía la fuente y la cima de su adoración y de su alabanza.

¿Qué relación hay entre la oración silenciosa y la eucaristía? Primero es necesario aclarar la relación entre eucaristía e Iglesia. La eucaristía, con toda la economía sacramental que lleva consigo, es el “signo” querido por Cristo mismo y repetido por él de forma continua, junto con

una presencia personal y real, para mediar entre ese “signo” definitivo e inagotable del amor de Dios, que es la pascua, y el signo que es la Iglesia. Esta, en efecto, es la comunidad de los que “hacen memoria” de Cristo y de su misterio pascual y que, por la fuerza misma de Cristo que se hace presente entre ellos mediante la eucaristía, se aman como él los ama y, dando testimonio del amor hacia todos, tratan de introducir a todos en esta comunión de amor que viene de Dios.

Está superada, por tanto, una concepción un poco impersonal y casi mecánica de la relación entre eucaristía e Iglesia, como si ésta, nacida de la eucaristía, fuese una entidad separada de la libertad, de la inteligencia y de la correspondencia de los bautizados. No hay verdadera y plena eucaristía sin la participación personal del creyente.

Es cierto que la presencia del Señor Jesús está asegurada por el servicio sacerdotal que obra a modo de mediación “in persona Christi”. Pero tal presencia exige o que el sacerdote se esfuerce por repetir el gesto eucarístico, compartiendo la ofrenda que el redentor hace de sí mismo, o que los fieles presenten al Padre la víctima santa presente en el altar uniéndose a ella y comprometiéndose a una vida conforme al Evangelio. El mandato “Haced esto en memoria mía” no expresa sólo la repetición de un rito, sino también la participación en lo que el rito significa, que equivale a decir, la ofrenda que Cristo hace de sí mismo al Padre por la salvación de los hombres.

En este sentido, queda superada también una concepción moralística, bien sea que se exprese en un énfasis de los deberes que los creyentes tienen hacia la eucaristía (adoración, culto, etc.), o que quede expresado en el acento sobre los deberes que los creyentes asumen para sí a partir de la eucaristía: compromiso social, nuevas rela-

ciones fraternas, etc. Estas actitudes son justas, pero hay que verlas a la luz de la riqueza formadora y plasmadora que la eucaristía ejerce en la vida concreta de los creyentes reuniéndolos en la comunidad que es la Iglesia.

Dar “cuerpo y sangre” de rodillas

La eucaristía se comprende y acepta verdaderamente no sólo cuando se hacen ciertas cosas con ella (se la celebra, se la dora, se la recibe con las debidas disposiciones, etc.) o a partir de ella (se nos ama, se practica la justicia, etc.), sino también, y sobre todo, cuando se convierte en la forma, el manantial y el modelo operativo que conforma la vida comunitaria y personal de los creyentes. En la eucaristía se hace presente y operante en la Iglesia el misterio del Cristo pascual. Es el Hijo a la escucha obediente de la palabra del Padre. Es el Hijo que en el acto de la entrega de la propia vida por amor, encuentra en la dramática y dulcísima oración dirigida a su “Abba” (Mc 14, 36; Lc 23, 46) el coraje, la medida, la norma del propio comportamiento hacia los hombres.

La celebración eucarística se realiza, por tanto, a sí misma cuando se hace de tal modo que los creyentes dan “cuerpo y sangre” como Cristo por los hermanos, pero poniéndose de rodillas, en atenta escucha y acogida, reconociendo que todo esto es don del Padre, sin confiar en las propias fuerzas, ni proyectando el servicio a los demás según los propios modos de ver.

Todo esto exige, en concreto, el cultivo de las actitudes interiores que preceden, acompañan y siguen a la celebración eucarística: escucha de la Palabra revelada, con-

templación de los misterios de Jesús, intuición de la voluntad del Padre que se trasluce a través de las palabras de Jesús, confrontación entre el proyecto de vida que mana de la pascua-eucaristía y las siempre nuevas situaciones espirituales en que las comunidades y todos los creyentes llegan a encontrarse.

Por esto, oración silenciosa, escucha de la Palabra, meditación bíblica, reflexión personal, no están separadas de la eucaristía, sino unidas vitalmente a ella.

Fe, esperanza y eucaristía

La vinculación entre oración y eucaristía aparece más clara si tenemos en cuenta la relación entre eucaristía y virtudes teologales.

La eucaristía es la forma ejemplar que plasma la vida de la Iglesia y de todos los creyentes sobre el modelo de la pascua. A esta luz, el fruto fundamental de la eucaristía es la caridad como capacidad de dar la vida a igual que la ha dado Jesús. Pero la referencia a Jesús sitúa a la caridad dentro de las coordenadas de la fe y de la esperanza: Jesús da la vida en nombre y con la fuerza de una especial relación “contemplativa” con el Padre. Esta relación de abandono confiado, de escucha, de obediencia, puede describirse, en su extensión a todo creyente en Cristo, como relación de fe y de esperanza. La fe expresa la seguridad de la alianza, la confianza del creyente en la fidelidad amorosa del Padre que ha resucitado a Cristo de entre los muertos. La esperanza va más allá de la inseguridad, los riesgos y las contradicciones de una libertad humana, siempre tentada de infidelidad. Haciendo memoria continua de las

promesas de Dios y reconduciendo los propios proyectos al proyecto del Padre, el cristiano se abre al futuro del reino de Dios, puede, asimismo, hacer proyectos, puede esperar y aguardar al cumplimiento definitivo de sus deseos.

Propiamente en torno a los valores de la fe y de la esperanza cristiana es donde se construye la imagen cristiana de la oración:

— sea en su *motivación* profunda: la oración cristiana es inserción del creyente en la relación de comunión filial que Cristo tiene con el Padre, con el fin de expresar en la caridad el rostro del Padre, reflejado en el rostro de Cristo;

— sea en sus expresiones fundamentales: en conexión con la fe la oración es alabanza, adoración, acción de gracias, reconocimiento del Padre, confianza en él;

— en conexión con la esperanza, la oración es intercesión, súplica, imploración que acoge en sí los deseos del hombre, pero integrados y purificados en el deseo fundamental de hacer, en la fe, la voluntad del Padre. El corazón se abre a las dimensiones del reino y a sus realizaciones ecuménicas y misioneras.

En este cuadro general de la oración cristiana adquieren un justo puesto diversos aspectos: el litúrgico-sacramental, el personal y el comunitario, el del corazón y el de los labios, el del silencio mismo para la escucha y el de la vigilante aplicación de lo que se ha escuchado al tejido histórico cotidiano.

No es, por tanto, posible coger el rito específico de la eucaristía, que es la caridad, sin caminar por la senda de la fe y de la esperanza. Pero esto supone un ejercicio constante de escucha silenciosa de la Palabra de Dios y de abandono confiado a su plan de salvación.

La educación para la oración silenciosa

¿Cómo vivir todas estas realidades en la experiencia cotidiana? Podríamos tener la impresión de que se trata de verdades grandiosas que nos abren a horizontes nuevos, pero que es difícil llevar a la práctica de cada día. Con todo, el meditar un poco sobre ellas ya constituye un primer paso.

Nuestra pobre oración personal, nuestras simples lecturas de la Biblia y los momentos de oración y silencio que logramos arrancar al apremio de los empeños cotidianos son, en verdad, un “tesoro escondido” que debemos redescubrir en el campo de nuestra vida. Se trata de partir de lo que ya nos ha sido dado comprender y vivir, y de ponernos a caminar resueltamente por esta vía, con decisión y espíritu de sacrificio, teniendo bien claras en la cabeza las metas, los instrumentos y los ámbitos de la educación en la oración.

La meta

Sobre todo, debemos poner en claro la *meta*. Es importante evitar un cierto *extrinsecismo* (proponer la oración como algo que hay que hacer junto a las demás cosas, sin darse cuenta que coexiste en la vida global del cristiano y del hombre) y un cierto *eficientismo* (hacerse ilusiones de recoger resultados inmediatos, casi automáticos, como consecuencia de ciertos instrumentos puestos a disposición).

Las metas deben ser más modestas y, en conjunto, más radicales. Podrían indicarse de este modo:

— el conocimiento del valor cristiano de la oración. Hay que darse cuenta desde dentro que la oración silenciosa y contemplativa es inseparable de la existencia cristiana auténtica;

— la educación progresiva: se trata de comenzar a dar algunos pasos. Importa darlos en la dirección justa, suscitando y buscando la voluntad de dar pasos ulteriores.

— la experiencia inicial: se han de prever formas y modos que introduzcan ya a las personas —según los diversos estados de madurez espiritual— en el mundo maravilloso de la oración contemplativa. A rezar, en efecto, uno aprende orando.

Los instrumentos

Los instrumentos se adecuarán a las metas: — En orden al conocimiento parecen particularmente útiles:

a) Una catequesis bien hecha, distribuida tal vez en algunos momentos del año con recursos adecuados. Podría ser interesante, por ejemplo en el ciclo litúrgico A —ya que se propone el Evangelio de san Mateo como lectura litúrgica dominical— hacer una referencia particular a los textos de este Evangelio sobre la oración (en especial Mt 6, 5-14; 7, 7-11).

Téngase bien presente, además, que no se ha de dar una catequesis abstracta sobre la oración. Se ha de orar y hacer orar de forma simultánea, con oportunos ejercicios y pausas de silencio. La necesidad de unir palabra, silencio y oración vale para toda comunicación de la fe cristiana.

b) Un conocimiento concreto de la vida de oración vivido por los que tienen la vocación profética de la oración. Hay que favorecer, por lo mismo, los contactos con los diferentes lugares y centros de contemplación para hacer conocer su modo de orar. Sería deseable que aquellos que viven este don de la oración en comunidad —en particular los religiosos y religiosas— pudiesen abrirse a momentos de acogida a quien quisiera participar con ellos en esta experiencia.

— En orden a la educación, se ha de tener presente y ver de proponer como recursos prácticos los valores constantes y, al mismo tiempo, las variantes más significativas de los diversos métodos de oración meditacional recomendados por los santos a lo largo de la historia de la tradición espiritual cristiana, teniendo también en cuenta las propuestas de oración profunda que unen al oriente cristiano y al no cristiano.

Podría también ser útil intentar poner en marcha cualquier itinerario concreto de oración para diversas categorías de personas, utilizando las muchas experiencias ya hechas en este campo.

— En orden a la experiencia inicial, será útil disponer de recursos y revalorizar los ya existentes en relación a dos realidades con que la oración contemplativa y silenciosa ha de estar siempre unida, esto es, la liturgia y la vida con sus propios ritmos. De ahí la utilidad de los recursos heredados para una comprensión más profunda de los momentos del año litúrgico y de los recursos con vistas a una comprensión cristiana de los momentos más significativos de la vida (oraciones cotidianas —de la mañana y de la tarde, antes y después de las comidas, etc.— y semanales, en particular para la familia: nacimiento, infancia,

adolescencia, amor, trabajo, tiempo libre, enfermedad, muerte).

Los ámbitos

Los ámbitos entre los que se van poniendo en práctica estos instrumentos, se refieren a los varios componentes de la comunidad cristiana y a los núcleos fundamentales de la sociedad.

— El presbiterio con su obispo debe redescubrir el puesto de la oración contemplativa dentro del marco de la espiritualidad sacerdotal.

— Las parroquias: valoren los momentos de oración silenciosa que están ya presentes en la acción litúrgica; eduquen a los diversos grupos en la oración contemplativa con los instrumentos o medios arriba indicados; propongan tiempos comunes de oración sobre todo en conexión con los tiempos fuertes de la liturgia anual, en ocasiones especiales de oración, como las Cuarenta Horas, etc.; ofrezcan medios para hacer orar a los feligreses con los tiempos importantes de la vida. Téngase presente que la parroquia, junto con la familia, es el lugar normal de educación en la oración de los bautizados. Del modo y del tono con que se ora, del respeto de las pausas y de los momentos de silencio, de la solemnidad, dignidad e inteligibilidad con que los lectores proclaman la palabra de la Escritura, del cuidado puesto en el canto, depende en gran parte la intuición que existe más allá de la oración de los labios, una oración del corazón y la invitación a prolongarla y a cultivarla de un modo explícito.

Valórese también la educación teórica y práctica de la oración que puede darse, de forma muy simple y eficaz, con ocasión del sacramento de la reconciliación según el nuevo ritual y en la dirección o guía o “acompañamiento espiritual”. Recuérdese que también los niños son susceptibles de una profunda educación en la oración, que sepa incluso valorar los gestos y los signos exteriores.

— Los santuarios y centros de oración contemplativa sean redescubiertos, revalorizados y propuestos como una meta de peregrinaciones y encuentros.

— Que las comunidades religiosas que actúan en el territorio se presten generosamente a ofrecer su experiencia, los lugares, el tiempo y las personas con el fin de favorecer la educación en la plegaria.

— Las familias, primeras educadoras de la oración, deben redescubrir de forma absoluta ésta su función y han de ser ayudadas a convertirse en verdadero lugar de oración.

La familia es lugar de intereses afectivos, de relaciones personales profundas: puede y debe ser, por tanto, un ámbito privilegiado para reconstruir el tejido antropológico previo, propicio a la oración. Será importante, por ejemplo, que los padres sepan educar a los hijos en la renuncia a elementos de disipación (particularmente a programas televisivos, al menos los inútiles), para reservar espacios de conversación abierta y afectuosa y de recogimiento ante Dios. Se podría hacer de modo que los diversos recursos de prensa católica o los textos ciclostilados, que entran un poco en todas las familias, incluso en las que no frecuentan la iglesia, ofrezcan a lo largo de todo el año ya sea una catequesis o cualquier itinerario o método concreto de oración familiar.

Examinense atentamente todos los grupos en los que se desarrolla cualquier experiencia de comunidad, para ver qué puesto asignan a la “oración silenciosa” en el sentido arriba descrito. Allí donde se recitan encomiablemente en común Laudes y Vísperas, procure hacerse con la debida calma las pausas y momentos de silencio que dan el gusto de la oración profunda.

Programar y unificar

Añado una última indicación, que es de método, pero que creo importante, si queremos caminar seriamente por esta senda.

Es preciso que en los diferentes ámbitos arriba señalados (en particular en las parroquias y en los consejos pastorales, en los decanatos, comunidades y grupos) nos empeñemos durante el mes de octubre en responder a las preguntas siguientes o similares.

¿Cuál es nuestra situación respecto a esta propuesta? ¿Qué se podría programar para hacer crecer en el conocimiento y para favorecer la educación en la oración? ¿Qué medios usar, qué iniciativas proponer? ¿Qué “signos” concretos suscitar?

Periódicamente —y sobre todo en adviento y cuaresma— será importante proceder a una comprobación de cuanto se ha hecho y poner al día el programa a partir de la experiencia.

He escrito estas cosas convencido de que la realidad más importante a la que la oración nos debe orientar es la caridad. Esta es la meta final a la que estamos llamados. Sobre este punto, que lo tomo a pecho, esto es, sobre cómo

mo nuestra Iglesia ha de vivir la caridad hacia todos, tendremos que detenernos un día más largamente. Pero me ha parecido que en este primer diálogo prolongado con los hombres y mujeres de nuestra diócesis era necesario insistir en las raíces personales, profundas, de todo nuestro quehacer, de todo nuestro servicio a la gente y de modo especial a los pobres.

La oración, como la caridad, es un don de lo alto. Se pone al servicio de una sociedad más justa. Nos hace ver el mundo con los ojos de Dios. ¡Cuántas cosas pueden nacer de un don como éste! Por intercesión de María, modelo de oración silenciosa, invoco este don para mí y para todos vosotros.

Escuela práctica de oración

Todos nosotros estamos dispuestos a orar, pero después perdemos la costumbre, perdemos el gusto.

Hay un pasaje de la Carta a los Romanos, muy misterioso e importante. He solicitado aclaraciones a exegetas famosos, y siempre he oído responder que es difícilísimo. Escribe san Pablo: “Asimismo, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido; y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inexpressables. Por su parte, Dios, que sondea los corazones, conoce el sentir de ese Espíritu que intercede por los creyentes según su voluntad” (Rm 8, 26-27).

Creo que las palabras del Apóstol nos pueden ayudar a retomar el camino de la oración, sugiriéndonos tres cosas:

- la oración es, ante todo, fruto de la humildad;

- es don del Espíritu;
- es alegría del corazón.

La oración, fruto de la humildad

Cuando hemos olvidado el ejercicio de la oración, vuelve a nacer en nosotros en el momento mismo en que confesamos nuestra incapacidad. Dice a este propósito san Pablo: “Pues nosotros no sabemos orar como es debido”.

Es la afirmación de un místico que sabía orar. Significa quizá que no conocemos cuáles sean los deseos que debemos expresar a Dios. En todo caso, el confesarlo es el buen comienzo para empezar a orar de nuevo.

Y añade: “El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza”.

Nosotros somos débiles, exactamente como el que no tiene salud; querríamos orar, pero no tenemos la fuerza ni el coraje de perseverar. Vienen a la mente los pensamientos de las cosas que hay que hacer, de las heridas que se han recibido en comunidad o de la gente, la amargura que tenemos en el corazón, y no encontramos la manera de comenzar a orar. Se trata de una debilidad que forma parte de la fragilidad humana. No es casualidad que en el texto griego aparezca el término *astheneia* usado por el Apóstol cuando dice: “Estábamos nosotros incapacitados (*asthenès*), para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado” (Rm 5, 6).

Es la fragilidad de nuestro corazón lleno de lamentos, de juicios sobre los demás, de descontento: cuando comenzamos a orar, todo este bagaje puede despertarse.

Es, pues, necesario darse cuenta que en lo íntimo de cada uno de nosotros está la impureza, pensamientos que no son según el corazón de Dios. Confesarlo es un buen inicio, y quiere decir volver a empezar a orar, haciendo, como sugiere san Ignacio, un acto de adoración profunda: “Señor, no soy digno, no soy capaz de orar; soy como nada ante ti. Señor, haz resplandecer mi lámpara; sé tú mi lámpara, porque no es cierto que yo pueda disponer de mi oración, porque es sólo tu Espíritu el que sabe lo que significa orar”.

La oración, don del Espíritu

“**A**simismo el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza,... es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inexpresables”. Son palabras todavía misteriosas.

“Asimismo”, ¿qué dice? La referencia es a un versículo precedente: “Es el mismo Espíritu que se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8, 16). El Espíritu que atestigua con nosotros que somos hijos de Dios, ora también por nosotros con gemidos inexpresables.

Los exegetas avanzan varias hipótesis para explicar los gemidos inexpresables.

Lo que cuenta, sin embargo, es que se trata de una experiencia real y profunda: el Espíritu ora en nosotros y por nosotros, intercede por los santos, y Aquel que escruta los corazones conoce el deseo del Espíritu. Deseo en el texto griego es *tophrònema*, esto es, la mentalidad del Espíritu, que es la de Cristo.

“Intercede por los creyentes según su voluntad”; ora rectamente. Nosotros no podemos saber si nuestra oración es justa o si está replegada sobre nosotros mismos, si es un monólogo o si es una alucinación.

Por ello, debemos entregarnos al Espíritu conscientes de su don de oración en mí. Entonces, aunque estemos cansados, áridos, podemos quedarnos ante el santísimo Sacramento sin esforzarnos por formular quién sabe qué pensamientos, concededores por la fe de que el Espíritu ora en nosotros en la forma justa.

Me sucede, a veces, sentirme cansado cuando, durante las visitas pastorales, debo, por ejemplo, celebrar el segundo pontifical de la jornada. En tales casos renuevo el acto de fe, trato de mantenerme tranquilo y de realizar bien los gestos litúrgicos dejando obrar al Espíritu Santo.

San Pablo nos asegura que ora en nosotros; es una verdad, no una invención piadosa, porque el Espíritu de Jesús, que es la voluntad de Dios, nos ha sido dado para asemejarnos al Hijo, que “intercede por nosotros” (Rm 8, 34). En nosotros está la oración de Jesús.

Por nuestra parte debemos, naturalmente, perseverar larga e intensamente en la oración: lentamente experimentamos la presencia del Espíritu que ora en nosotros.

La oración, alegría del corazón

La oración es alegría del corazón, y volver a aprender a orar significa saborear, gustar a Dios.

Recientemente he hecho los ejercicios espirituales anuales con los obispos de la región lombarda, predicados por un teólogo. Hablándonos de la oración afirmaba que

siendo muchacho, y después en el seminario, había aprendido que la oración es un deber; pero después de años de experiencia había comprendido que la oración es alegría.

Sobre todo, alegría de los salmos, porque en ellos saboreamos la alegría de David, de Jesús, pues dicen verdaderamente las palabras que nosotros querríamos decir ante Dios.

Este descubrimiento se nos da con el tiempo, y no significa orar con facilidad o sin esfuerzo. Alegría quiere decir profundidad, hondura del espíritu; significa saborear a Dios, penetrar en el corazón de Cristo.

La devoción de la que hablamos antes es la experiencia de esta sencilla y misteriosa alegría de Dios. Una pequeña chispa de ella vale más que todos los bienes del mundo, y, cuando se ha gustado una sola vez, ya no se borra más en la vida.

“Cuando oréis, no seáis como...”

“Y al orar, no os perdáis en palabras (no acumuléis palabras, como quien, no sabiendo expresarse, multiplica nerviosamente su expresividad), como hacen los gentiles” (Mt 6, 8).

El ejemplo de los gentiles sugiere la imagen que encontramos en el primer libro de los Reyes, capítulo 18: el desafío entre Elías y los sacerdotes paganos en el monte Carmelo. Los sacerdotes han preparado el animal para el sacrificio y se prestan a invocar a su Dios: “Baal, respóndenos”. Y el profeta Elías se burla de ellos diciendo que ¡quizá se ha dormido o ido de viaje!

Mateo describe la imagen de la cháchara, y el concepto lo explica después Jesús: “Se figuran que por su palabrería van a ser escuchados”.

No se condena, de por sí, la simple repetición de palabras. De ser así, el mismo Jesús resultaría incoherente. Por ejemplo, en el evangelio de Mateo, c. 26, encontrándose en el huerto de Getsemaní, exclama una vez: “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú”. Viene luego donde los discípulos y los encuentra dormidos, los reprocha y se va después, para decir nuevamente: “Padre mío, si no es posible que pase sin que yo la beba, hágase tu voluntad”. Y de nuevo va a orar “por tercera vez, repitiendo las mismas palabras” (cf. vv. 39-44).

No es, por tanto, la repetición de las palabras, como tales, la que se condena. Se condena el hecho de pensar que uno puede ser oído “a fuerza de palabras”. Es la pretensión de obligar a Dios, de obtener algo de él aturdiéndolo, por así decirlo, como hacían los sacerdotes de Baal en el episodio del primer libro de los Reyes. Hay formas de oración cristiana ¡que se apoyan en el poder casi mágico de las palabras!

¿Cuál es la diferencia entre la repetición de las palabras de Jesús en Getsemaní y repetir, a modo de premisa, las palabras? La diferencia está claramente en la idea, en el concepto, en la imagen de Dios que subyace en las dos formas de repetición.

Jesús condena la actitud del que no se fía, en realidad, de Dios y piensa saber las cosas mejor que él, sobre el que insiste y remacha. La actitud revela falta de espíritu filial. Lo confirma el v. 8 de nuestro párrafo: “No seáis como ellos, que ya conoce vuestro Padre las necesidades que tenéis antes de que vosotros se lo pidáis”.

Todo el sermón de la montaña está imbuido del espíritu filial, del abandono en Dios que es Padre. Si hay repetición en las palabras, es, sin embargo, afectiva, de amor, de confianza, de fiabilidad. No es la repetición ansiosa del que tiene miedo de no ser escuchado, del que teme que Dios no está cerca y que necesita ser “bajado” del cielo.

Si nos examinamos, observaremos que no siempre nos vemos libres de esta segunda actitud, porque no es fácil reunir las condiciones de abandono, de confianza y espíritu de filiación. Nos damos cuenta de que a menudo nos basamos en la fuerza de las palabras, en la ejecución exacta del cumplimiento verbal. Nuestra piedad es, quizá, semejante a la de los escribas y fariseos que, habiendo dicho todo lo que debían, creían que ya Dios estaba comprometido con ellos, casi urgido y obligado a hacer su parte. Es, en el fondo, la actitud de la frustración, comprensible y dramática, de aquellas personas que frente a una enfermedad o a una muerte, dicen: “Pero si he rezado; he rezado tanto a Dios y no me ha escuchado, no me ha curado y, por tanto, ¡ya no creo más!”

El espíritu de oración filial, carente de toda pretensión, es una cima no fácil de alcanzar. Humanamente llegamos a la oración de los escribas y fariseos. He hecho esto y aquello, ¡ahora le toca a Dios! He rezado, he insistido, ¡ahora le toca a Dios hacer su parte!

Si hablamos así, no estamos todavía adaptados al reino de los cielos, no hemos entrado todavía en la oración filial.

Jesús quiere ponernos en guardia contra una actitud equivocada como es la palabrería en la oración, que equivale a no fiarse del Padre y que expresa, más bien, la confianza en nosotros mismos como si Dios necesitara ser

despertado porque no es tan bueno como nosotros o nos ama menos de lo que nosotros nos amamos.

“Vosotros orad así...”

Después de haber reprendido al que ora como los paganos, Jesús dice: “Vosotros orad así” (v. 9). No haré el comentario de cada una de las palabras del padrenuestro. Quiero, más bien, detenerme en la palabra: *Así*. ¿Cuál es la oración del discípulo, cuál su predicación?

La oración del discípulo es el resultado del análisis del padrenuestro y querría hacer tres puntualizaciones.

Primera: es una oración sostenida por una gran claridad acerca de los valores, por una gran conciencia de verdad. Podríamos hablar —con las palabras del papa en Loreto y después a los obispos italianos reunidos en la Asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana (CEI)— de conciencia de los valores.

Ante todo, el nombre de Dios, el primado de Dios, el reino, su voluntad.

Luego el pan, el perdón, la fraternidad, la protección del enemigo maligno. Es una oración iluminada por la fe, por la claridad sobre los valores del hombre.

Segunda: es una oración esencial, que recoge los problemas de la existencia cristiana. Deberíamos examinarlos aquí sobre nuestra oración y sobre nuestro modo de enseñar a orar. Pienso, por ejemplo, en las oraciones de los fieles, que son uno de los medios para enseñar a orar: ¿en qué medida las oraciones de los fieles obedecen a este canon de claridad sobre los valores absolutos, esenciales?

Tercera: es una oración de abandono. Se confía al Padre incluso las cosas más queridas: el reino, el pan. Es tuyo el reino; no lo creamos nosotros. Tú eres quien hace venir el reino y nosotros te lo confiamos: te confiamos tu nombre y tu gloria.

Una oración hecha de claridad, de esencialidad, de abandono. Es una cima, ciertamente. A nosotros, por desgracia, nos cuesta esfuerzo llegar a la de los escribas y fariseos. Pero aun en el caso de llegar, ¿tendríamos que saltar todavía un gran abismo para llegar a la oración del reino!

Gemidos de la oración, gemidos de la creación

Recuerdo a este propósito una reflexión muy importante que se puede extraer de un artículo de Oscar Cullman en el que habla de los gemidos de la oración y que él relaciona con los gemidos de la creación de que habla san Pablo en Rm 8, 22: “La creación entera está gimiendo... hasta el presente”. Todos los sufrimientos y gemidos de la creación, no solamente de lo inmaterial, sino de todo lo creado que sufre por una situación equivocada, injusta, de la que no se ve el porqué; todos los gemidos del mundo humano, que vive una vida aparentemente sin sentido y aspira a una vida sensata, una vida que tenga una finalidad, un mínimo de significado; todos estos gemidos, Cullman los une a Rm 8, 23: “También nosotros..., gemimos en nuestro interior suspirando nos haga sus hijos”.

Nosotros damos voz y claridad a estos gemidos de la creación, de la que somos parte: gemimos asimismo por la falta de sentido de las situaciones en que vivimos, y les damos expresión en la oración. Y en estas expresiones de oración, “es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inexpresables” (8, 26), haciendo suyos, asumiendo los gemidos del mundo y los nuestros en la perfecta adoración del Padre: la cual, llegada a este límite de claridad, nos empuja a la perfecta justicia, al compromiso por la justicia. Creo que éste es el único motivo que nos permite separarnos de todo para recogerlos durante algunos días tranquilamente en la oración. No es, como pudiera parecer algunas veces, un lujo o algo extraño. Se necesitan tantas cosas en el mundo, hay tanta gente que sufre, y yo, ¿qué hago? En realidad, en la oración prolongada, difícil, laboriosa aunque profunda, confiada al Espíritu nos unimos misteriosa pero realmente a los gemidos de todos los hermanos —es la doctrina que podemos sacar de Pablo— con los que participamos interiormente, liberando nuestro corazón para servirlos en la justicia.

Es aquí donde nace el verdadero servicio a los demás, que no es simplemente expresión de una compasión inmediata o de un entusiasmo rápido que luego se apaga, como sucede con frecuencia: es un servicio madurado en un gemido profundo, que nace de la contemplación de la falta de sentido de la situación humana y de la apertura a los demás, que el poder de Dios suscita con su Evangelio y al cual aspiramos y al que querríamos arrastrar con nosotros a todos aquellos que de cualquier manera participen en este gemido interior de nuestra oración. Con ella participamos en los sufrimientos tremendos de tantos hermanos nuestros, sobre todo, de aquellos que están buscando un sentido a la propia vida y al mundo en el que vivimos.

Dar confianza a la oración

Si yo quiero conseguir todo y al instante y me canso, no he puesto confianza: sería como los apóstoles que volvieron a casa a mitad de la noche. La oración requiere una entrega confiada de paciencia a fin de que por medio de ella el hombre llegue a la situación auténtica en la que Dios se le manifiesta.

Hay un libro de Ignacio Larrañaga sobre la oración (“Muéstrame tu rostro”, Ed. Paulinas) del que os leo una página que me ha impresionado mucho. Habla de este saber tener paciencia en la espera, de tener la paciencia de reconocer a Jesús.

“Lo más difícil —escribe— para aquellos que se han embarcado en la aventura de la fe, es tener paciencia con Dios. La conducta del Señor con los que se entregan a él, es, con mucha frecuencia, desorientadora, no es lógica en sus reacciones. Por eso no hay proporción entre nuestros esfuerzos por descubrir su rostro oculto y los resultados de tales esfuerzos, y muchos pierden la paciencia y, faltos de fuerza, lo abandonan todo. En el dinamismo de la economía de Dios existe sólo una dirección: la de dar. Nadie puede exigirle nada; nadie puede preguntarle, afrontándolo con preguntas.”

Es el drama de Job que se encara con él diciéndole: “Quiero que me des, lo exijo”, y, al final, advierte que Dios es don y se entrega no a través de la exigencia sino mediante la confianza.

Dios responde después de haber probado la paciencia del hombre.

Preguntemonos cómo es nuestra oración: si es perseverante o más bien irregular, caprichosa, lunática.

“Heme aquí...”

La respuesta de María: “Yo soy la esclava del Señor, que me suceda según dices”, es el prototipo de la oración cristiana, es un acto de altísima contemplación que introduce en la disponibilidad de la oración. Pero, ¿por qué —nos preguntamos— podemos decir todo esto de las palabras de nuestra señora? ¿En qué consiste la perfección de su oración? Creo que puedo definirlo así: es una oración bajo la Palabra, un declararse de forma consciente bajo la Palabra.

Bajo la Palabra quiere decir estar bajo el proyecto. Quiere decir saber que hay un proyecto de Dios, una iniciativa suya para mi vida; quiere decir tener siempre delante de mí ese proyecto divino. La conciencia de estar bajo la Palabra como proyecto de vida para mí es la oración continua.

Hay otra consecuencia importante: estar bajo la Palabra significa estar bajo la verdad, porque “tu Palabra es verdad”.

Caminar bajo la verdad de Dios es, pues, la respuesta a todos los interrogantes de mi vida. Se nos ocurre aquí una palabra maravillosa de san Agustín, cuando exclama contemplando su propia vida: “¿Dónde no me acompañaste, suma Verdad, para enseñarme lo que he de evitar y lo que he de apetecer, mientras te iba exponiendo como podía las cosas caducas que había visto y te pedía consejo?” (*Confesiones* 10, 40-65). El santo leía todos los pasos de su vida bajo la verdad y era atraído por ella. El diálogo, por consiguiente, con esta verdad.

Estar bajo la Palabra significa estar bajo el proyecto, bajo la verdad y la misericordia, sabiendo que Dios mira

con amor, paciencia y comprensión todos los instantes de mi existencia.

La actitud contemplativa permanente es propia de quien sabe que todas sus acciones son un paso hacia la verdad, que tiene necesidad de misericordia; es una realización del proyecto de Dios; es la alegría de haber descubierto la verdad y es también la pena de no haberla descubierto todavía. Estar bajo la verdad es la manera de situarse de María y es contemplación cotidiana, continua y constante.

Quizá es difícil lograr expresar cómo todo esto es una experiencia concreta, cotidiana, que puede no abandonarnos jamás, que puede despertarse rápidamente cuando se adormece, porque es de tal manera omnicomprendiva y tan permeable en toda situación, que es posible siempre y en cualquier lugar, incluso allí donde la oración, como actividad consciente de los labios, no se puede hacer. Es siempre posible como sensación tranquila, serena, de estar bajo la verdad misericordiosa de Dios.

No hay afán terreno, no hay momento dramático del día, ni cansancio nocturno del trabajo en que no sea posible la actitud contemplativa. Es el “sí” de María unido anejo al trabajo, al día y a la noche.

¿Cómo será esto?

La primera palabra de la oración de María es una interrogación: “Se preguntaba qué significaría tal saludo...” Respondió al ángel: “¿Cómo será esto?” Es un interrogante por dentro y por fuera, y es lo que permite vivir bajo la Palabra en circunstancias complejas —de respon-

sabilidad, de elección, de decisión— que nos desazonan y nos hacen concluir que no tenemos tiempo para orar.

María nos enseña que precisamente vivir en estas circunstancias bajo la Palabra significa interrogarla, aunque sea rápida, instintivamente: ¿qué debo hacer? ¿Cómo es posible esto? ¿Qué quiere decir vivir aquí el Evangelio?

Interrogar a la Palabra con la conciencia de saber poco y de deber esperar la respuesta del Señor.

Los momentos de mayor preocupación, afán o turbación, antes que hacer imposible la oración, exigen, a su vez, una mayor humildad de escucha y de oración a través de la interrogación y el coloquio con Dios. Decía Lazzati: “Es posible transformar la acción en oración sin quitarle para nada su característica de acción, en coloquio de amor con Dios en Cristo”.

Os confieso que me encuentro muchas veces viviendo la pregunta: ¿Cómo será esto? ¿Qué significa este acontecimiento extraño en la vida de la Iglesia? ¿Qué sentido tiene esta persona, este encuentro? ¿Qué lección o que llamada contiene para mí?

Sin esta oración ligada a todas las circunstancias de la existencia, la acción termina extinguiéndose en el horizonte cerrado del secularismo según Lazzati.

Sin esta oración, mi oración será un juego de equilibrio: trato de obrar así para no descontentar, para evitar discusiones, para obtener favores de la otra parte, para abrirme camino. Y dejará de ser un obrar de hijos de Dios porque he interrogado no a la Palabra sino a la prudencia política. Nos mundanizamos, nos hacemos personas que en su obrar externo tienen la etiqueta cristiana pero que, en realidad, no están bajo la Palabra divina.

Quiero añadir que la oración debe dirigirse hacia la ca-

ridad. Es el contacto directo de la oración con el “hacerse prójimo”. La interrogación debe tener continuamente este objeto: ¿Qué quiere decir aquí amar al prójimo? ¿Cuál es, en esta situación que me parece inextricable y superior a mis fuerzas? Dice Hans Urs von Balthasar: “El amor fraterno no procede más que de la oración. Necesita haber mirado largamente el rostro y el comportamiento del Amor encarnado y crucificado para poner en las situaciones decisivas el propio amor incierto bajo esta ley: soportarlo todo, creer todo, esperar y sufrir todo”.

Así, estar bajo la Palabra se hace en nosotros ejercicio de proximidad vivida.

¿Qué es la “Lectio Divina”?

La lectio divina es el ejercicio ordenado de la escucha personal de la Palabra.

Ejercicio: es algo activo y, por lo mismo, importante.

En nuestra experiencia religiosa hay también cosas pasivas, que hacemos conducidos por otros o por hábito. La lectio es un momento en el que uno se coloca, se decide, camina. Los ejercicios espirituales no son, en primera instancia, la escucha de la Palabra: son movimiento, actividad personal de oración y contemplación.

La lectio divina es una de estas actividades.

Ordenado: es un ejercicio con su dinámica interna, sencillísima, y que nosotros olvidamos a menudo. En consecuencia, encontramos la Escritura árida y concluimos que no sirve para orar.

De la escucha: la lectio es un escuchar, un recibir la Pa-

labra como don. Las características de esta escucha son las de María, que, después de haber escuchado, obedece y dice: “Que me suceda según dices”. Una escucha, por tanto, hecha en actitud de adoración y de sumisión. En la Escritura no debemos buscar algo que manifestar a los demás o algo que nos interese: debemos dejar que Dios nos hable.

Personal: No es la escucha de una predicación, de una homilía, de una palabra leída en la iglesia. Es el momento personal de la escucha que se corresponde necesariamente con el momento comunitario. Sin la escucha comunitaria la lectio divina se convierte en individualismo. Sin la lectio divina la escucha comunitaria cae en lo genérico.

De la Palabra: es Dios quien habla, Cristo quien habla, el Espíritu el que habla. Me habla la Palabra que me ha creado, que tiene el secreto de mi vida, la clave de mis situaciones presentes, que tiene el secreto del camino de la Iglesia, la clave de las situaciones históricas presentes. Me habla el Espíritu que penetra toda realidad económica, social, política, cultural del mundo. Hay siempre escucha de la Palabra con mayúscula: de la Palabra que ha hecho el mundo, que lo sostiene, lo guía y lo gobierna.

Un tema para la “Lectio Divina”

Aclaración previa: Querría hacer del texto lucano una lectio divina, es decir, una forma especial de aproximación al texto fijado. Comienzo, pues, presentando los momentos tradicionales de la “lectio”, expresados de ordinario en tres pasos sucesivos: lectio, meditatio, contemplatio.

Estos pasos ponen de relieve que también el acercamiento a un texto bíblico es un camino progresivo. Habitualmente, por el contrario, la primera pregunta que nos hacemos es qué decir sobre el texto o párrafo elegido, cómo explicarlo. Y es un corto circuito que con frecuencia nos impide, por desgracia, captar el valor de la Escritura, porque nos hace creer que lo conocemos sin sentirnos obligados a releerlo de nuevo.

Damos por descontado que lo conocemos suficientemente, y pensamos tan sólo en qué podemos decir a los demás.

a) El término "*lectio*" indica que se ha de leer y releer el texto bíblico con el fin de poner de relieve los temas fundamentales, los símbolos primarios, las oposiciones de los conceptos elementales que contiene el texto. Leerlo y releerlo de manera que nos aparezca en su organicidad, en su riqueza de exposición inmediata, partiendo del principio de que es fruto de una larga reflexión del evangelista y de su iglesia.

La *lectio* es un trabajo que comienza por hacer hablar al texto bíblico; aunque se trate de un pasaje conocidísimo, cuando se somete a este trabajo nos ofrece aspectos que no habíamos observado nunca anteriormente. Semeja un poco al trabajo que se hace, por ejemplo, en la lectura de los mosaicos de San Marcos, de algunos cuadros maravillosos que se encuentran en estas salas. Lo primero se miran, se leen, se individualizan las personas, las figuras, los símbolos, los diversos tonos de luz, los distintos planos, los contrastes que aparecen entre las actitudes, entre las figuras, para llegar, gradualmente, a comprender el conjunto. Es un trabajo de lectura de los cuadros maestros que debemos aplicar también a un texto bíblico.

b) La *meditatio*, que sigue a la *lectio* es una reflexión

sobre los valores contenidos en el texto. Una vez adquiridos los símbolos, los personajes, las figuras, las acciones y el dinamismo del texto, se puede hacer una reflexión sobre los valores profundos que contiene y que se contemplan en la historia completa de la salvación.

c) La *contemplatio* es el momento en que se degusta el texto, captado o entendido como por asimilación, no tanto intelectual ni siquiera reflexiva, cuanto por connaturalidad. Entonces se hace sabroso, gustoso; la palabra de Dios nos nutre. Y es sólo en este momento cuando comienza a nutrirnos. Se dice con frecuencia que la Biblia alimenta: pero en realidad alimenta cuando se desmenuza de forma que sea digerible al espíritu. Y es entonces cuando se hace fuente de contemplación, de mirada de asombro ante el misterio de Cristo, de las profundidades de Dios que se manifiestan en las palabras del texto.

Mejor aún, la contemplación es ya un caminar más allá del texto particular, un comprender toda la historia de la salvación. A través de un fragmento, que es una orla del vestido de Jesús, se llega a su persona total, recibiendo la fuerza de curación que mana de él.

Comprendemos entonces que este tercer momento del proceso es el que cuenta: saltarlo o superarlo pensando enseguida en cómo explicar el texto y decir algo sobre él, nos hace caer en la repetición de cosas banales, triviales, leídas en otro lugar. De esta manera el pasaje de la Escritura no vive, como debería, en la Iglesia.

Y, por otra parte, es el momento de la *contemplatio* el que hace, de verdad, servidores y ministros de la Palabra. Si en la *lectio* el exegeta puede incluso salir bien librado, y en la *meditatio* el hombre reflexivo, el filósofo, el sabio puede todavía encontrarse a sus anchas, sin embargo, sólo con la *contemplatio* somos capaces de hacer gustar la

Palabra, de comunicar la vida, porque ya antes la hemos gustado y ha pasado a formar parte de nuestra vida. El ministerio de la Palabra radica, pues, en una figura espiritual, en una actitud profunda de aquel que la proclama.

La contemplatio es como un área inmensa, un nivel riquísimo que contiene otros niveles. Comprende, en efecto, lo que podríamos llamar una “consolatio” en el sentido de paraclesis, de presencia del Espíritu. El texto se convierte en fuente de alegría, oración auténtica, porque el mismo Espíritu de Dios, que ha inspirado el texto, ora en nosotros, y en él nosotros nos dirigimos al Padre con Jesús.

Y a la consolatio, que nos pone al unísono con el Espíritu de Dios, sigue el momento de la “discretio” y “deliberatio”, a saber, del discernimiento de los espíritus.

Esto significa que la deliberación de lo que hay que hacer no es ya simplemente una reflexión prudente de las cosas, sino que nace de una vibración del corazón que nos permite discernir en la historia y en la vida los lugares donde sopla el Espíritu —y que, por tanto, hay que promover; y los lugares donde sopla el espíritu del mal, donde está el maligno— y que, en consecuencia, hay que combatir y rechazar.

Os invito a reflexionar sobre la complejidad de la relación Palabra-vida, tal como he tratado de explicarla. No es una relación dualística: leo la Palabra y después actúo con mayor intensidad y confianza. La Palabra no es simplemente una ayuda para obrar mejor y con más generosidad, sino que es fuente de discernimiento y de atención a los signos del Espíritu.

Lectio

1. *La división del texto.* Es el aspecto más sencillo: la narración, que conocemos muy bien, nos presenta actos sucesivos.

En el primer acto hay dos discípulos que van caminando y discutiendo (Lc 24, 13-24). Y continúan caminando y discutiendo con Jesús, que les acompaña sin que lo reconozcan.

Son viandantes, itinerantes que acumulan impresiones distintas en torno a los acontecimientos: hombres en camino, como pueden ser todos los hombres que van por la calle o en autobús, en el tranvía, y que hablan de los hechos leídos en el periódico. Este primer acto está en los vv. 13-24 del texto.

En el segundo acto (vv. 24-27) aparece Jesús. Primero con una invectiva: “¡Qué lentos sois para comprender!” Después con una explicación de aquellos sucesos contradictorios y un poco absurdos que los dos estaban refiriendo.

La tercera parte (vv. 28-32) es el momento en que los discípulos y Jesús se encuentran juntos en Emaús, en casa, a la mesa. Ya aquí podemos notar una diferencia: al comienzo eran dos más uno, esto es, los dos eran cautos, recelosos, mientras ahora están juntos y juntos comen, esperan, se unen y actúan.

Viven una experiencia profunda de comunión, que termina en la comunión de la comida, en la fracción del pan.

El cuarto y último acto (vv. 33-35) es el retorno apresurado a Jerusalén, los dos con una misión. Deciden volver y anunciar la Palabra.

Estos cuatro actos del texto se pueden reconducir sin demasiado esfuerzo a los cuatro momentos indicados de la aclaración previa. La lectio es esclarecer los acontecimientos, qué se esperaba y qué, en cambio, ha sucedido; es una lectio de la vida.

La meditatio es lo que Jesús propone, esto es, los valores profundos de los acontecimientos.

La contemplatio se da cuando están a la mesa juntos y gustan ya de la intimidad. Y unida a la contemplatio está la consolatio, que consiste en haber alcanzado, aunque sin saberlo, la unidad con Jesús.

Les sigue enseguida la discretio, qué hacer, cómo comportarse, que lleva a la deliberación de desandar el camino y de proclamar el Evangelio.

Veis, por tanto, que el solo hecho de tratar de dividir el texto, de verlo en sus acciones sucesivas, nos introduce en un camino espiritual.

2. *Algunos símbolos fundamentales del texto.* Subrayo cuatro (se podrían indicar más) experiencias humanas fundamentales que el texto evoca:

- el caminar
- la hospitalidad
- la fracción del pan
- el abrir de los ojos.

El primer símbolo. La primera experiencia es la del caminar: todo el resto se desenvuelve en el camino, haciendo así una llamada a la experiencia fundamental de la itinerancia, de ir hacia un lugar. Lucas insiste mucho en esto porque supone que nosotros estamos en camino, y lo dice muchas veces: “Aquel mismo día, dos de los discipu-

los se dirigían a una aldea llamada Emaús” (v. 13). El texto griego tiene asonancias: “ésan poreuòmenoi”, recuerda que Lucas nos muestra a menudo a Jesús como “el que camina”, el que está en camino. Para el evangelista es un símbolo de la manera de ser y de mostrarse Jesús. En el v. 15: “Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos” —suneporéueto— no se dice que Jesús se uniese a ellos y que les paró, sino que se puso en marcha con ellos.

Nuevamente, en el v. 17, dice Jesús: “¿Qué conversación lleváis por el camino?” —peripatùntes—.

Es clara la intención de Lucas al subrayar este movimiento. El mismo hecho de que cuando Jesús les pregunta ellos se paren, pero para recuperar la marcha después (el texto, en efecto, dice que llegan a un cierto punto), revela que se da mucha importancia a la itinerancia. Tanta que, precisamente en el último versículo, el 35, los discípulos, ya cerca de Jerusalén, narran las cosas acaecidas en el camino “en té odò”.

Sería interesante, aunque sólo fuera permaneciendo en una lectio, en un realce, a saber, de los elementos literarios fundamentales del texto, preguntarse cuál es el origen de esta predilección por el camino. Hay evidentemente un origen inmediato: el pasaje, típicamente lucano, procede de aquel círculo de discípulos de Jesús que eran los evangelizadores itinerantes. Daban vueltas predicando el Evangelio, abrían caminos y llevaban la buena nueva caminando, trasladándose de un lugar para otro al encuentro de la gente y poniéndose a hablar y discutir con ellos para convertirlos. Recordemos, por ejemplo, la experiencia de Felipe con el eunuco: conversando a lo largo del camino se llega al bautismo.

Es un poco lo que se hace en nuestras parroquias para la bendición de las casas: en el rito ambrosiano los sacer-

dotes van a bendecir las casas durante el tiempo de ad-
viento; en el rito romano, después de pascua. Este cami-
nar de casa en casa, de un camino a otro, repite la expe-
riencia de la itinerancia y del diálogo que a veces es signi-
ficativo de una iluminación del camino de la fe.

Pero más allá del origen inmediato, el símbolo de cami-
nar tiene un significado amplísimo sea para el hombre en
sí, —es un símbolo antropológico primario— sea porque
indica un proceso espiritual.

San Ignacio de Loyola, al comienzo de sus “Ejercicios
Espirituales”, dice que son un caminar, un correr, un po-
nerse en camino: no son un sentarse, un estarse parados.
El caminar, por consiguiente, subraya el dinamismo de la
fe, sus etapas, sus momentos sucesivos y progresión a la
vez.

La historia del hombre puede ser entendida bajo la
imagen del camino, lo mismo que la historia de una igle-
sia. A este propósito me viene a la mente una famosa car-
ta pastoral del cardenal Pellegrino, titulada *Caminar jun-
tos*, que quería expresar un cierto modo de ser de la Igle-
sia después del Concilio Vaticano II.

Y, naturalmente, está toda la simbología histórico-sal-
vífica: el camino de Dios, “mis caminos no son vuestros
caminos”. Dios, que viene por el camino del hombre, que
se hace acompañar, que viene al encuentro del hombre.
Es el símbolo de la encarnación en que Jesús se pone a ca-
minar con nosotros, es el Dios-con-nosotros, con todas
las consecuencias de la humanización de lo divino, de la
presencia de lo divino en la historia.

La Biblia es riquísima en imágenes del camino: Entre
los salmos —además, evidentemente, del salmo 1: “Di-
choso el hombre que no camina por la senda...” — está el
Salmo 118, que describe la observancia de la ley como un

camino: “Enséñame, Yavé, el camino de tus preceptos...
Corro por el camino de tus mandamientos, pues tú dilatas
mi corazón”.

El segundo símbolo. El segundo símbolo fundamental es
la hospitalidad, la acogida. Se expresa a menudo con pa-
labras maravillosas, con ese toque poético que siempre
nos golpea y nos conmueve: “Méinon meth'emón”, qué-
date con nosotros. Es bellísimo este “quédate”, sobre todo
si lo leemos a la luz de lo que san Juan nos da a entender:
“Yo permanezco en vosotros y vosotros en mí”.

“Quédate con nosotros” quiere decir: ya somos amigos,
te acogemos con nosotros, queremos estar juntos así, no
te vayas porque se hace tarde y el día ya ha declinado.
Lucas insiste en el permanecer: “Y entró para quedarse
con ellos”, y se sentó con ellos. Este símbolo primario de
la acogida, de la hospitalidad, es antiquísimo en la histo-
ria de la salvación: Abrahán, que acoge a los tres ángeles
diciendo: “Quedaos junto a mí, os lo ruego, si he encon-
trado gracia a vuestros ojos”. Es el símbolo del hombre
que supera el instintivo temor del otro, la desconfianza
que puede tener hacia el viandante, que le puede hacer
temer que sea un espía. Y este temor se diluye lentamente
hasta convertirse en fraternidad: ven a mi casa, sé mi
huésped.

Cuando Pablo predica en Filipos, aparece el episodio
de Lidia que dice: “Si he encontrado gracia ante el Señor,
entrad, os lo ruego, y permaneced en mi casa y sed mis
huéspedes”. Y a través de la hospitalidad se desenvolvía el
ministerio itinerante de los discípulos: es el modo con que
el hombre, hecho hermano para el hermano, acoge el
misterio de Dios. Es, por eso, uno de los grandes símbolos
de la amistad. Sabemos que en oriente la hospitalidad es

uno de los pilares fundamentales del comportamiento social; es la manera de mostrarse caballeros, hombres auténticos: saber acoger a cualquiera, a cualquier hora, en cualquier tiempo, sin irritarse jamás, preparando enseguida todo con alegría (aunque la mujer grite y refunfuñe), es un deber preciso del oriental.

Y este símbolo primario de la hospitalidad nos debe llevar a plantearnos interrogantes. Pienso en las casas de los grandes barrios de la periferia y del cinturón de Milán, donde la gente se desconoce de una escalera a la otra, de un descansillo de escalera a otro. Me lo decía recientemente un párroco que por primera vez, durante la bendición de las casas, había conseguido reunir a inquilinos diversos en un apartamento, para hacer una oración en común. Fue una novedad para aquella gente entrar en el piso de otro; incluso habitando en el mismo bloque y con los pisos en la misma escalera, se ignoran durante años y años. Es ciertamente un signo negativo no sentir la necesidad de conocerse, de acogerse y de ser recibidos como huéspedes.

El tercer símbolo. El tercer símbolo, aunque apenas esbozado, es la fracción del pan con toda su simbología humana e histórica. Lo leemos en el versículo 30: “Cuando estaban sentados a la mesa con ellos (mejor, se recostaban en el sentido de tenderse por tierra sobre los cojines), tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio”. Se trata de un punto importante, pues se hace referencia a él en el versículo 35: “Contaban... cómo le habían reconocido en la fracción del pan”. También ésta es una experiencia humana primaria: la participación en el mismo pan es más que la hospitalidad. Compartir la mesa es lo que hace verdaderamente hermanos; es como una ceremonia de

alianza. Este pan es mío, pero lo comparto contigo, pongo en comunión este bien mío.

En la forma en que lo expresa Lucas en el v. 30, se recalca casi palabra por palabra la institución de la eucaristía: Jesús dice la plegaria de la bendición, parte el pan, lo da a los apóstoles diciendo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros” (Lc 22, 19). Aunque estas últimas palabras no se mencionan, es claro que el evangelista da mucha importancia al simbolismo genérico de la fracción del pan. Lucas no se repite nunca por casualidad, y aquí trata de referirse a las palabras del capítulo 22. Intenta subrayar el ser de Cristo para los suyos, el don que hace de sí mismo, de su vida por los suyos. La misma expresión “klàsis tou ártou” es típica de la primitiva comunidad cristiana para indicar el partir del pan en las casas, la eucaristía.

El cuarto símbolo. El cuarto símbolo fundamental es la apertura de los ojos.

En el texto, se expresa con claridad, en oposición al tema de la cerrazón de ojos del v. 16: “No reconocían a Jesús, porque sus ojos estaban obcecados”. El texto griego habla de fuerza, “kratos”, del poder enemigo que retiene los ojos cerrados. Mientras en el v. 31 se dice: “Se abrieron los ojos y le reconocieron”. Hecho que se recuerda nuevamente en el v. 35: “Cómo él fue reconocido por ellos”.

La apertura de los ojos es el inicio de la fraternidad reencontrada: de la enemistad y de la desconfianza al reconocimiento del hombre, del amigo.

Un ejemplo típico de fraternidad reencontrada también desde el punto de vista antropológico es, en el Génesis, el reconocimiento de José, que se hace reconocer

por sus hermanos. A aquel a quien anteriormente habían temido y no le reconocían porque estaban bajo el ímpetu del temor, del miedo y del terror, y de su esplendor casi faraónico, en un momento determinado le reconocen como hermano. La fraternidad humana renovada está simbolizada, pues, por la apertura de los ojos: el hombre que en ciertas situaciones vive como si fuese ciego y después abre los ojos.

Y pasando del nivel antropológico al histórico-salvífico, el símbolo se amplía tanto de sentido como de referencias.

Los ojos se abren a la salvación: el tema se repite muchas veces en la Escritura. El hombre se abre a los tesoros de los mandamientos, de la ley, es la apertura misma de las Escrituras. Es, en efecto, interesante poner de relieve en nuestro texto que el mismo verbo usado para decir que “se abrieron sus ojos”, se emplea de nuevo más adelante para decir “mientras nos hablaba y nos explicaba las Escrituras”.

San Pablo nos dice (2 Cor 3) que los ojos de los judíos que leen la Escritura están velados, pero que, cuando llega Cristo, el velo cae y se abren los ojos. Las mismas Escrituras pueden leerse con ojos vendados (literalmente, sin entender el sentido) y con ojos abiertos. Sin embargo, la apertura de los ojos es una gracia, un don. Podemos decir que forma parte ya de la contemplatio, de la consolatio o pareclisis, porque es el Espíritu el que abre los ojos, el Espíritu que nos ha dado el Resucitado.

Por desgracia, el hombre, inmerso en la cotidianidad abrumadora, en la carnalidad, no ve las maravillas de la ley de que habla el salmo: “Abreme los ojos para que yo vea las maravillas de tu ley”. El hombre siente la ley como un peso, una fatiga, como un impedimento para vivir y

ser feliz. Sólo cuando, por gracia, abra los ojos, podrá ver que la ley es llave de vida perfecta, de vida verdaderamente humana.

3. *Los actores del texto.* Quienes actúan en nuestro texto son, sobre todo, los dos discípulos, de uno de los cuales se dice el nombre. Después está Jesús. Hay, además, actores invisibles, las otras fuerzas que operan en el pasaje: la fuerza de la Palabra, que hace arder el corazón, y la fracción del pan, entendida no como símbolo sino como fuerza operativa, de reconocimiento práctico.

¿Quiénes son los dos discípulos? Para entenderlo hay que leer bien las palabras: “Aquel mismo día, dos de ellos”. “De ellos” había dicho el evangelista en el v. 11: “Todas estas palabras les parecían como desatinos y no las creían”. Son los Once y todos los demás quienes, a pesar de haber escuchado a las mujeres el relato del sepulcro vacío y del ángel, no les dieron fe.

Los dos discípulos de nuestro pasaje son, pues, dos hombres que han sido tocados por la Palabra, pero no la han acogido, y viven el sufrimiento y el peso propio de esta no aceptación. Por eso “conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado” (v. 14). Es una observación interesante, puesto que nos hace pensar enseguida en el prólogo del evangelio de Lucas. Dirigiéndose, en efecto, a Teófilo, Lucas se propone “narrar ordenadamente todas las cosas que se han verificado” en medio de ellos. El v. 14 tiene en cuenta, por eso, el objeto global de la catequesis. De hecho, a la petición de Jesús que pregunta de qué hablan, responden que hablan de todo lo que respecta a Jesús de Nazaret, “que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo” (v.

19). Es la misma síntesis del kerigma que Pedro hace en su discurso.

Los dos discípulos tienen a mano el kerigma hasta la muerte, hasta la tumba vacía y el anuncio de los ángeles, es decir, hasta la resurrección: tienen a punto aquel kerigma que será proclamado con alegría en las comunidades cristianas y, no obstante, están tristes. No les sirve, porque el kerigma no es sentido como tal.

Otro actor es Jesús, que, de modo extraño, no anuncia nada nuevo: simplemente explica el sentido de aquella catequesis que ya poseen los dos, situándola en un contexto signifiante y, sobre todo, animándola con su presencia amiga y viva. Jesús es, por así decirlo, la otra mitad del kerigma. Ellos saben de memoria las preguntas y respuestas del catecismo, y Jesús da sentido y vida a estas preguntas y respuestas.

No se revela como Jesús, no dice que es el Resucitado, pero sitúa en su contexto signifiante lo que ellos ya saben —comenzando desde Moisés y de los profetas— y en un contexto vital de confianza, de banquete, de amistad, hasta el momento de la fracción del pan, que es la culminación, la irrupción de su presencia.

Podríamos decir que en este pasaje de Lucas, Jesús es el evangelizador por excelencia, no sólo porque repite palabras que ellos conocen ya, sino porque las explica, él es su hermeneuta, y las explica incluso con su modo de ser.

El tercer actor es la Palabra: se podrían recorrer todos los versículos del texto donde se describen los diversos momentos de la Palabra.

La palabra simplemente humana viene indicada con un verbo especial “omiléin”. En el v. 14: “y conversaban entre sí” —kai autòi amiloun— podría traducirse por char-

laban. Es una cierta forma de chismorreó, un exteriorizar de cualquier forma lo que somos. El mismo verbo se repite en el versículo siguiente, pero unido a otro: “suzetèin” que se traduce al español un poco débilmente por “discutían”. En realidad, indica un discurso acalorado, vivo, que busca quién tiene la razón y quién está equivocado, un hablar a nivel humano, desmoralizado, frustrado y que, por lo mismo, lleva a la tristeza, a la amargura y a la incredulidad.

Estos niveles de la palabra humana vuelven al v. 17 y son llamados “lògoi”: Jesús pregunta qué son esas palabras entre ellos, bien distintas de la Palabra, del Lògos que Jesús profiere. Aquí es clara la oposición entre discutir vano, frustrante, acalorado, polémico, que no acierta con el punto de la cuestión, y Jesús que es la Palabra. Y Lucas, entonces, usa otros verbos para indicar que Jesús “dijo”, Jesús “explicó”, Jesús “abrió las Escrituras”.

El texto nos sitúa frente a este actor que es la palabra humana, de una parte, y de otra, la Palabra de Jesús que, sin negar los contenidos de esta palabra humana, niega, sin embargo, el modo con que el hombre la usa, la forma incrédula con que el hombre juega con los acontecimientos, la incapacidad humana para captar el sentido unitario de los hechos.

El último actor es la fracción del pan: también es un agente del texto, tiene una fuerza, es el momento particular del reconocimiento: es él, es el Señor. Viene a la mente una narración análoga de reconocimiento de Jesús: el de Juan después de la pesca de medianoche (Jn 21). Había surgido el ansia, la fatiga, la acogida de la palabra alentadora de Jesús sin saber que era suya, después vino la pesca y finalmente el grito de Juan: “¡Es el Señor!”

La fracción del pan es culminante en este momento.

“La eucaristía —diría el Vaticano II— es la cumbre de la evangelización, el momento del reconocimiento pleno de Jesús que revela el misterio de Dios.

Meditatio

1. *¿Qué nos dicen los dos discípulos de Emaús?* Estos discípulos representan al hombre en búsqueda de sentido, de significado: son la Iglesia misma, son el sacerdote en esa búsqueda.

Lo primero de todo, el hombre en búsqueda. Es decir, tienen un sentido antropológico general y salvífico. El hombre es un ser en camino que necesita de significado: hasta que no lo ha encontrado está triste, inquieto, nervioso, airado consigo mismo y con los demás.

El hombre se pregunta por el sentido del progreso económico e industrial que presenciamos, el sentido de la actual crisis que extrañamente aparece como desmentido de la confianza que se ha puesto en el progreso industrial. ¿Por qué, entonces, fatigarse y acumular riquezas que habrán de producir nueva inflación, nuevos pobres, nuevas crisis? ¿Por qué dar tanta confianza a los otros si después tanta gente carece de confianza? ¿Qué sentido tiene la fidelidad? Por una parte, parece tener sentido, porque si no hay fidelidad no hay tampoco una relación: por otra, siempre es más frecuente la falta de fidelidad en el matrimonio, en la palabra dada, en los hechos, incluso en la administración pública de los bienes. El hombre advierte este terrible contraste y va en busca de una hipótesis más amplia, que acepte las contradicciones de la historia y revele incluso la posibilidad de comprenderlas.

El hombre no se resigna, no puede resignarse al absur-

do, al hecho de que existan acontecimientos de un tipo —buenos— y de otro —malos—. El hombre no se resigna a la posibilidad de ser víctima personalmente de la enfermedad en un momento en que necesita absolutamente la buena salud: no se resigna a la muerte que golpea a otros cuando son todavía jóvenes, con familia a su cuidado, etc.

El hombre se pregunta por el sentido de todo este dolor, el sentido de la vida: quizá no sea siempre un sentido religioso el que busca, pero es igualmente muy importante hacer compañía a este hombre en búsqueda de sentido.

Jesús, al acercarse a los dos de Emaús no les ha hecho una pregunta “religiosa”, pero sí se ha unido a su búsqueda de sentido.

Los dos discípulos son también la Iglesia en busca de sentido. La Iglesia, en efecto, abre un camino, busca continuamente el sentido de lo que acontece. Trata de comprender el significado profundo del concilio, y está ya alertada para captar el sentido de la crisis post-conciliar, e intenta comprender cuanto de bueno y de malo sucede hoy.

Nuestro esfuerzo, pues, está en intuir por qué las cosas de la Iglesia van así, por qué hay fenómenos de negatividad, de cansancio, de paralización en el movimiento litúrgico, en el acercamiento a la Escritura, el porqué de las crisis vocacionales; y al mismo tiempo el porqué del resurgir de fuerzas vivas del voluntariado, del empeño en la liturgia, de la atención a la Palabra de Dios. Son contradicciones que debemos aceptar y esforzarnos en comprender.

Más aún: nuestra Iglesia parece rechazada y recusada por la sociedad, y, no obstante, parece también que la sociedad sigue buscando contactos, estableciendo relaciones.

No podemos contentarnos con entender el pasado: queremos comprender lo que sucede hoy, y ésta es precisamente nuestra causa infatigable. En todo momento del camino hay que reequilibrar la pregunta para entender dónde estamos y cuál es el sentido de los complejos altibajos históricos contemporáneos.

Interrogarse no quiere decir en absoluto incertidumbre en la fe. La Iglesia tiene la certeza absoluta en los pilares de la fe: de la existencia de Dios, de la resurrección de Jesús, de su permanencia en la historia. Sin embargo, debe preguntarse para comprender la actitud pastoral hacia la sociedad civil, las fuerzas, las estructuras, los movimientos, el pensamiento, la cultura, para saber qué tipo de hipótesis interpretativa puede dar.

Se puede asumir una hipótesis catastrófica que ve marchar todo hacia la desunión: o por el contrario una hipótesis evolucionista, optimista, que ve que todas las cosas van mejor. O se puede optar por el esfuerzo cotidiano del discernimiento que nace del Espíritu de Dios y que continuamente pasa por la mesa de mandos del juicio del mal y del bien, para vivir de forma realista.

2. *¿Qué nos dice el símbolo de la apertura de los ojos?* El segundo principio para la meditatio es, mejor, puede ser, el símbolo de la apertura de los ojos: *¿Qué nos dice este símbolo? Quisiera invitaros aquí a reflexionar brevemente sobre la “apertura de los ojos y reconocimiento de la eucaristía”.*

La apertura de los ojos es un reconocimiento del significado de la Palabra que tiene lugar en el encuentro de la mesa, del partir el pan.

¿Qué significa la apertura de los ojos en el camino de

una Iglesia? Desde siempre, la Iglesia tiene el tesoro de la eucaristía, pero a menudo nuestros ojos están velados frente a este tesoro e instintivamente no adoptamos la actitud justa, no dejamos que explote la fuerza de la eucaristía. Asumimos, más bien, actitudes marginales, la actitud “cultural”, por ejemplo. En esta actitud relegamos la eucaristía al altar, al trono de la adoración del misterio. Lo adoramos y después nos vamos tras nuestros quehaceres, a vivir nuestra jornada. Los ojos, al menos en parte, están velados, si bien permanece el sentido, aceptable si queréis, del iconostasio: sabemos que dentro se esconde un gran misterio, pero este misterio no entra en la vida y lleva así al riesgo del ritualismo, del culturalismo. Con preferencia se preparan las formas culturales, las formas externas de propaganda para la adoración (es el peligro que puede haber en la preparación del congreso eucarístico): y la eucaristía permanece distante como estuvo la Biblia durante algunos siglos. Se podría aplicar lo que Paul Claudel dice respecto a la Escritura: “Los cristianos tienen una veneración grandísima por el libro sagrado y la manifiestan manteniéndose distantes”.

No intento con esto disminuir la adoración eucarística ni todos los actos de culto, que estimo muy importantes; quiero, más bien, subrayar que no podemos decir: eucaristía, eucaristía y después contentarnos con incensarla. Los actos del culto deben ser repensados continuamente en una visión complexiva del misterio, de otro modo, el misterio está en medio de nosotros sin que capturemos su sentido total, tenemos todavía los ojos velados.

Pienso que debe hacerse este camino de Iglesia hacia la comprensión verdadera y profunda de la eucaristía. Sólo así se puede evitar, de una parte, el culturalismo excesivo y, de otra, una “familiaridad” equivocada con la eucaris-

tía-banquete, símbolo de ciertos gestos morales de Cristo que nos invita también a una cierta moralidad.

Familiaridad no es aún “banalización” (¡éste es el límite a que se puede llegar!), es la eucaristía convertida simplemente en memoria del gesto heroico de Cristo que nos invita a ser para los demás, a dar la vida por los hermanos, pero sin que este gesto tenga su fuerza propia que nos abre los ojos y nos permite vivir una vida nueva.

El camino verdadero de Iglesia hacia la apertura de los ojos ante la eucaristía es el que nos hace ver en ella un misterio absoluto, la revelación perfecta de ser Dios para el hombre, de su pasión por el hombre, que se hace modelo de vida moral, de dedicación, modelo de don gratuito de sí, pero llenando al hombre de la fuerza de Cristo y de la capacidad de alabar y de amar a Dios Padre de manera perfecta.

La eucaristía, por tanto, ha de ser todo el precio de la vida, de la muerte y resurrección de Cristo como alabanza perfecta, adoración del Padre, servicio del hombre puesto en nosotros.

La importancia de la contemplación

Quisiera subrayar la importancia de la contemplación sin la que todo resulta insípido y se convierte en ejecución fatigosa de los preceptos, en voluntarismo, moralismo. La falta de contemplación nos impide captar globalmente los diferentes aspectos de la experiencia cristiana y vivir realmente el “ven y sígueme” de Jesús. En la contemplación, el hombre alcanza el máximo de claridad y de fuerza. En ella se verifica el proyecto-hombre, y se va

realizando a medida que se integra en los actos, en la cultura, en la expresión exterior de la persona.

El paso de la meditación a la contemplación es, pues, un momento vital y determinante de la experiencia cristiana. Con frecuencia nuestra experiencia cristiana se da, como máximo, a nivel de meditación, de reflexión, de bellos pensamientos, pero todavía oscura respecto a muchos valores del don de Dios hecho al hombre. Tal es, a menudo, la experiencia de los apóstoles en el Evangelio de Marcos, que ven y no comprenden, que tienen ojos y no ven. Por esto nos encontramos inciertos, a vueltas con continuos replanteamientos y con deseos de evasión: porque no se tiene como referencia la contemplación.

Las preguntas que podemos hacernos, entonces, deben ser sobre cómo practicamos la lectio y la meditatio, pero, sobre todo, si nos abrimos a la contemplación, si la consideramos fundamental para nuestro camino de fe.

Yo creo que todos nosotros hemos tenido momentos de verdadera contemplación, en los cuales hemos podido discernir también la consolación de Dios.

Os invito a reflexionar sobre estos momentos y a que los valoréis justamente, según los designios del Señor.

Lectio divina y compromiso histórico concreto

A hondemos en nuestra reflexión: ¿qué es esta lectio divina y por qué es verdaderamente importante para quienes deben vivir en la vida cotidiana un compromiso histórico concreto?

El salmo 1 me ha sugerido una intuición para responder a nuestra pregunta. Como sabéis, es un salmo programático de todo el salterio: habla de la sabiduría que procede de la Palabra de Dios y de la ley.

Dice: “Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos... mas se complace en la ley de Yavé; su ley susurra día y noche”.

Es la verdadera descripción de la lectio divina, de ese meditar que es rumiar, reflexionar, repensar, dar vueltas en la memoria. “Es como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da a su tiempo el fruto y jamás se amustia su follaje; todo lo que hace sale bien”.

Lo que me impresiona en este salmo es que a la lectio divina, a la degustación orante de la Palabra de Dios no está simplemente la alegría interior, la paz, sino también el éxito en las empresas: “todo lo que hace sale bien”. Pone de relieve una relación entre la lectio y opciones concretas históricas de la vida.

Si leemos atentamente los escritos de los Padres, a partir de Agustín, siguiendo por Ambrosio y Gregorio Magno, observaremos que el proceso dinámico de la lectio no se para en la contemplación. De la contemplación —que es la intuición del misterio de Jesús presente en las palabras que estoy meditando, escuchando— nace en realidad dicha consolación, es decir, el sentido interior de la alegría del Espíritu Santo presente en mí y en el mundo, operante en la historia y en la vida humana.

Y de la consolación nace lo que se ha dado en llamar el discernimiento, la capacidad de comprender las consonancias en la vida, en las situaciones sociales, humanas, civiles y políticas, de la acción de Dios en el mundo, de la encarnación del Verbo. La acción de Dios en el mundo,

la encarnación del Verbo se percibe en consonancia con la propia experiencia interior y es acogida, en consecuencia, como por connaturalidad, en sus realizaciones históricas en mí, entorno a mí, en la Iglesia y en la historia.

Finalmente, del discernimiento salen las opciones históricas conformes al Evangelio y las acciones evangélicas que introducen en la historia del reino de Dios.

Si tenemos presente este proceso dinámico, vemos que de la lectura de la Escritura —pasando por la reflexión meditativa y la oración— se llega a la contemplación del Dios invisible encarnado en Cristo y en la historia, y de la contemplación —pasando por la consolación interior del Espíritu, que permite el discernimiento en mi vida y en la historia de los caminos de Dios— se llega a afrontarlos de forma eficaz.

Esta visión frontal de la lectio divina es, por tanto, contraria al paralelismo que con frecuencia estamos acostumbrados a considerar como obvio y natural: leo la Escritura, y de esta forma podré tener un poco más de valor y de fuerza en mi vida, podré acordarme un poco más de Dios. ¡No! Leo la Escritura porque de ella nace el discernimiento en las opciones y en las acciones de la vida. La lectio divina es generadora de las opciones evangélicas tanto personales como comunitarias.

Por esto, de la consideración constante de la Escritura nace el obrar evangélico de la caridad: caridad que se ocupa del hermano, del último; caridad social, caridad política. Debemos desconfiar absolutamente de toda opción de caridad que no esté enraizada en la fe, en una fe alimentada por la escucha de la Palabra.

Ahora ya podemos comprender mejor por qué la lectio divina es importante sobre todo para nuestro tiempo, para sobrevivir en el contexto ateo de nuestro tiempo.

Creo que es difícil negar que en el mundo occidental nos encontramos ante un contexto ateo; me percato de ello al viajar por otros países. Recientemente, por ejemplo, he estado en África y he percibido una religiosidad que se respira en el aire, un poco por todas partes: el misterio de Dios es connatural al pueblo africano.

Nuestro mundo occidental vive una fuerte crisis de desolación espiritual, de noche oscura del espíritu, en que el misterio de Dios ya no está presente en la conciencia. Esta aridez interior nos amenaza a todos nosotros y sofoca las existencias cristianas, que no llegan a expresar en su experiencia cotidiana el gusto del Dios vivo. Hay ciertamente otras muchas maneras de defenderse de la invasión de esta mentalidad prácticamente atea que se manifiesta de diversas formas como, por ejemplo, el consumismo, el indiferentismo, el permisivismo. Otras tantas maneras a las que la Iglesia nos estimula, pero bien entendido que todo ello debe fundarse en el gusto interior, en el sentido vivo de fe que nos permita captar a Dios en nosotros y entre nosotros y sentir íntimamente su presencia, no por una gracia mística extraordinaria, sino en virtud de la fuerza de la fe, alimentada de manera privilegiada por la escucha de la Biblia en forma de oración, de la lectio divina.

No pienso que sea posible pasar indemnes a través del desierto espiritual del mundo occidental de hoy si el cristiano no se nutre —bastante más que el cristiano de hace 20, 30, 50 años— de un gusto personal de la Palabra de Dios que le haga sentir el gozo de su presencia, incluso en medio de la ausencia más grande en torno a sí, y le permita irradiarla.

La oración del “Cristo total”

Quiero añadir ahora algunas observaciones sobre la Liturgia de las Horas. En ella, el Dios que repetidamente nos habla, escucha nuestra respuesta y nos sugiere la palabra misma con que responder.

Toda la creación, que tiene su cabeza en Jesús crucificado y resucitado y su cuerpo en todos aquellos que le están vitalmente unidos, responde a su Creador rimando su alabanza y su súplica, diríase que al latido mismo del universo, es decir, al fluir del tiempo y al prisma perenne y siempre nuevo de la luz. Todo ser, de alguna manera, se une a esta oración cósmica que se eleva a Dios sobre todo en los momentos cardinales del atardecer y de la aurora.

“¿Qué hombre dotado de sensibilidad no se enrojecería al terminar su jornada sin la recitación de los salmos, cuando los mismos pajarillos acompañan el surgir del día y de la noche con un acto de piedad habitual y con un dulce canto?” (San Ambrosio, *Exameron*, V, 12, 36).

“Invitados por tanta gracia dada a la Iglesia y por tan grandes premios prometidos a la piedad, nos anticipamos al sol que nace, salimos al encuentro de su aurora, antes que nos digan: ‘Aquí estoy’. El sol de justicia quiere ser anticipado y espera a que salgamos a su encuentro” (*In psalmum* 118, 19, 30).

El concilio Vaticano II nos ha recordado la dignidad singular y el valor de esta oración: “Cuando los sacerdotes y todos aquellos que han sido destinados a esta función por institución de la Iglesia cumplen debidamente ese admirable canto de alabanza o cuando los fieles oran junto con el sacerdote en la forma establecida, entonces es, en verdad, la voz de la misma esposa que habla al Es-

poso; más aún, es la oración de Cristo con su cuerpo al Padre” (*Sacrosanctum Concilium*, 84).

La oración de los salmos

En la Liturgia de las Horas, la misma Palabra de Dios pone en nuestros labios el canto de respuesta, proponiéndonos la recitación de los salmos, que están, como todas las demás páginas de la Biblia, divinamente inspirados y, al mismo tiempo, son verdadera y apasionada oración del hombre.

Y así entendemos de forma significativa cuanto dice san Pablo: “Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rm 8, 26). El Espíritu Santo, pues, que ha hablado por los profetas, y es el autor principal de los salmos, ora en nuestra voz y asegura a nuestra súplica la complacencia del Padre.

El mismo Señor Jesús en su vida terrena oró con los salmos y continúa hoy orando con nosotros. Con los salmos oró la virgen María, y con los salmos han orado todas las generaciones cristianas.

San Ambrosio expresó también su admiración por esta oración: ¿Qué más hermoso que el salmo?... El salmo es bendición del pueblo, alabanza de Dios, himno de alabanza del pueblo, aplauso general, himno del universo, voz de la Iglesia, profesión canora de fe, devoción llena de autoridad, gozo de la liberación, grito de alegría, exultación del gozo. Mitiga la ira, desvanece y ahuyenta la angustia, enjuga el llanto. Arma en la noche, magisterio durante el día, escudo en el temor, fiesta en la santidad, imagen del

descanso, prenda de la paz y de la concordia: como una cítara de sonidos diversos y desiguales, expresa un único cántico. El despuntar del día hace resonar el canto del salmo; el declinar de la tarde responde con el canto del salmo” (*Explanatio Ps 1, 9*).

Las dificultades que el hombre de hoy puede encontrar en la comprensión de los salmos son fácilmente superables, si se recuerdan y se aceptan con la fe las normas de su interpretación que nos han dado los santos Padres: todos los salmos en su sentido más profundo y pleno hablan de Cristo (que sufre en su pasión y es salvado y glorificado por el Padre en la Resurrección) o de la Iglesia (que es peregrina en la tierra y se alegra en el reino) o del hombre redimido (atribulado y perseguido, pero al mismo tiempo a la espera serena del gozo eterno). En fin, en ellos habla Cristo o la Iglesia o el cristiano.

La Iglesia que ora

En los textos del Nuevo Testamento y de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia (*Sacrosanctum Concilium*), la Iglesia se nos manifiesta como Iglesia que ora.

1. ¿Cuándo la Iglesia se ha manifestado y se manifiesta en oración? Desde el comienzo. En el pasaje de los Hechos de los Apóstoles (2, 42-46) se encuentra la primera descripción histórica de la Iglesia. Se describe una jornada típica de la comunidad primitiva —de las nueve de la mañana al caer de la noche—, y al término de la narración se dice: “Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las ora-

ciones... Acudían al templo todos los días con perseverancia... Alabando a Dios”.

La Iglesia está, pues, en oración desde el comienzo.

Y está en oración siempre. Si releéis el libro de los Hechos, observaréis que en todos sus 28 capítulos hay, al menos, una mención de la oración, lo justo para hacernos entender que estar en oración es una característica constante y permanente de la Iglesia. Por esto, el párrafo de la *Sacrosanctum Concilium* retoma el c. 2 de los Hechos de los Apóstoles (vv. 41-42) y prosigue: “Desde entonces la Iglesia ya no ha dejado de reunirse en asamblea para celebrar el misterio pascual”. Desde el primer momento de Pentecostés hasta hoy, 7 de noviembre de 1985, jamás la Iglesia deja de reunirse en oración. No se ha dado un día, un tiempo en que la Iglesia haya dejado de orar.

2. ¿Cómo ha orado y ora la Iglesia? Ha orado como Cristo. Vienen a la mente las palabras del evangelista Lucas, en el relato de la Transfiguración: “Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante” (cf. 9, 28-35). Jesús, al orar, deja, por así decirlo, su aspecto cotidiano y asume una figura luminosa y resplandeciente. Me gustaría subrayar esto, porque nos hace comprender en qué forma ora la Iglesia: como Cristo, transfigurándose.

Ahondemos en la idea. Cuando la Iglesia ora, sobre todo cuando lo hace en comunidad visible, sale fuera de la figura y del aspecto cotidiano de la vida. Cuando ora, realiza una acción que no se sobrepone a otra, no equivale a reunirse para recitar juntos bellas fórmulas o para cantar o escuchar palabras interesantes; se trata más bien de un éxtasis, de una transfiguración, de un salir de sí, de un olvidarse.

Una liturgia es pobre si de alguna manera no es extática. Por eso, la Iglesia quiere demostrar, incluso de forma visible, que cuando ora cumple un acto diferente de tantos otros: el sacerdote se viste de los ornamentos sagrados, el altar está bien dispuesto, se usa el incienso, etc. Está viviendo un misterio divino, estamos entrando en la esfera de lo divino, con y como Cristo.

¡Cuántas veces experimento la alegría de sentir, durante una celebración litúrgica, que la gente llega a olvidarse de sí hasta alcanzar el propósito de querer hacer, a toda costa, “una bella liturgia”, y comienza a perderse en Dios, en el Crucificado, en el misterio inefable de la Trinidad, dejándose arrastrar, a través de los signos, por la presencia divina.

Pero cuántas veces también, durante una celebración, tengo la impresión casi física de que la gente está preocupada de sí misma o individualmente o como grupo, que la gente está dividida, no logra remontar, y la oración vuelve a caer sobre sí misma.

La oración de la Iglesia es, pues, una forma de éxtasis, de transfiguración, y los símbolos litúrgicos —ornamentos, gestos, palabras— ayudan a vivir la experiencia de lo divino.

Dos objeciones

Siento, no obstante, cómo surgen de repente dos objeciones.

— La primera: este modo de entender la oración de la Iglesia, ¿no es, acaso, una alienación, un alejarse de la realidad cotidiana de la vida?

La respuesta es sencilla: para ver con claridad la realidad de la vida hay que subir a lo alto. En efecto, quien no asciende a la torre de control, no puede conocer el movimiento de la pista de un aeropuerto.

El movimiento extático a que nos lleva la liturgia, al que nos arrastra Cristo crucificado, Cristo eucaristía, es garantía de santidad en lo cotidiano, es la capacidad para valorar las cosas en su manera justa, de dar importancia a lo que la tiene. Vivir un momento de olvido de sí, de ingreso en el fuego de Dios, nos ayuda a adquirir el punto de vista de Dios, de Cristo.

La transfiguración de la Iglesia en la oración no es, por tanto, alienación sino entrar en la verdad de las cosas y contemplarlas con la mirada de Dios.

— La segunda objeción: nosotros, que somos frágiles, presas de mil preocupaciones, distracciones y frivolidades, ¿cómo podemos obrar?

Las respuestas son dos:

a) La primera nos la da la Carta a los Hebreos (Hb 5, 7): “Jesús, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas, al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado...” La respuesta está en las lágrimas de Jesús y en su poderoso clamor, que hemos hecho nuestro en el salmo 26: “No me ocultes tu rostro, no rechaces con cólera a tu siervo... No me abandones... no me dejes... Guíame por senda llana... no me entregues al ansia de mis adversarios”.

La oración misma es reconocimiento de nuestra fragilidad y confesión a Dios de nuestra incapacidad. Jesús, que no había pecado, quiso hacerse solidario de nuestra pobreza, y orar con humildad, clamor y lágrimas. La liturgia es rica en palabras de clamor, de compunción y de dolor.

“Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, renueva un espíritu firme dentro de mí; no me rechaces lejos de tu vista, no retires de mí tu Santo Espíritu” (Sal. 50). Y la misa comienza diciendo: “Tú, que has venido a llamar a los contritos de corazón, ten piedad de nosotros”.

La liturgia, por tanto, responde a nuestra confesión de debilidad y de impotencia.

b) La segunda respuesta es que la Iglesia introduce nuestra pobreza de oración en Cristo. Es él quien nos reúne y nos asume cuando estamos en oración con la Iglesia. Es su cruz la que nos atrae en su misterio de adoración y de ofrenda haciendo de nosotros una sola cosa con él.

Recuerdo, a este propósito, la carta pastoral: “Atraeré a todos hacia mí”, que meditamos durante la preparación para el Congreso Eucarístico. Somos atraídos por la entrega del Crucificado, y mediante la Eucaristía nos hacemos parte de ella.

“En realidad —dice la Sacrosanctum Concilium— en esta obra tan grande... Cristo asocia a sí a la Iglesia, su esposa amadísima... El está presente en el sacrificio de la misa... está presente con su virtud en los sacramentos... está presente en su palabra... está presente cuando la Iglesia ora y alaba... está siempre presente en la Iglesia”.

Cristo, asumiéndonos en sí, nos hace salir de la prisión de nuestra mediocridad y nos hace entrar en la anchura divina de los designios de su corazón.

“Todo viviente alabe al Señor”

Todo hombre ha sido creado para alabar a Dios: también aquellos que en este momento no lo piensan, y todas las personas que parecen tan lejanas de una situación de alabanza, han sido creadas para esto.

La alabanza es el estupor de no ser nosotros el centro del universo, es la alegría de que haya alguien más grande que nosotros, que nos ama sin límites, alguien que ama a todo hombre. Es el asombro de que ha hablado en forma tan bella Juan Pablo II en su primera encíclica: “Si se cultiva en el hombre este proceso profundo (por el que se reconoce amado de Dios en Cristo), entonces produce frutos no sólo de adoración de Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo... En realidad, ese profundo asombro respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, la Buena Nueva. Se llama también cristianismo” (*Redemptor Hominis*, 10). El hombre, pues, está llamado a esta alabanza de asombro de sí mismo frente al misterio de Dios, frente a la belleza, a la novedad y a la fuerza de la proclamación evangélica.

¿Sabe el hombre de hoy alabar a Dios?

¿Podemos decir que nosotros, hombres de hoy, estamos fácilmente inclinados a la alabanza y a la súplica, que son las dos líneas sobresalientes de los salmos? ¿O, tal vez, se alternan en nosotros otros sentimientos propios del hombre que ha perdido el sentido de Dios? Si el hombre ya no sabe alabar ni pedir, en el sufrimiento y en las lágrimas, entonces se lanzará a una rabia

sin sentido o, por el contrario, se encerrará en un escepticismo demoleedor y contento con cualquier satisfacción inmediata. Al binomio bíblico alabanza-lamento, expresivo de la condición humana vivida a partir de Dios, corresponde el binomio rabia-escepticismo que describe al hombre erradicado de Dios, incapaz de alabanza.

Entonces la pregunta se hace personal: ¿Sé yo alabar? ¿Sé ver el mundo con el prisma del amor? Porque, para alabar se necesita una opción, se necesita dar un paso adelante, decidirse a querer alabar, asumir la alabanza como actitud fundamental, y no elegir la rabia o la resignación, sino el amor que alaba a Dios actuante en el mundo.

¿Por qué alabar a Dios?

Quiero alabar por nuestra vida, por este don inmenso y terrible, por este don tan responsabilizante y al mismo tiempo tan entusiasmante.

Teniendo en cuenta que alabar quiere decir también llorar, saber explotar de dolor, recordamos que la alabanza suscita en nosotros la capacidad de sentir hasta el límite el valor de las cosas que nos lleva a llorar profundamente su pérdida. Llorar por las ocasiones perdidas, llorar por las guerras inútiles, llorar por la sangre derramada sin motivo, por prestigio; llorar por la violencia que llena de sangre al mundo; llorar por los conflictos que se podían evitar. Llorar y airarse.

A partir de esta alabanza que nos pone frente a las cosas de forma verdadera, llorar y airarse. No con una rabia

que destruye y que no consigue realizar nada, sino llorar y airarse con una actitud que es como la de Jesús.

Coger el mal en sus raíces, ser capaces de reconstruir, de comprometerse con sacrificio, de darse en la actividad de caridad, de asistencia, de compromiso social y político.

Debemos partir, sin embargo, no de intereses mezquinos o de cálculos, sino de esta actitud fundamental de alabanza y, por consiguiente, de dolorosa y desgarradora lamentación de todo lo que no corresponde al designio amoroso de Dios.

¿Cómo alabar a Dios?

La tercera pregunta es todavía más personal: ¿cómo experimentaré yo este deseo de alabanza? Puede darse en formas sencillísimas. Estos últimos días me he encontrado con muchachos parapléjicos, que mañana recibirán la confirmación. Un sacerdote de Lecce, Don Luigi Monza, muerto hace unos años, con una espiritualidad sencilla pero muy profunda, dio origen a un servicio de caridad hacia estos jóvenes.

En sus escritos me ha impresionado mucho una máxima: “Una sonrisa es capaz de esconder una pena interior”. Es una propuesta simple pero que puede transformar muchas relaciones en torno nuestro, muchos modos de vivir, de relacionarse con los demás. Una sonrisa que esconde una pena interior y que la rescata es señal de un ánimo capaz de alabar, de alabar de tal forma a Dios que le haga ir más allá de lo que podemos sentir dentro de nosotros, para descubrir las raíces más profundas de nuestro poder sonreír a los otros y realizar un gesto de bondad y de atención.

Querría terminar esta reflexión recordando a un hombre que supo alabar, a saber, al papa Montini. Es un hombre que, precisamente porque era profundamente consciente de los sufrimientos y de lo trágico de la existencia humana, supo elevarse a una calidad de alabanza finísima. Quiero citar unas palabras de su bellissimo “Pensamiento de la muerte”, el autógrafo que es un poco su pensamiento espiritual. Hablando de su muerte inminente dice: “...Parece que la despedida haya de expresarse en un grande y sencillo acto de reconocimiento, también de gratitud. Esta vida mortal es, a pesar de sus trabajos, sus oscuros misterios, sus sufrimientos, su fatal caducidad, un hecho bellissimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con gozo y gloria: ¡la vida, la vida del hombre! No menos digno de exaltación y de feliz asombro es el cuadro que envuelve la vida del hombre: este mundo inmenso, misterioso, magnífico; este universo de las mil fuerzas, de las mil leyes, de las mil hermosuras y de las mil profundidades. ¿Por qué no he estudiado lo suficiente, explorado, admirado la morada en la que se desenvuelve la vida? ¡Qué imperdonable distracción, qué superficialidad tan reprochable! Sin embargo, al menos *in extremis*, se ha de reconocer que ese mundo, ‘*qui per Ipsum factus est*’, que ha sido hecho por medio de El, es estupendo. Te saludo y te celebro en el último instante, con inmensa admiración y, como se decía, con gratitud. Todo es don: detrás de la vida, detrás de la naturaleza y el universo está la Sabiduría; y después, lo diré en esta despedida luminosa, ¡está el Amor! ¡La escena del mundo es un designio, hoy todavía incomprensible para la mayor parte, de un Dios creador, que se llama Padre nuestro que está en el cielo! ¡Gracias, oh Dios, gracias y gloria a ti, Padre!”

Parte segunda
Las oraciones

Don, relación, experiencia

1. Oraciones para conocer al verdadero Dios y su voluntad



Nuestra poca fe

¿Y nosotros, Señor?
No tememos decirte
que nos encontramos a veces
como tus primeros discípulos.
Nuestra fe va acompañada a menudo
de poca disponibilidad, de rigidez de corazón,
de dureza, de incapacidad para comprenderte.
¡Repréndenos, Señor,
para que nuestro corazón te acoja!
Haz que no nos amedrentemos
de nuestra dureza de corazón,
sino que, perseverando en la oración,
lleguemos a comprender los signos de tu presencia.

El misterio de Dios

¿Por qué, Jesús, has hablado en parábolas?
Tú, que conoces mejor que nadie a Dios,
tú, que eres el Hijo de Dios

y que pudiste hablar sin velos de él,
¿por qué no lo hiciste?
¿Por qué no explicaste claramente
el misterio de Dios y el misterio del hombre?
Desde lo hondo grito a ti, Señor.
Tú, que habitas en las alturas,
líbrame de mi interpretación
banal y superficial del mundo.
Hazme comprender, Señor,
la fuerza del Espíritu sembrado en la tierra del mundo,
para tener confianza en esta tierra,
para tener confianza en el arroyo que habita el universo
y para dejarme arrastrar por él
hacia la profundidad del Padre,
para darme al Hijo
dejándome abrazar en el beso del Espíritu Santo
que abre en mí los manantiales de la vida.
Concédeme, Señor, que comprenda qué es la parábola,
que lea la parábola de la vida, de la historia,
de mi vida,
y que te vea, Señor, como nos has prometido;
que te conozca como somos conocidos;
que te mire no ya a través de un velo,
un enigma, un espejo,
sino directamente,
y que comience esta contemplación
con los ojos de la fe.
Ayúdame a fijar mi contemplación
en este grano que habita la tierra y la cambia,
la Eucaristía,
que se echa en la tierra del mundo
y produce el ciento por uno
en los corazones que la acogen con fe y humildad.

El tiempo de Dios

¡O h Dios, Padre nuestro!
tú, que has comprendido el corazón de David!
concédenos entender
este corazón de hombre,
para comprender nuestro corazón
y el corazón de tu Hijo Jesús.
Virgen María, hija de Sión,
que has engendrado al Salvador Jesús,
danos comprender su corazón
para poder comprender el nuestro
y el corazón de las personas que amamos,
de las personas que nos están encomendadas,
sobre todo el corazón del que sufre
y del que vive sin esperanza.
Infúndenos el sentido del tiempo:
del pasado, del presente y del futuro.
Enséñanos el conocimiento
del desorden de nuestra vida
para abrirnos a las dimensiones del tiempo de Dios,
tiempo de la misericordia y del amor.
Te lo pedimos, Padre, por tu Hijo Jesús,
en el Espíritu Santo,
en unión con María.

El Padre está “en lo secreto”

Te pedimos, Señor, un corazón puro,
una gran paz interior,
una gran claridad

sobre el destino actual de la Iglesia
y de nuestras comunidades,
en este mundo de indiferencia
y de civilización que camina tan rápidamente.
Danos el sentido de lo que debemos hacer
como profetas,
y haz que podamos ver tu gloria
y tu rostro en todas las situaciones
complejas y difíciles de nuestro tiempo.
Te damos gracias, Señor, por encontrarnos
en la calma de la oración,
en el sacrificio del silencio,
en la humildad de la adoración.
Haznos experimentar la fuerza de este tiempo santo;
ábreanos a tu Espíritu que llama a conversión,
para poder ayudar a la conversión de la Iglesia
y del mundo.
Danos, Señor, que podamos entrar, una vez más,
en este camino de la conversión cristiana,
interior, actual, discreta y sencilla,
expresada en los gestos de la Cuaresma.
Te rogamos, sobre todo, que comprendamos
tus últimas palabras:
que el Padre está en lo secreto.
El secreto es lo cotidiano
que, parece, esconde los actos heroicos de la vida,
que, parece, banaliza todo
y, sin embargo, contiene la clave de la santidad humilde,
en la vida comunitaria,
en la vida familiar,
en la vida de la parroquia.
También más allá de los aspectos clamorosos
está el secreto de lo cotidiano escondido
en que Dios habita.

Danos, Señor,
que conozcamos tu presencia de Padre
en lo escondido de nuestra existencia,
de la misma manera que Samuel la conoció
en el largo silencio de su profecía,
como la conoció Saulo
en el largo silencio de Tarso.

Conocer a Jesús, Hijo del Padre

Te suplicamos, Dios Padre nuestro,
que nos hagas conocer a tu Hijo Jesús,
hijo de David,
mediador absoluto de la salvación
para todo el mundo,
Señor de la historia y fin de la historia.
Que lo conozcamos como él nos conoce,
amarlo como él nos ama,
contemplantarlo por todos los días de nuestra vida:
concédenos participar en el conocimiento
que él tiene de ti.
Dios Padre nuestro,
tú haces vislumbrar el término de toda la historia,
que es Jesucristo resucitado,
la Jerusalén celestial,
la reunificación de los pueblos, en tu alianza,
por la eternidad.
Concédenos, pues, que comprendamos
también las raíces de este movimiento histórico
para conocer en los inicios,
en las pequeñas realidades cotidianas,
lo que está ya presente como prenda de lo que será.

Concédenos esa esperanza indefectible
que tiende hacia ti y nos colma de alegría.
Oh Jesús, tú nos presentas todo esto en la Eucaristía.
Nos pides que celebremos la economía humilde
y escondida
de tu entrada en la muerte
por amor,
que celebremos el don del Espíritu Santo
que mana de la cruz
y el misterio de la resurrección y de la vida
que viene de tu sacrificio.
Enséñanos, Señor Jesús,
a vivir esta Eucaristía
en la escucha de tu Palabra,
buscando en el signo del pan y del vino
a Dios que se da
en plenitud de amor
y nuestro don a ti, en respuesta al tuyo,
en la gracia del Espíritu Santo
y por la intercesión
de la Virgen María, tu Madre.

Llamados a ser como Jesús

Señor, tú, más grande que el templo,
estás en medio de nosotros en el misterio
de tu Pascua.
Haz que te adoremos,
te reconozcamos Señor,
pongamos ante ti
nuestros temores, pequeñeces, rigideces;
haz que nos dejemos iluminar

por la inmensidad de tu mente,
por la anchura de tu corazón,
para que conozcamos al hombre,
ese hombre que somos nosotros,
llamados a ser como tú,
y después conozcamos en cada hombre
a nuestro hermano y hermana,
para poder promoverlo auténticamente
como lo has hecho tú.
Danos, Señor, que encontremos en nuestra vida
el camino que nos permita responder
a esta revelación de Dios
que se nos dio en la Pascua
y que se desmenuza en la vida de Jesús
día a día,
a fin de que podamos vivirla a fondo
y ser plenamente nosotros mismos,
como tú, Padre, lo has querido desde la eternidad
y sigues queriéndolo con amor incansable,
a fin de que seamos nosotros mismos en Cristo Jesús,
contigo, Padre,
en la gracia y en la fuerza del Espíritu Santo,
hasta el fin de los tiempos.

Tu amor gratuito

Ayúdanos, Señor, a comprender
que precisamente en la cruz,
en la derrota, en la humillación,
se manifiesta tu gloria de amor gratuito
hacia el hombre,
se manifiesta tu naturaleza más íntima.

Porque tú eres el que se da sin límites,
y esta donación tuya
no aparece en el trueno,
en el viento,
en la tempestad,
en la victoria sobre los enemigos.
Aparece ya un poco
en la curación de la enfermedad;
aparece en el vino de Caná
y en el paralítico que vuelve a caminar.
Pero, sobre todo, aparece cuando tú, Señor,
te das todo sin reserva,
cuando no hay nada
que no haya sido ya dado para mí:
ésta es tu gloria
aunque no seamos capaces de expresarla
con las palabras adecuadas.
Señor, haz que comprendamos
el misterio de tu alegría,
de tu gloria
y de tu cruz.
Haz que pueda ver
cuanto hay en mí de agresividad,
de resistencia a los demás,
de desconfianza,
de miedo.
Líbrame, Señor,
esclarece en mí
todo lo que me enfrenta a los demás.
Hazme caminar por el sendero de tu paz.

El amor de misión

Señor, nos encontramos frente
a un misterio no fácil de captar.
Comprendemos el sentido de las palabras,
el sonido verbal;
pero más allá de esto podemos intuir
que todo ello nos introduce
en el misterio del Padre,
en el misterio último, definitivo,
explícito del hombre.
Nosotros te alabamos y te agradecemos
porque nos haces partícipes de este misterio:
reconocemos, no obstante, que balbuceamos frente a él,
corremos el riesgo de banalizarlo,
de traducirlo con demasiada simplicidad
y apresuradamente
a nuestro lenguaje.
Danos la gracia
de permanecer en tu contemplación, Crucificado,
y de preguntarte
¿qué amor te ha llevado hasta ese punto?
Haz que conozcamos que este amor
nos viene del Padre,
que es amor de misión.
Queremos entrar en este amor de misión,
aunque se trastornen y desbaraten nuestras miras,
y nuestros modos de ser y de pensar.
Deseamos siempre ser el inicio
y el origen de todo.
Ayúdanos tú a entender
que podemos serlo
sólo por tu voluntad.

El misterio de la vida de Pablo

Nos dirigimos directamente a ti, apóstol Pablo.
Tú ves con cuánta presunción
intentamos entrar en el misterio de tu vida
que tú mismo repensaste durante tantos años.
Si lo hacemos es porque queremos conocerte
a través del conocimiento de lo que Dios
hizo en ti,
conocer quién es Dios,
quién es Jesucristo,
quién es Jesús para nosotros.
Sabemos que tú, apóstol Pablo,
no eres indiferente a nuestro deseo;
más bien es tu deseo.
Tú viviste por esto,
sufriste y moriste por esto.
Es por tu sufrimiento y por tu muerte
por lo que ahora te lo pedimos.
Abre nuestros ojos
como el Señor abrió los tuyos,
a fin de que comprendamos el poder de Dios en ti
y el poder de Dios en nosotros.
Danos a entender
lo que tú eras antes de la conversión,
lo que nosotros éramos antes de que Dios nos llamase,
lo que somos frente a la llamada de Dios.
Nos dirigimos también a ti, apóstol Mateo,
para que, saliendo de lo que creemos saber
o haber ya comprendido
entremos en la tierra sin fin
que es la Palabra de Dios.
En esta tierra sin límites encontramos el alimento,

el agua y el maná que nos hacen caminar,
el fuego que nos calienta y nos ilumina,
escuchamos la Palabra de Dios,
vemos el resplandor de su gloria.
Que también a nosotros se nos conceda,
como a Pablo y a Mateo,
llevar tu mensaje con valor
y con libertad de palabra y de espíritu.
Escucha, Padre, la oración que te hacemos
junto con los apóstoles Pablo y Mateo,
junto con María, Madre de Jesús.
Por Cristo nuestro Señor.

Comprender la misericordia

Señor, tú tienes en tu mano todas las cosas.
Estuvo en tu mano la vida de Pablo
de manera abierta y grandiosa
desde el momento de su conversión.
No lo abandonaste
ni siquiera en los momentos difíciles
en que, tal vez, no sabía
lo que le estaba sucediendo.
Te manifestaste a él con amor misericordioso,
precisamente allí, quizás,
donde estaba a punto de abandonar el ministerio.
Concédenos que comprendamos tu misericordia
sobre nosotros
para que podamos, con confianza,
aceptar tu guía,
creer en el significado providencial

de lo que ha sucedido y sucede
en nuestra existencia cristiana y sacerdotal.
Sea para gloria tuya,
en la fuerza del Espíritu,
por intercesión de María y de todos los santos.

Si no entender, por lo menos amar

Tú sabes, Señor Jesús,
que pasamos por tantos acontecimientos
difíciles de entender
y que encontramos en torno nuestro,
en la historia de la Iglesia y de tus santos,
muchos acontecimientos
cuyo sentido no comprendemos bien.
Señor, no te pedimos que los entendamos,
querríamos, más bien, saber amar más,
querríamos sacar de lo que podemos comprender
la capacidad de amar,
para estar seguros
de que nada nos puede separar de tu amor,
nada nos puede separar de la fuerza del Espíritu
difundida en nuestros corazones.
Que la fuerza del Espíritu esté ahora presente en nosotros
mientras leemos la Escritura.
Concédenos, María, Madre del Señor,
que si no sabemos comprender,
sepamos, al menos, amar.
Y todo esto lo pedimos a Dios Padre,
fuente del amor y de la luz,
que vence toda oscuridad

por medio de Cristo, luz del mundo,
en el Espíritu, fuego que ilumina nuestra noche,
por Cristo nuestro Señor.

El “sublime conocimiento” de Cristo

Nos dirigimos a ti, apóstol Pablo,
pidiéndote que intercedas por nosotros
para que podamos tener parte
en el “sublime conocimiento” de Cristo,
que es conocimiento de su resurrección
y comunión con sus padecimientos.
Tú has creído que este conocimiento
era el más sublime discernimiento
y que por él valía la pena dejarlo todo
y considerarlo todo como basura.
Porque el conocimiento sublime de Cristo
es solamente don del Espíritu,
te lo pedimos, Espíritu Santo,
con humildad y con gran deseo.
Es demasiado pesado y demasiado amargo
vivir los sufrimientos del hoy,
y no los podremos resistir ni levantar la cabeza
sin una participación en el misterio
del rostro de Cristo
y de los rasgos del rostro de Cristo
en los sufrimientos de nuestra Iglesia.
Escucha, pues, nuestra plegaria
y danos esta gracia de contemplación.

Abre nuestros ojos

Tú conoces, Padre de misericordia,
y sabes lo importante que es para nosotros
que queramos conocer a tu Hijo,
la misteriosa comunión con sus sufrimientos.
Sabes cuán lejos está de nuestra mentalidad,
desmentida continuamente
por el lenguaje cotidiano.
Por eso te pedimos humildemente
que nos abras los ojos
de la mente y del corazón
para que conozcamos a Cristo,
el poder de su Resurrección,
la comunicación en sus pruebas,
para ofrecer con él nuestra vida
por su cuerpo que es la Iglesia.
Ilumina, Señor, nuestra mente
para que podamos comprender
las palabras de la Escritura,
enciende nuestro corazón
para que advirtamos
que no están lejos de nosotros,
sino que, en realidad, las estamos viviendo
y son la clave
de nuestra experiencia presente,
de la situación de tantas personas, hoy,
en el mundo.
Te lo pedimos, Padre,
junto con María,
Madre dolorosa,
por la gloria de Jesús,
muerto y resucitado por nosotros,

que vive y reina en la Iglesia
y en el mundo
por todos los siglos de los siglos.

Hazme conocer el camino

Hazme, Señor, que conozca mi camino.
Haz que, como dice Jeremías,
pueda yo poner mojones en mi pasado:
“Volved a ver los caminos del pasado,
colocad los mojones de referencia”.
Ayúdame a entender las etapas de tu designio,
los momentos de luz
y los momentos de sombra, de prueba,
al menos hasta el límite de lo tolerable.
Dame a conocer
en qué punto estoy en este camino
y dónde me encuentro.
Te lo pido por Cristo nuestro Señor.

Señor, tú que nos escrutas y nos conoces,
sabes lo incapaces que somos
de comprender tu misterio y el nuestro.
Conoces nuestra incapacidad
para hablar de estas cosas con verdad.
Te rogamos, Padre, en nombre de Jesús:
mádanos tu Espíritu
que escruta la profundidad del hombre
y sabe lo que hay dentro de nosotros,
a fin de que nos haga capaces de conocernos
como somos conocidos de ti
en la profundidad de nuestro mal,

con amor y con misericordia.
Haz que veamos con ojos verdaderos
lo que hay en nosotros de peso, opacidad
y oposición a ti;
haz que sepamos mirarlo
a la luz misericordiosa
que viene de la muerte
y resurrección de tu Hijo,
Jesucristo nuestro Señor,
que con el Espíritu vive y reina contigo
por todos los siglos.

“Por ti suspira mi carne”

Dios mío,
te pido que despiertes en mí
el deseo de ti,
que está en mí
y que es verdaderamente el más grande deseo
de mi vida.
A veces me olvido
y, sin embargo, sé
que es el único motor de mi existencia.
Lo que realizo,
lo que pienso,
lo que expreso
mana en la profundidad del deseo de ti.
Te suplico que hagas surgir la necesidad de ti,
que lo hagas brotar como agua trepidante,
para vivir contigo,
como David que te cantaba
en la soledad del desierto de Judá.

Haz que el grito que salió de su corazón
sea nuestro grito
para volver a encontrar cuanto tenemos
de más verdadero
como personas.

“Señor, tú eres mi Dios; te busco”

Concédeme, oh Dios, que te busque como a Dios.
Inspírame en el corazón
las palabras que inspiraste al apóstol Tomás,
quien exclamó ante tu Hijo resucitado:
Señor mío y Dios mío.
Ponme en el corazón la palabra *mío*
para indicar que es el todo de mi vida.
Jesús, que gritaste en la cruz:
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?,
concédeme que vuelva a buscarte siempre
incluso cuando me sienta abandonado.
Haz que te busquemos en tus días, desde la mañana.
Haz que nuestra búsqueda sea perseverante,
jamás con fatiga, cansancio o aburrimiento.
Padre, infunde en nosotros tu santo Espíritu
para que haga buscar tu rostro.
Te lo pedimos por tu Hijo, nuestro Señor,
cuyo rostro buscamos.
Te lo pedimos por la intercesión
de la Madre de Jesús, la virgen María,
que comprendió lo que significa
el Mesías de todos los pueblos y el Mesías de un pueblo.
Danos a entender lo que es el Mesías para la humanidad.

Conocer al Padre

Jesús, ¡muéstranos al Padre!
Revélanos al Padre
y haz que contemplándote, mirándote,
podamos comprender quién es el verdadero Dios,
deseo único y último de nuestra vida.
Oh Dios, que llenas nuestra existencia,
haz que nos saciemos de tu conocimiento,
del conocimiento de Jesús;
y tú, María,
danos parte de tu conocimiento de Jesús
a quien abrazaste y tuviste en tu regazo,
concédenos sentir lo que tú sentiste
no sólo del misterio de la carne de este niño
sino del conocimiento del Padre
al que aspiramos todos los hombres,
al que anhela toda la humanidad,
que es la nostalgia del hombre perdido y extraviado,
camino para volver a la verdad y a la paz.
Haz, Jesús, que entremos de verdad en tu escuela,
que nos preparemos a conocer a Dios
y estemos dispuestos a conocer quiénes somos nosotros,
cómo debemos vivir
y cómo debemos amarnos,
cómo debemos plantear nuestra existencia
y cómo hemos de hacer nuestras opciones.

Señor, tú eres mi lámpara

Te ruego, Señor,
que esclarezcas mi lámpara que es la oración.
Oración que le cuesta encenderse,
que no resplandece como yo quisiera.
Te pido, Señor, que le des nuevo brillo,
y querría, además, con más audacia,
hacer mías las palabras de David:
Tú eres mi lámpara.
No quiero, pues, preocuparme demasiado
de mi oración
en la certeza de que tú eres mi lámpara,
el sol de mi vida.
Danos, Señor, Dios nuestro,
que comprendamos el misterio de nuestra oración,
el misterio del cultivo de la devoción
a partir de tu luz que nos ilumina.
Dame que cultive mi tierra
con humildad y sencillez de corazón,
a imitación de la virgen María.
Te lo pedimos por Cristo Jesús,
Hijo tuyo y Señor nuestro.

Pedro, enséñanos a conocernos a nosotros mismos

Pedro, apóstol de Cristo, amigo nuestro,
columna de la Iglesia, hombre frágil,
ten piedad de nosotros:

¡acompañanos en nuestro camino!
Tú, cuya humanidad conoció
el entusiasmo y la rebelión,
la claridad y la humillación,
la presunción y la desesperación,
¡enséñanos a conocernos a nosotros mismos!
Háznos comprender
lo difícil que es saber quiénes somos,
y enséñanos a conocernos
tal como somos conocidos de Dios, de Cristo.
No permitas, apóstol Pedro,
que caminemos con los ojos semicerrados,
como en un sueño,
sin darnos cuenta de quiénes somos,
a dónde vamos,
qué condiciones externas e internas
pesan sobre nosotros;
qué frágil, débil y asediada
está nuestra libertad,
qué superficial
es nuestro propósito,
cuán imperfecta
nuestra intención,
qué poco durable
nuestra deliberación.
Haz que comencemos humildemente a conocernos
como tú hiciste, para que en ello podamos
encontrar el Amor de aquel
que escruta nuestro corazón hasta el fondo:
Jesucristo nuestro Señor,
Hijo del Altísimo, Dios santo y eterno,
que con el Espíritu Santo vive y gobierna por los siglos.

El orden interior

Señor,
muéstrame lo que en mí es desorden, confusión.
Purifica mi corazón,
ordena mis deseos,
rectifica mis intenciones,
para que yo te elija a ti sobre todo,
Bien supremo,
para que vea todos los otros bienes
que me son necesarios a mí y a los demás,
por los que se necesita trabajar.
Señor, todas las cosas del mundo son hermosas,
pero en el orden del amor que Jesús nos enseña,
que tú, Jesús, nuestro Mesías,
verdadero hombre y verdadero Dios,
nos enseñas con tu muerte y tu resurrección.
Dame, oh Dios, reconocer mi pecado
como lo reconoció David.
Haz que la virgen María me obtenga,
según lo sugiere san Ignacio
en el tercer ejercicio de la primera semana,
tres gracias:
tener un conocimiento interior, profundo,
de mis pecados y detestarlos;
conocer el desorden que hay en mí
para que pueda ordenarme de nuevo;
conocer el mundo
para echar de mí cuanto es vano.
Te pido, Señor,
el conocimiento de las circunstancias de la vida,
de las cosas pequeñas
que son causa de grandes errores.

Haz que yo no banalice
ni pase por alto las deficiencias pequeñas.
Purifícame, Dios mío, con el hisopo
a fin de que yo sea puro;
lávame y hazme más blanco que la nieve.
Devuélveme el sentido de la alegría y de la fiesta
y que exulten los huesos
que tú redujiste al polvo (cf. Sal 51, 9. 10).

“Es el Señor”

Te pedimos, Señor,
que te manifiestes a cada uno de nosotros
como el *Señor*,
que en la fuerza de la Pascua
nos reconstituyas y nos reanimes a los tuyos,
con toda la delicadeza de tu presencia,
con toda la fuerza de tu Espíritu.
Abre nuestros ojos,
para que podamos conocer cómo reanimas,
reconstituyes, recompones nuestra realidad dispersa,
cómo eres esperanza constante de reunificación
en la comunidad, en tu Iglesia, en la sociedad.
Concédenos la gracia
de conocer el mal que nos amenaza,
las divisiones que anidan dentro de nuestro corazón,
de poder captar por la mañana, al alba,
tu presencia,
incluso en los signos sencillos
con los que ordinariamente te manifiestas
en tu Iglesia.

Dios del Exodo y de la salvación,
que te manifestaste a nosotros en Jesucristo, tu Hijo,
ábrenos los ojos
para que podamos reconocer la salvación
que de esta historia y de esta Pascua
viene a nuestra historia
y a nuestra experiencia presente,
la cual, como cualquier otra experiencia,
está sometida a la potencia irresistible
de la Pascua de tu Hijo que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo
por todos los siglos de los siglos.

Muéstranos tu rostro

Señor, Dios misterioso,
¡te conocemos tan poco!
A veces, incluso, tenemos la impresión
de conocerte todavía menos.
Nos parece que luchamos contigo,
como Jacob luchó con el ángel;
nos parece que luchamos
con la imagen que tenemos de ti.
No podemos comprenderte,
no acertamos a entenderte.
Señor, desvela tu rostro,
muéstranos
el rostro de tu Hijo crucificado.
Haz que en este rostro
podamos comprender algo de los sufrimientos
que se abaten sobre tan gran parte de la humanidad.

Haz que podamos conocerte
como tú eres verdaderamente,
en tu Hijo crucificado por nosotros
en su muerte,
en su agonía
y en su resurrección a la vida.

Los ojos limpios

Mi ansia de ti, Señor,
de tu gloria, de la luz de las gentes,
de la justicia, de la verdad y de la paz
¿es en verdad tan grande
que me atormente como atormentó a Simeón?
¡Ven, Señor! ¡Alúmbranos, Señor!
¡Señor, sé la gloria de tu pueblo!
¡Haz, Señor, que veamos tu rostro!
Haz que te contemplemos en medio de nosotros
tu justicia y tu verdad.
Abre mis ojos, Señor,
para que sepa ver
los signos de tu salvación
en medio de nosotros,
para que en mi vida
en mi experiencia de Iglesia,
en la oración, en los sacramentos,
en la experiencia de los hermanos,
en la experiencia del Espíritu Santo,
que nos llena el corazón,
en la fuerza de la Palabra viva
que se nos transmite,

sepa ver, Señor,
la señal de tu salvación:
este Niño que he de abrazar
con todo el corazón,
esta novedad de mi vida.
Haz, Señor, que no cierre los ojos diciendo:
¡no hay tal Niño,
no hay tal salvación,
no existe esta novedad!
Abreme los ojos
para que pueda ver
y comprender
cómo tu salvación está en medio de nosotros
y basta abrir los brazos
para poderla estrechar a nuestro corazón.

Las manifestaciones de Jesús

¡Manifiéstate a nosotros, Jesús!
¡Manifiéstate a nosotros como amigo, como
hermano,
como verdad, paz, justicia!
Estamos seguros, Jesús,
de que te manifiestas a tu Iglesia:
de que te manifiestas a esta Iglesia tuya
porque nosotros no somos los primeros discípulos.
Tu manifestación a ellos
es muy útil para nosotros que la recibimos
por la tradición y el magisterio:
No obstante, seguimos necesitados
de cualquier manifestación tuya

y es la que solicitamos.
Señor, no basta con que te manifiestes a mí,
no me quedo contento con que te manifiestes sólo a mí
sino a nosotros como comunidad,
como discípulos que te buscan en este mar,
en estas borrascas, en estas tempestades,
en estas mareas
que no nos permiten estar en orden
porque tras una ola viene otra,
tras un golpe, de repente llega otro.
Señor, enséñame a orar,
enséñanos a orar como Iglesia,
enséñanos a orar en tu Espíritu.
Porque te manifestaste a Pedro
y le diste la fuerza de ser tu testigo:
te damos gracias, Señor.
Porque te manifestaste a tu Iglesia
en la resurrección,
en la fuerza de tu consolación
confortando a tus amigos:
te damos gracias, Señor.
Porque te manifestaste a nosotros, tu Iglesia,
a nuestros cansancios, a nuestras fatigas;
para que te acuerdes de mí
y no me abandones en mi noche
y en mi mar;
te damos gracias, Señor.
A esta Iglesia que te busca con insistencia
y quiere verte en las sombras de la noche,
te lo pedimos: manifiéstate, Señor.
A esta Iglesia tuya que quiere dar testimonio de ti
en la fuerza del hoy
y que siente le falta valor

y las luces necesarias:
manifiéstate, Señor.

La paz que procede de la fe

Señor, danos
a conocer los caminos de nuestra visita,
a saber que si esta paz y esta visita
habrán de llevarnos un poco por los senderos de la cruz,
nos convertiremos todavía más en agentes de paz,
nos haremos ofrenda de paz
por una humanidad que hoy más que ayer
puede asociarse al llanto de Cristo
sobre las innumerables catástrofes
provocadas por el espíritu de división y de guerra.
María, reina de la paz, ruega por nosotros
y haz que seamos
en nuestro servicio cotidiano
agentes de paz,
dentro de la visión íntegra y completa
del mensaje de Cristo.

Nuestra responsabilidad

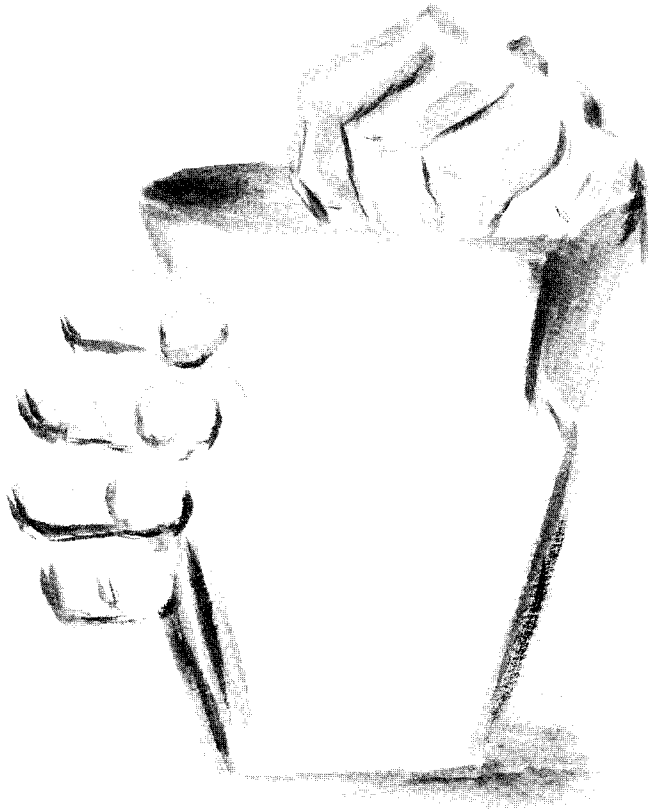
Te pedimos, Señor, que entendamos
cuán grande es nuestra responsabilidad.
Haz que nosotros, ya ahora,
podamos ayudar a cuantas personas

que conocemos y no conocemos,
por la fuerza de la comunión de los santos,
en nuestro caminar laborioso de cada día.
Concédenos, Señor,
ser más prácticos y más ágiles,
a imitación de los santos.
Concédenos desear, incluso, sufrir más
para llegar a aquellos
que se hallan en dificultad
y confiados a nuestra ayuda
y a nuestro sacrificio.
Danos, Señor, el sacrificarnos con alegría
para otros que lo necesitan
y que nos dicen:
“¡Ayúdanos, ven en nuestro auxilio!”
Actúa tú, Señor, en nuestros corazones.
Nosotros estamos en las tinieblas,
andamos a tientas en la oscuridad,
y cuando miramos alrededor
nos acordamos que sabemos muy pocas cosas,
que hemos dado respuesta a bien pocos problemas
y que hay multitud de cosas que nos asustan
y que nos hacen sentir nuestra impotencia.
Te pedimos, por tanto, Señor,
que hagas resplandecer en nosotros
la luz del rostro de Cristo
para que podamos caminar en la luz,
y, si tú lo deseas,
podamos ayudar también a los demás a caminar.

El designio de Dios

Jesús,
tú eres el Señor de la vida y de la historia,
el Señor de la Iglesia y de la humanidad.
Te doy gracias por haberme llamado
a participar, de alguna manera,
en tu servicio, en tu designio.
Para este designio, Jesús,
me ofrezco, gustoso, a mí mismo.
Acéptame, Señor, porque este proyecto es tuyo.
“Señor, te ofrezco mi vida”
debería decir todo cristiano, todo bautizado.
El resto cae por su peso.
“¿Quién soy yo?”
Uno que sabe exclamar:
“Señor, toma mi vida, es tuya;
haz de mí lo que quieras.
Te amo, Señor,
con todo mi corazón y con toda mi vida
porque tú me has amado
con tu vida y con tu muerte”.
“¿Quién eres, Señor?”
Eres el Señor de la historia
el Hijo de Dios, que no me abandonará jamás;
eres el que me ha llamado y me acoge,
me sostiene y me consuela,
me da fuerza en la soledad,
en la persecución,
y me salva.

2. Oraciones de abandono y de confianza



En coloquio contigo

Danos, Padre, que formulemos peticiones que respondan verdaderamente a nuestros deseos. Haz que nuestras súplicas expresen sobre todo ansia de ti, el deseo más profundo que hay en nosotros; que expresen el deseo de tu gloria, de tu amor, de tu verdad, de tu reino y de tu justicia. Haz que al formularnos las peticiones entremos ya en coloquio contigo y recibamos aquella respuesta que es la comunicación de tu vida. Haz que estas peticiones sean no sólo nuestras sino de la Iglesia, de aquellos que amamos, que sean el signo de la atención de la Iglesia hacia ti que eres la verdad perfecta y absoluta, sin la cual todo es oscuro y mediante la que todo recibe luz, incluso los bajos fondos del mundo.

Hacia el monte de la contemplación

Señor, te seguimos
paso tras paso
sin saber bien a dónde quieres llevarnos.
Tenemos confianza en tu palabra
y confiamos en que te mostrarás sobre el monte,
como te mostraste sobre el monte
a Pedro, Santiago y Juan,
como te mostraste sobre el monte a Moisés,
como te mostraste sobre el monte del Calvario.
Danos la gracia y la perseverancia
de subir hacia el monte
sin cansarnos,
dando cada paso en la certeza
de que es atraído por tu amor,
por tu verdad.
Da perseverancia a nuestros pasos,
haz que no nos distraigamos
ni nos sentemos perezosamente;
que llenemos cada momento de nuestra jornada
con la certeza de ser guiados,
conducidos y atraídos por tu verdad
y por tu misericordia.
Y perdónanos, Señor,
si en algún momento del camino tropezamos
o caemos o nos apartamos.
Danos alivio y aliento a los que caminamos
hacia el monte de la contemplación.

El agua viva, el pan, la luz

Deseo, Señor, esta agua viva;
yo creo, Señor, que tú eres para mí
y para cada uno de nosotros
el manantial de agua viva.
Yo creo, Señor, que no nos dejarás nunca,
ni siquiera en el momento en que nos sintamos
o nos parezca que estamos solos, extraviados,
abandonados,
perdidos como en un desierto,
y el camino nos parezca demasiado largo,
tú, Señor, no nos abandonarás,
y como manantial vivo nos aliviarás
en cada instante de nuestro camino.
Tú, Señor, eres mi pan,
y sin ti no puedo vivir;
no sabría dónde ir sin ti,
no sabría hacer nada ni decir nada sin ti.
Señor, tú eres mi alimento,
eres la fuerza por la que me darás la gracia
de repartir también a los demás
este alimento día tras día,
a todos aquellos que me lo piden,
y en particular por esta Iglesia,
y todos seremos alimento para esta Iglesia
y para todas las Iglesias
y para todo el reino de Dios.
Seremos también el pan del Señor,
pan distribuido,
pan, si el Señor así lo quiere, hecho pedazos,
molido, hecho hostia de humildad.
Señor, tú eres mi luz:

sin ti camino en las tinieblas,
sin ti no puedo siquiera dar un paso,
sin ti no sé dónde voy,
soy un ciego que guía a otro ciego;
si tú me abres los ojos, Señor, veré tu luz,
y mis pies caminarán por el camino de la vida.
Señor, si tú iluminas
yo podré iluminar,
tú harás de nosotros la luz del mundo.

Tú eres la vida

Señor, tú eres mi vida,
sin ti el vivir no es vivir.
Contigo, Señor, además de las cosas, vemos la vida,
mejor aún, la fuente de la vida.
Tú eres la vida incluso de los que están muertos,
la vida también de aquellos que fueron matados.
Tú serás nuestra vida aun en la muerte;
contigo la vida está ya en nosotros para siempre;
tú eres para nosotros manantial
que brota en la vida eterna.
Señor, tú eres mi verdad,
sé la verdad del hombre.
Tú, Padre del Cristo, te has hecho mi verdad,
y en el Espíritu, cada día,
eres la verdad en mí.
Si no vienes, si te alejas,
yo no soy siquiera hombre,
soy como un abandonado,
como un náufrago

que busca salvación y no la encuentra,
un náufrago próximo a la muerte.
Señor, tu gracia, tu verdad, tu luz
me hacen hombre,
y son mi gracia, mi verdad y mi luz.
Te suplicamos, Señor, todos juntos esta tarde,
renovando nuestra profesión de fe
ante toda la comunidad
y frente a toda esta Iglesia,
delante de la asamblea de los santos,
la asamblea de toda la Jerusalén celestial,
que hagas de nosotros
agua que brote para los demás,
pan partido para los hermanos,
luz para los que caminan en tinieblas,
vida para los que van a tientas en las sombras de muerte.
Sé tú la vida del mundo;
guíanos hacia tu Pascua;
caminaremos juntos hacia ti,
llevaremos tu cruz,
gustaremos la comunión con tu resurrección.
Juntos contigo
caminaremos hacia la Jerusalén celestial,
hacia el Padre;
todos los que formaremos la ciudad de Dios,
el pueblo santo, el pueblo de los redimidos,
que canta a Dios la alabanza eterna:
a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

“En tus manos”

En tus manos, Padre santo y misericordioso,
ponemos nuestra vida.

Tú nos la diste.

Guíala y llénala de tus dones.

Tú estás a nuestro lado,
como roca sólida y amigo fiel,
aun cuando nos olvidemos de ti.

Pero ahora volvemos a ti.

Queremos agarrarnos a la guía segura de tus manos
que nos conducen a la cruz.

Sentimos la necesidad de meditar y de callar mucho.

Sentimos también la necesidad de hablar
para darte gracias

y para dar a conocer a todos los hombres
las maravillas de tu amor.

Nos separamos de ti, fuente de la vida,
y encontramos la muerte.

Tu Hijo, sin embargo, no se paró
ante el pecado y la muerte
sino que, con la fuerza del amor,
destruyó el pecado,

redimió el dolor, venció la muerte.

La cruz de Cristo nos revela que tu amor
es más fuerte que todo;

el don misterioso y fecundo,
que mana de la cruz,

es el Espíritu Santo,
que nos hace partícipes
de la obediencia filial de Jesús,
nos comunica tu voluntad

de atraer a todo hombre a la alegría de una vida
reconciliada y renovada por el amor.

“Sin ti nada podemos hacer”

No sabemos alimentarnos,
no sabemos dar de comer,
no sabemos dar respuestas convincentes y sólidas.

Señor, sin ti no podemos hacer nada,
sin ti corremos el peligro de comer viento
y de dar de comer lo que no nutre.

Sin ti somos pescadores en el vacío.

Tú nos has hecho pescadores de hombres
pero nuestra red está vacía,

la echamos y la sacamos con gestos de fatiga
y, al fin, a la hora de las cuentas,

no nos queda más que responder a tu pregunta:
¿tenéis algo para comer?

No, Señor, no lo tenemos.

¡Danos entrar, Señor,
en el sufrimiento de tu Iglesia

que experimenta la misma pobreza
que experimentaron los primeros discípulos!

Haz que la experiencia de nuestra pobreza
no sea motivo de amargura o de crítica,
sino de construcción

como fue para los apóstoles.

Señor, hemos construido sobre la arena
sin ti,

pero contigo
construiremos sobre la roca.

Nuestros esfuerzos eran inútiles porque nos faltaste tú.
Pero si tú estás con nosotros
estamos seguros de que caminaremos por senderos justos,
que darás abundancia a nuestra vida.

El vaso de arcilla

Señor, planta en lo hondo de nosotros
la semilla de nuestra vocación cristiana,
bautismal y crismal.
Y después, en el tronco
que las raíces profundas de la semilla
han hecho crecer,
injerta y vivífica, Señor,
el sentido de la llamada y de la misión.
No permitas que
algunas pequeñas dificultades,
frases de amigos,
mentalidades diversas
que nos dan los libros, la televisión, los mass-media,
la opinión pública,
nos hagan vacilar demasiado fácilmente
en esta convicción fundamental.
Sé tu mismo la raíz de nuestra debilidad
hasta que podamos decir con el apóstol Pablo:
somos un vaso de arcilla,
pero nuestra fuerza viene de ti:
¡Tú eres nuestra vida, Señor Jesús!
Tú, el sostén para nuestra palabra
y para nuestra acción,
porque no somos capaces

de pronunciar las palabras justas
y no podemos aclarar nada
si no nos iluminas con tu resplandor
¡y si el Padre no nos atrae con su fuerza!
Concédenos ser tus colaboradores
abandonando todo por la obra del Padre
para ser verdaderamente apóstoles enviados por ti.
María, Madre del Señor,
ayúdanos a comprender el Espíritu
con que actuaron los apóstoles,
lo positivo de la vida,
a fin de que no nos dejemos engañar
de falsos valores
sino que sepamos elegir la verdad.

¡Desbloquéame!

Señor, ¡incítanos también a nosotros!
¡Llégate a nosotros, dondequiera que estemos,
ya nos encontremos entre la multitud,
ya en el lugar de la oración
o en la realidad de la vida cotidiana!
Haz que no hagamos diferencia entre una y otra,
que no tengamos que renegar en la vida cotidiana
de aquel a quien queremos conocer sobre el monte.
¡Que tengamos unidad
en los diversos momentos de nuestra existencia!
Señor, a través de la contemplación de ti
que surges del sueño y resucitas de la muerte,
me das confianza,
disipa, te ruego, mis temores,

mis miedos, mis indecisiones,
mis bloqueos en mis opciones importantes,
en las amistades,
en el perdón,
en las relaciones con los demás,
en los actos de valor
para manifestar mi fe.
¡Desbloquéame, Señor!

Ante ti

Estamos ante ti, Padre,
y no sabiendo dialogar contigo
nos servimos de las palabras
que tú mismo inspiraste a tus profetas:
Tú nos escrutas, Señor,
y penetras desde lejos nuestros pensamientos.
Tú conoces nuestros caminos.
Y conoces también
el camino que estamos recorriendo juntos estos días.
Tú conoces lo que queríamos o deberíamos decirte.
Haz que nuestras palabras sean justas.
Tu sabiduría es estupenda
y nosotros queríamos tratar de comprenderla,
comprender que tú nos conoces, nos amas
y somos conocidos por ti (cf. Sal 138).
María, Madre de Jesús,
tú que nos conoces, acompáñanos
para que seamos tus hijos en estos días
y ruega por nosotros.

La entrega suprema

Señor, no soy capaz
de decir tu palabra de entrega:
“Padre, en tus manos entrego mi espíritu”,
dila tú en mí.
Tú, Señor Jesús,
que vives en mí con la plenitud de tu Espíritu,
pronuncia en mí esa oración,
ponla en mi corazón.
Haz que sepa reconsiderar toda mi vida
a la luz de esta oración,
que sepa reconsiderar mis actividades,
las cosas para las que fui llamado, el futuro,
mi misma opción vocacional y de entrega.
¡Frente a tu cruz, Señor,
y al poder de tu resurrección
me siento siempre tan pobre,
tan indigente!
Te suplico que imprimas en mi corazón
tu abandono supremo
porque en él manifestaste verdaderamente a Dios.
Tú no quisiste engañarnos,
ni quisiste descender de la cruz,
y con tu oración
comenzó a brotar en torno a ti
el Reino del Padre.
El centurión glorificó a Dios,
la gente volvió golpeándose el pecho,
convencida de encontrarse frente
a algo extraordinario,
a una realidad desconocida y nueva.
Todavía antes de manifestarte
en la gloria de la resurrección,

te manifestaste
poniendo en las manos del Padre
tu vida.

Ayúdanos a entender que una existencia evangélica
en la cual se manifiesta el abandono al Padre,
es ya presencia del Reino,
es ya manifestación del verdadero poder de Dios,
no un poder para el propio uso ni extrapoder,
sino poder de Dios
que se convierte en servicio.

Señor, ¡purifícame enteramente!

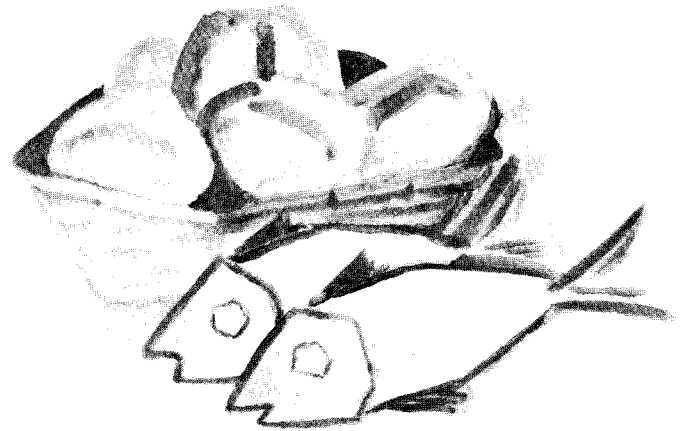
Jesús, Cristo, amor,
¡manifiesta tu presencia en medio de nosotros!
Haz que nos recostemos a tu cena
no como Judas, que pensaba en sus treinta denarios,
sino como Pedro que te dice:
Señor, ¡purifícame enteramente!
Lávame pies, cabeza y todos mis miembros,
purifica todo mi amor equivocado,
hazme capaz de un amor verdadero.
Hazme, Señor, signo de unidad
en tu Iglesia.
¡Hazme instrumento de tu paz
en el mundo!

Te proclamamos, Señor,
por todos los jóvenes

Queremos, Señor, elegirte esta tarde
y proclamarte
por todas las comunidades de la diócesis.
Queremos proclamarte en esta misa,
que es la renovación de la alianza
con la que te uniste a todas estas comunidades
con amor indisoluble y eterno.
Tú has muerto, Señor, por todos,
por todos los jóvenes de las comunidades,
incluso por aquellos que no saben
de nuestra asamblea
o claramente se han apartado o molestado
por el hecho de que estemos aquí.
Has muerto para ofrecer
una alianza eterna de comunión y de vida
a todos ellos.
Y nosotros en este momento no les culpamos por ello,
queremos servirte también por ellos,
queremos servirte
por las comunidades cansadas, difíciles, claudicantes,
por las comunidades que están divididas, litigantes.
Queremos servirte porque tú, Señor,
no has despreciado a ninguna de estas comunidades
como tampoco has desdeñado a ninguno de nosotros,
y nos acoges siempre y de nuevo con amor;
y acogiéndonos a nosotros
acoges a cada uno de aquellos a quienes representamos.
María, arca de la alianza,
ayúdanos en esta eucaristía
a renovar nuestra alianza,

no sólo para nosotros,
que quizá en este momento
no nos sentimos preparados del todo,
sino a renovarla y a proclamarla
en nombre de nuestros hermanos y hermanas
que componen esta diócesis.
Hagámoslo de forma
que esta proclamación de la alianza
en tu sangre,
Señor Jesús, Hijo de Dios, Salvador nuestro,
recaiga como salvación
para todos éstos, amigos y amigas,
que tenemos en el corazón en este momento.
Haz, Señor Jesús,
que ninguno de ellos se sienta excluido
de nuestra renovación de la alianza.
Haz que la reconozcan
como su salvación y su verdad.
Tú, que haces de nosotros una sola cosa
en esta eucaristía,
haz que esta unidad
sea la de todos aquellos que el Padre te ha dado,
y que ninguno de ellos se pierda.
Por todos, en este momento,
te pedimos insistentemente
y te suplicamos.

3. Oraciones para responder a la vocación cristiana



“¡Sal de Egipto!”

Señor, Dios del Exodo,
hemos aprendido a conocerte
como el Dios que nos llama
con pasión y con amor.
Tú nos llamas a dar el paso
desde los lugares de nuestra dispersión
hacia la unidad,
desde los lugares de nuestra distracción interior,
hacia la unidad de la conciencia,
hacia la integridad de la persona
que se siente una,
que descubre su identidad de hijo,
de pastor.
Nos llamas como pueblo
desde la dispersión
de nuestras tensiones comunitarias,
de nuestras oposiciones
y divisiones sociales,
políticas, culturales,
a vivir la experiencia de la unidad,
la de los hombres
y la de la Iglesia.
Nos llamas desde las dispersiones
de las diversas confesiones cristianas,
de las diversas religiones,
a vivir la experiencia
del Dios único,
del único Señor,
de la única fe,
del único bautismo,
de la única Iglesia,

de la única esperanza.
Concédenos, Señor,
que conozcamos el modo,
la dirección de este camino,
para que podamos recorrerlo nosotros mismos
con la fe de Abrahán,
con la tenacidad de Moisés,
con la dureza y la fuerza de Isaías,
con la ternura de Jeremías,
con el coraje perseverante de Ezequiel,
con la fuerza de Pablo,
con la fe de María
y con la esperanza
de los testigos de nuestro tiempo.

“¡Echad las redes...!”

Líbranos, Señor Jesús,
de la esclavitud de las palabras:
Haz de nuestro corazón,
de nuestros labios,
de nuestros oídos
instrumento dócil al sople del Espíritu.
Realiza esta tu obra
porque el compromiso se va haciendo más difícil
y nos percatamos de que caminamos verdaderamente
en el desierto,
por fidelidad a ti, a quien queremos encontrar.
Concédenos que sepamos caminar.
Estamos delante de ti, Señor Jesús,
como los siete pescadores desafortunados

que, repitiendo el gesto de sacar la red,
la encuentran vacía,
y, sin embargo, una vez más, están dispuestos,
bajo tu mandato,
a repetir el gesto.
Mádanos, Señor, lanzar la red.

“Sígueme”

También a mí me has dicho:
Sígueme.

Es una palabra que yo ya he escuchado,
a la que he respondido sí otras veces,
pero tú la vuelves a pronunciar como palabra para hoy,
para indicarme qué seguimiento, qué modo de seguirte,
qué modo de adherirme a tu voluntad, de imitarte,
ves urgente para mí ahora,
ves urgente para nuestra Iglesia hoy.
Haz que escuche la resonancia envolvente
de esta palabra: Sígueme,
que tú dices a todo hombre y a toda mujer
que abre los oídos a tu Evangelio.
Dame que pueda traducirla en obras de imitación tuya,
que sean verdaderas obras.
Señor Jesús, desde lo alto de la cruz repites:
Sígueme.

¿Qué quiere decir este seguirte?

¿Qué puedo hacer por ti, Señor mío y Dios mío?

¿Qué puedo hacer en mi familia,
en mi trabajo, en mi parroquia?

Si escucho tu llamada,

¿me darás la fuerza y el coraje
de poner el pie fuera de la barca?
Sabes que soy débil, pero, sin embargo, te amo.
Sabes que nosotros, preguntados por el amor,
vacilamos, tenemos miedo,
no sabemos responder nada, andamos titubeantes
y, como Pedro, pesarosos y tristes.
Pero te decimos,
con toda la confianza de nuestro espíritu:
Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo.
Y ahora, unidos con toda la Iglesia
esparcida por el mundo,
queremos pedirte
por tu Vicario, Juan Pablo II:
aumentale la fe, la esperanza, la caridad.
Dale fortaleza, prudencia,
templanza, paciencia,
sabiduría, justicia:
hazlo pastor intrépido de tu Iglesia,
haz que su palabra resuene en nuestros corazones.
Por él y por toda la Iglesia esparcida en el mundo,
por todos los que
esperan, Jesús, en ti, como Salvador,
por todos los que
tienen necesidad de tu plenitud
queremos decir la palabra que tú nos has enseñado
y que con nosotros pronuncias desde lo alto de la cruz:
Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu Reino,
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,

como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

El camino de la comunión fraterna

Te doy gracias, Señor,
porque me permites entrar
en este itinerario de oración y de comunión
con todos los hermanos.
Guíanos tú, Padre, en este camino;
pon en nuestra boca las palabras verdaderas;
pon en nuestro corazón los sentimientos verdaderos;
pon en nuestras manos,
en nuestros cuerpos, los gestos verdaderos.
No permitas que nada en nosotros
sea artificial o forzado;
haz crecer en nosotros la espontaneidad
y la verdad del servicio.
Sostén nuestra debilidad;
conforta nuestra fragilidad;
reúne nuestros pensamientos,
nuestros sentimientos, dispersos;
recoge nuestras energías
que vagan atraídas por mil temores,
por mil deseos, por mil miedos:
recógelas en la unidad,
en el centro de la unidad
que es tu hijo Jesucristo.
Padre, muéstranos a tu Hijo;

manifiéstanos nuestra vida,
nuestra verdad: Jesús.
Y tú, María, que nos acompañas día y noche,
que conoces todos los momentos de este camino,
todas las luces y las sombras,
quédate siempre cerca de nosotros;
para que podamos conocer, alabar,
glorificar y bendecir a tu Hijo,
el fruto de tu seno,
nuestro Señor, amigo y hermano Jesucristo,
Señor de nuestra vida,
modelo, forma, manantial,
reposo de toda nuestra actividad.
María, Madre de la contemplación
que guardaste siempre en el corazón
las palabras, los hechos, los gestos de Jesús,
que los repensaste con sabiduría,
que los aplicaste con humildad y valor a tu vida,
concédenos que contemplemos la palabra
en la que Cristo,
viviente por la fuerza del Espíritu,
se comunica a cada uno de nosotros,
abriendo las puertas más secretas del corazón,
penetrando en los lugares más recónditos
de la conciencia,
y dando libertad, serenidad, tranquilidad y paz.
Concédenos adquirir una disposición
interior y exterior del cuerpo, de los miembros,
del espíritu, de la mente y de la fantasía
que nos abra a recibir
la abundancia de dones que vienen de Dios,
fuente de amor inagotable,
sobre cada uno de nosotros

gracias a su Hijo
que vive y reina por los siglos de los siglos.

El sentido de nuestro camino

Te alabamos y te bendecimos,
Padre nuestro,
que en tu Hijo Jesucristo
llamaste a Pedro a seguirte;
le revelaste progresivamente
el misterio de su llamada,
el significado de su vida,
el término de su camino.
Tú le elegiste, Padre, porque lo amabas:
le guardaste de los peligros,
estuviste a su lado en la prueba,
le salvaste de las garras del adversario,
le hiciste pasar por el agua y por el fuego
para darle, después, reposo y paz.
Te pedimos, Padre, en tu Hijo
y por tu Hijo,
tú, que nos llamaste con amor eterno,
haz que conozcamos el misterio de nuestra vocación,
el sentido de nuestro camino,
el término de nuestra búsqueda.
Haz que nos sintamos verdaderamente amados de ti
y por eso nombrados, llamados, invitados.
Concédenos reconocer en ti
el sentido y el significado
del camino de nuestra existencia,
de las cosas alegres o tristes, banales o excepcionales

por las que caminamos.
Concédenos comprender
cómo toda nuestra existencia
tiene su raíz, fuente y manantial
en el corazón de Cristo, en su contemplación,
en su oración,
en su adoración sobre el monte de Galilea.
María, Madre de la contemplación,
guía nuestro camino,
en el descubrimiento de la Palabra de Dios para nosotros.

Una sola cosa en Cristo

No queremos, Señor,
malgastar la experiencia formidable
de sentirnos una sola cosa
con los jóvenes de todo el mundo.
Haz que este nuestro ser una sola cosa
no sea solamente a través de la alegría
sino que lo vivamos en el sufrimiento
por todos los jóvenes
que no pueden estar con nosotros
y que querrían estar,
por todos los que podrían estar aquí
y no lo quieren
porque no han conocido todavía
el misterio profundo de ti.
Te ofrecemos, Señor,
todo lo que vivimos de bello,
de austero, de sacrificado,
a fin de que se cumpla en todos nosotros aquella unidad

que es la vida del Padre que nos fue dada por ti.
María, madre de nuestra unidad con Jesús
y madre de la Iglesia,
haz que este gran momento de unidad
en Santiago de Compostela
sirva de ejemplo al mundo entero.
Haz que estas jornadas
sean verdaderamente el inicio de un nuevo camino
de Europa y del mundo
hacia Jesús, nuestra vida.

Lavarnos los pies unos a otros

Te suplicamos que podamos contemplarte
como Señor y Maestro,
para saber qué quiere decir:
Debéis lavaros los pies unos a otros.
Pregúntanos sobre nuestra conciencia
de comunidad cristiana,
fundada y constituida por tus gestos,
para que de ellos derivemos
todo lo que somos en el mundo y en la historia,
todo lo que de bien y de servicio
podemos aportar a la humanidad.
Reconstrúyenos y regenéranos, Señor,
a través de tus gestos,
de tu palabra,
de tu eucaristía.
Concédenos entrar en tu compasión.
Es compasión no simplemente
de carácter pietista, asistencial,

sino de deseo de compartir, de estar con la gente.
Jesús, sabemos
que la misma palabra compartir
puede ser ilusoria.
Tú, en efecto, quieres hacer de la gente un rebaño,
quieres hacer a la gente un camino.
Tú nos amas no sólo por lo que somos
sino por lo que estamos llamados a ser:
tú lees en nosotros, en la gente,
el destino de vida y de amor.
Este es el amor verdadero, ésta es tu pastoralidad,
y sólo tú puedes hacernos partícipes de la misma.

La conciencia de nuestra misión

¿Y quién sino tú, Señor,
es el que nos ha recogido por el camino,
el que ha tenido compasión de nosotros,
el que nos ha hecho montar sobre la cabalgadura,
el que ha derramado sobre nosotros aceite y vino,
el que nos ha llevado al lugar
en que descansar y restablecernos
para reemprender el camino?
Tú eres el que antes de ordenar a los apóstoles
prestar el servicio mutuo
de lavarse los pies,
se arrodilló, ceñida la toalla,
a los pies de cada uno y se los lavó con amor.
¡Haznos comprender
la grandeza de tus gestos tan sencillos,
que sale de tu corazón, de tu decisión,

de tu pertenencia al Padre,
del sentido de tu misión!

Haznos entender que nuestros gestos cotidianos
asumen un valor inmenso, incalculable,
desde la conciencia de nuestra misión,
desde el hecho de ser nosotros llamados, amados de Dios,
engendrados por él en la fe
para que, a través de nuestros pequeños gestos,
llenemos el mundo
de fe, de esperanza, de caridad,
de justicia, de amor.

Nuestros gestos son las pequeñas realidades cotidianas,
nuestro silencio y nuestro arrodillarnos,
nuestro trabajar y nuestro sonreír,
todo lo que nos acompaña de la mañana a la noche
en el marco de la fe,
que es el mismo de tu vida.

Porque nosotros estamos injertados
en tu vida y en tu misterio, Señor Jesús.
Queremos vivir el sentido de la hora que nos espera,
el pasar de este mundo al Padre,
queremos poder amar hasta el fin.

Danos, Señor, poder rescatar todos nuestros gestos,
que nos aburren,
que nos pesan,
con esa gran conciencia que es la tuya
y en la cual tú nos insertas,
por tu gracia y por tu don.
Y haz que, contemplándote en la eucaristía
y en la cruz,
podamos dejarnos atraer
de tu conciencia de infinito
a la que tú nos llamas
a través de tu amor redentor.

“Viendo la multitud,
se compadeció de ella...”

Señor, llénanos de la misericordia
con la que miraste a la multitud,
la comprendiste y la amaste.
Tus palabras no eran nunca de reproche
para aquellas gentes
que estaban como ovejas sin pastor, dispersas;
eran palabras de amor, de salvación,
y las pronunciabas para reunir a la gente,
para recogerla.
Haz que entre en sintonía contigo,
para que piense junto a ti y contigo
sobre la realidad de hoy,
sobre el mundo, sobre mi vida dispersa.
Haz que sienta que esta vida mía me ha sido dada por ti
para reconducirla a la unidad,
para vencer frustraciones, resistencias, resentimientos
y para llegar a aquella paz mesiánica
que tú me prometes.

“Sólo tú tienes palabras de vida eterna”

Nosotros creemos, Jesús,
que tú, hombre y Dios, eres el Cristo resucitado
y permaneces con nosotros para siempre,
en el signo del pan y del vino.
Nosotros creemos

que te ofreciste voluntariamente a la muerte
para dar al hombre la vida nueva,
redimida y santificada.
El gesto de la vigilia de tu pasión
continúa cada día en la eucaristía.
Nosotros creemos en tu presencia viva,
en tu sacrificio que se repite en la misa.
Sabemos que allí está el manantial de la redención
por nosotros y para todos nosotros.
Nosotros creemos que repetir tu gesto
de dar el cuerpo y la sangre,
de ofrecerse a sí mismos por el prójimo,
es no sólo deber de los cristianos
sino el único modo de convivencia humana.
Creemos que la respuesta más verdadera
a nuestras esperas, con frecuencia dramáticas,
la fuente de paz, de justicia y de amor
que con fatiga buscamos entre los hombres,
la capacidad de cambiar
y fundar una nueva humanidad,
se encuentra solamente en ti, Jesús,
en tu don total y definitivo
que es la eucaristía presente en la Iglesia.
Estamos seguros de que todo el dolor,
injusto y cruel,
la sangre fraterna que empapa la tierra,
se mezcla en tu sangre, oh Cristo,
y se convierte en salvación y redención para todos.
Estamos seguros, Señor crucificado,
que el sacrificio escondido en el corazón
de los hombres honestos,
el don generoso del que lucha por amor,
la dolorosa fatiga cotidiana,

son momentos preciosos y fecundos,
ofrecidos con tu muerte renovada en la eucaristía.
En la eucaristía eres alimento y fuerza
que sostiene nuestra debilidad.
Nos llamas y congregas a todos juntos
en la celebración dominical,
para hacer de nosotros instrumentos de tu Reino.
Y de aquí nace el amor,
el don cotidiano de nosotros mismos,
la fuerza de hacer de nuestra vida un servicio,
en la honestidad, verdad y justicia,
en el respeto de todos,
en la ayuda a quien más lo necesita,
en el esfuerzo de entrega a todos los hermanos.
Señor, no me vuelvo atrás:
todo lo que tengo te lo doy desde este momento.
Pídeme lo que quieras,
¡no quiero negarte nada!

Ver al Padre en Jesús

Señor Jesucristo,
nosotros no sabemos hablar de ti;
cuando intentamos hacerlo,
nuestras palabras resultan
débiles, imprecisas, aproximativas.
Sólo tú, Señor, eres la Palabra;
te suplico que seas hoy Palabra
para cada uno de nosotros,
para cada uno de los que me escuchan.
Sólo tú, Señor, tienes palabras de vida

que afectan a nuestra vida
y que dan vida.
Manifiéstate a cada uno como Palabra de vida;
que todos y cada uno reconozcan que tú eres el sentido,
el significado de la vida,
que tú tienes la palabra de la llamada,
de la vocación decisiva
para el camino de cada uno.
Tú, Jesús, transparencia del Padre,
haz que viéndote podamos ver al Padre;
que, escuchándote, sintamos la Palabra del Padre,
es decir, la palabra última, definitiva,
más allá de la cual no hay ninguna otra,
porque eres Palabra resolutive
en la cual está todo lo que podemos desear.
Manifiéstate a nosotros,
en tu humanidad y en tu dignidad:
Haz que, hallándote, hallemos al Absoluto,
al Perfecto, al Eterno, al Inmenso,
la Verdad, el Amor, la Justicia,
la suma de las cosas deseables,
con el cual va nuestro deseo,
con aquel de quien depende
todo instante de nuestra vida,
toda molécula de nuestro cuerpo,
todo despunte de nuestro pensamiento,
todo nuestro gesto y acción.
Que aquel que es Dios
por encima de todo, en todo,
por el que todo es y todo ha sido hecho,
y al cual todo converge,
que aquel del que todo recibe
fuerza, ser y vigor,

que es Señor de la vida y de la muerte,
del tiempo y de la eternidad,
de la alegría y del dolor,
de la noche y del día,
se nos manifieste en ti, Señor Jesús,
Verbo de Dios hecho hombre,
amigo y hermano,
médico, padre, madre,
tú que para nosotros eres todo,
tú que eres la opción definitiva de nuestra existencia.
Te lo pedimos por medio de María, tu Madre,
que en ti encontró el sentido profundo de su vida
y que al pie de la cruz
te conoció profundamente a ti y al Padre.

Unidad de vida y de oración

Te alabamos,
te bendecimos
y te damos gracias, Señor,
porque nos has congregado de diversas partes de la tierra
y sobre todo de nuestras parroquias
y de nuestros oratorios.
Tú sabes que es siempre difícil
apartarse de los compromisos habituales del ministerio,
librarse de las preocupaciones
y de los problemas que nos molestan.
Queremos confiarte todo, Señor,
pidiéndote el don de vivir
estos días de ejercicios con valentía,
venciendo toda repugnancia, toda desconfianza,

toda renuencia,
para responder a tu llamada.
De tus manos esperamos la gracia de realizar,
paso a paso,
el camino que quieres para cada uno de nosotros.
Te pedimos, pues, Señor,
que concediste a san Carlos entregarse en cuerpo y alma
por su rebaño,
que le diste gozar en su servicio pastoral
de una profunda alegría interior
y de una gran luminosidad
en su forma cotidiana de expresarse,
nos otorgues también a nosotros el penetrar,
por medio de la contemplación del Crucificado,
en aquella fuente de unidad y de luz
de que estamos necesitados
por nuestra existencia dispersa y fragmentada.
Te pedimos, Jesús,
por intercesión del beato cardenal Ferrari,
que nos concedas fortaleza de ánimo
y paternidad verdadera
en medio de la fatiga de las humillaciones
y de la soledad.
Abre nuestro corazón
a la maduración y el crecimiento
de nuestra humanidad,
en el sentido profundo del misterio del hombre
y del misterio de tu amor por todos los hombres.
Realiza en cada uno de nosotros
una profunda unidad de vida y de oración.
Haz, Señor, por intercesión de María,
que en estos días
vivamos la comunión con la Iglesia universal

de la que María es madre.
Concédenos comprender
que no podemos hacer bien más grande
a aquellos que amamos y que nos han sido confiados,
que el de dedicarnos, durante los ejercicios,
de forma total y decidida, sin pesar alguno,
a la oración y al silencio.
Y tú, María, Madre de Jesús y madre nuestra,
ayúdanos a estar espiritualmente cerca
de todo el mundo,
de todas las Iglesias,
particularmente de todas aquellas
que están en el dolor y en la persecución.
A nosotros, a quienes se nos dio vivir
estos momentos de paz y de tranquilidad,
concédenos una comunión valiente,
ascéticamente comprometida,
con los que sufren, por el nombre de Cristo,
el hambre, la soledad,
la cárcel, la violencia,
el temor de la muerte.
Haz que no nos quedemos en la retaguardia
sino que a través del compromiso
del sacrificio y de las renunciaciones
en la imaginación, en el pensamiento,
en las lecturas, en la palabra,
nos pongamos en sintonía con la Iglesia sufriente
que en todo el mundo rinde testimonio
a la cruz de tu Hijo, oh Madre,
y proclama la gloria de aquel
que nos da la plenitud de su Espíritu
y la gracia de participar en su resurrección.

Consolar a los hermanos

Jesús, tú sabes que lo primero que necesito es fortaleza, alivio, ánimo y consuelo. Haz que me deje confortar por ti para poder, a mi vez, confortar y consolar a otros. Tú que pacientemente escuchas, curas, reanimas, y calientas los corazones de los dos discípulos de Emaús, enséñanos a contemplarte a distancia, en la plegaria y adoración, para ser capaces de participar en tu ministerio de buen pastor. Danos, María, el consuelo en nuestras aflicciones que encontremos en nuestro camino y que con frecuencia no podemos remediar con palabras puramente humanas. Enséñanos a confortar tantos males físicos de la gente que continuamente les sobrevienen y, sobre todo, las amargas y secretas aflicciones interiores que hacen pesado el camino de tantos hombres y de tantas mujeres, de jóvenes y de adolescentes. Quizá estos sufrimientos no se expresan y, sin embargo, esperan siempre de nosotros una palabra, un gesto que sea señal de la acción confortante del Espíritu Santo. Señor, por intercesión de María, abre sobre todo nuestros corazones a la acción misericordiosa del Espíritu,

al poder benéfico de la Sagrada Escritura, del Evangelio y al reposo confortante de las palabras y de los gestos de la Iglesia.

Servirte con humildad

Señor Jesús, ¡llena nuestro corazón de ti! Haz que no digamos estas palabras vanamente, sino que nos dejemos apretar y estrechar por ti. Extirpa de nuestro corazón los miedos, la necesidad de desempeñar un papel, que si es justo en sus expresiones cotidianas resulta un disparate cuando es obsesivo. Danos la libertad de servirte con humildad, sabiendo que en todo servicio por pequeño que sea alcanzamos simbólicamente Jerusalén, el lugar de tu cruz y de tu resurrección, y la Iglesia que está esparcida por todo el mundo.

“Velad”

Señor Jesús, hoy escucharemos la palabra que, por medio del Apóstol, repites a cada uno de nosotros: “Velad”. Enséñanos a ejercitarnos en la vigilancia, para no dejarnos sorprender de los sentimientos y de las fantasías, para no dejarnos descarriar

por la superficialidad y por el cansancio.
Haz que no merezcamos tu reproche:
“No habéis podido estar en vela conmigo” (Mt 26, 40).
Tú, Señor, vigila en agonía
hasta el fin del mundo
y en tu Iglesia.
Concédenos unirnos a la vigilia
de aquellos que están en prisión,
sobre todo de los que lo están por la fe;
de unirnos a la vigilia
de cuantos sufren por enfermedades incurables
y que tal vez luchan para no ser sorprendidos
por la desesperación;
de unirnos a la vigilia
de los que tienen hambre y sed
del pan, de la justicia, de la dignidad.
Acepta nuestra humilde ofrenda
que va unida a tu vigilia en Getsemaní
y a tu cruz
para la salvación de toda esta humanidad
que tan querida nos es y que tú nos has confiado.
Tú que vives y reinas,
intercediendo por nosotros junto al Padre,
por todos los siglos de los siglos.

Más alegría en dar que en recibir

Señor, no queremos sustraernos
al deber de anunciar a nuestro pueblo
toda tu voluntad,
es decir, todos los caminos mediante los cuales

tú quieres ser servido.
Enseñanos a vigilar sobre nosotros mismos
y sobre nuestro rebaño
en medio del cual nos has puesto como responsables.
Danos valor, discernimiento
para defender al rebaño de los lobos rapaces;
concédenos vigilar, velar, vencer el sueño,
estar atentos a tu Espíritu que habla,
al espíritu maligno
que trata de corromper a los muchachos,
a los jóvenes, a la gente.
Haz que por esto sepamos,
de día y, si es necesario, también de noche,
exhortar incluso con lágrimas,
a cada uno de aquellos que amamos
y que tú nos has confiado.
Te damos gracias, Señor, porque estamos seguros de ti,
porque nos hemos entregado a ti.
Te damos gracias por la palabra de tu gracia
que edifica esta comunidad
y que nos prepara, ella sola, la herencia eterna.
Ayúdanos a mirar hacia aquella heredad con confianza
porque si el futuro es incierto,
tu gracia es, por el contrario, segura.
Danos desinterés, Señor Jesús,
a fin de que no busquemos ni la plata ni el oro,
ni el vestido de nadie
y no nos hagamos dueños, cual amos,
del corazón de nadie.
Danos desprendimiento
y la gracia de trabajar cuanto sea necesario
para ayudar a otros
y para ir al encuentro de los pobres y de los débiles

en la fe.
Concédenos sentir como un deber
de nuestro ministerio cotidiano
que hay más alegría en dar que en recibir.

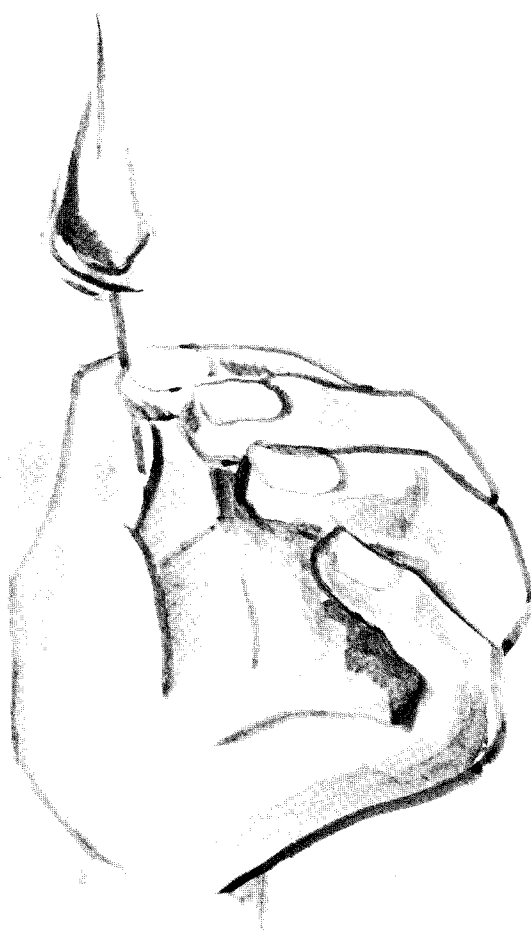
Llegar a ser lo que somos

Señor,
nos preparamos a adorar el sacramento
de la nueva y eterna alianza
que tú has estipulado con nosotros.
Si comemos este pan,
permanecemos en ti y tú en nosotros.
Si participamos en tu cena,
nosotros, que somos muchos, formamos un solo cuerpo.
Haz, te lo pedimos, que en virtud de este sacramento
podamos llegar a ser lo que ya somos
y debemos ser:
personas en las que la presencia de tu gracia
encuentra un signo para revelarse
y actuar en aquellos a los cuales
debemos prestar nuestro servicio.
Lo que celebramos en el culto
y en la adoración de este sacramento,
haz que se cumpla y se celebre,
en virtud de tu gracia,
en nuestra vida.

Si tú nos das

Señor, si nos das que participemos
en tu retiro en el desierto,
en tu silencio, en tu oración;
si tú nos das, como a la muchedumbre, la confianza
de que estando contigo siempre acabarán bien las cosas,
porque tú nos hablas en la verdad;
si tú nos das que miremos a los otros como tú los miras
y participar en tu compasión,
entonces también nosotros podremos curar.
Ante todo, Señor, sanaremos nosotros mismos:
de nuestro nerviosismo, de nuestro cansancio
y de nuestra angustia, miedo de la vida,
de nuestra estéril soledad.
Después, Señor, podremos sanar a nuestros hermanos,
como tú sanaste a los enfermos en el desierto,
tras tu momento de silencio,
mirando con infinito amor
a los que estaban a tu alrededor.

4. Oraciones de adoración, alabanza, acción de gracias



Ven, Señor Jesús

Ninguno de los discípulos se atrevía a hacerte preguntas porque sabían que eras el Señor. Jesús, nosotros sabemos que tú eres el Señor: no nos atrevemos a preguntarte quién eres pero nos postramos en adoración ante ti. Tú eres el grande, el inmenso, el infinito, el altísimo, el poderoso, el médico de nuestra vida, el amigo, el consuelo, el sostén. Señor, te adoramos y te glorificamos: Kyrie eleison. Señor Jesús, hijo unigénito del Padre, que llenas el mundo con tu poder: Kyrie eleison. Señor Jesús, que en el sacramento de tu amor te das a tu Iglesia y estás presente en medio de nosotros: Kyrie eleison. Señor Jesús, que llenas el mundo con tu poder, llena con la fuerza de nuestra conducta

y de nuestra acción,
de nuestro seguimiento a ti,
los lugares y los ambientes en los que nos movemos:
Kyrie eleison.

Jesús, que te acercaste a los apóstoles
y cogiste el pez y se lo diste,
y también el pan,
toma tú mismo la iniciativa de acercarte a nosotros,
ven a nuestro encuentro.

Te invocamos y te decimos con la Iglesia:
Ven, Señor Jesús:

a todas nuestras comunidades,
a todas nuestras parroquias,
a todas nuestras asociaciones, a nuestros grupos;
invocamos tu venida y tu poder:

Ven, Señor Jesús.

Sobre nuestras familias, a nuestros corazones,
sobre todos aquellos que tienen un problema
o sufrimiento,

sobre los que viven en soledad,
amargura o desconsuelo

y que oran con nosotros,
al que está abandonado

y que necesita de alguien que le ayude,
haz descender, Señor Jesús, la fuerza de tu Espíritu:

Ven Señor Jesús.

Sobre todo el mundo,
sobre toda la tierra que tiene necesidad de significado
de sentido, de paz, de fraternidad,
sobre toda nuestra comunidad,
sobre todas nuestras diócesis,
sobre la Iglesia universal,
sobre las misiones,

sobre los pobres,
sobre todos los que sufren
por la guerra y por el hambre,
te suplicamos, Señor,
hagas descender tu Espíritu de paz:
Ven, Señor Jesús.

Te alabamos

Te alabamos y te bendecimos, Señor,
por tu amor rico en misericordia.

Nos postramos ante ti
como Moisés ante la zarza ardiendo.

Nos postramos con Pedro ante ti, resucitado.

Abre nuestros ojos, Señor,
para que veamos tu gloria.

Ensancha nuestra mente, nuestro espíritu
para que podamos comprender que el Reino de Dios
está ya presente,

y nos espera;

para que podamos conocer la vida eterna
que está en medio de nosotros,

en nuestras manos,

como prenda de la salvación definitiva;

para que podamos comprender

la grandeza del amor eterno
que hasta ahora poseemos en la esperanza
y en la primicia

y compartimos con toda la Iglesia

esparcida en el mundo,

con el papa, con los obispos,

con todos los fieles,
con todos los hombres
que te buscan con corazón sincero;
que te buscan a ti, Cristo, Señor y Dios nuestro,
que vives y reinas con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo
por todos los siglos de los siglos.

Mi pastor

Señor, no hemos pescado nada o muy poco,
pero tenemos gran confianza y te suplicamos:
Danos tu Espíritu.

Conocemos poco tu Palabra
y no sabemos transformarla en alimento
para nuestra vida.

Para que podamos ser testigos de tu Palabra
y decir palabras verdaderas,
capaces de nutrir a los que las escuchan,
te suplicamos:

Danos tu Espíritu, Señor.

Para que podamos leer tu escritura y gustarla,
sentirla arder dentro de nosotros
y transmitirla a los demás,

te suplicamos:

Danos tu Espíritu, Señor.

Para que en toda nuestra Iglesia
las palabras, los gestos, las funciones,
los ritos, los sacramentos, las celebraciones,
sean alimento de la fe,
signo de la fe para aquellos que no creen,

te suplicamos:
danos tu Espíritu, Señor.
Señor, queremos darte gracias
porque mientras los apóstoles disputaban en la barca
tú estabas allí,
y esta escena es la imagen de nuestra Iglesia.
No somos lo que somos en esta barca,
pero Jesús está en la orilla, resucitado, en la luz,
y piensa en nosotros.
Te alabamos y te damos gracias, Señor,
porque tú eres el que esta tarde estás aquí
cerca de cada uno de nosotros,
en medio de nosotros,
y siuviésemos que caminar por un valle oscuro,
tú estarías con nosotros:
te alabamos y te bendecimos, Señor.
Porque estás cerca de todo hombre que sufre,
cerca de toda persona que vive el drama del pan,
y estás allí para invocar nuestra presencia
y nos llamas:
te alabamos y te damos gracias, Señor.

Te doy gracias

Te doy gracias, Señor Jesús,
porque me has dado la fe
y porque renuevas en mi corazón
la certeza de los primeros discípulos.
Te doy gracias, Jesús,
porque venciste las agitaciones y los miedos
de Simón Pedro,

porque le diste no deprimirse,
y no cerrarse en sí mismo,
sino creer en ti.
Te ofrezco, Señor, mis amarguras,
mis miedos, mis reticencias,
mis rigideces que me parecen irreductibles.
Tú, poderoso Señor, ¡triumfa sobre mí,
ríndeme pronto
como rendiste pronto el corazón y el alma de Pedro!
Gracias, Señor,
por poner en mi corazón
la alegría de alabarte.
Te alabo y te doy gracias, Señor,
por haber dado tantos dones a tu Iglesia.
Haz que la multiplicidad de tus dones
nos una en la proclamación de la fe;
que no nos quedemos mirándonos unos a otros
sino que nos veamos arrastrados
por la contemplación de tu rostro.
Gracias, Señor,
porque nos revelas tu rostro.

Adorar al Padre

Señor, ¡haz que nos dejemos formar por ti
en la adoración que haremos dentro de poco!
Queremos darte espacio,
abrirte nuestro corazón y nuestra vida:
queremos unirnos a tu adoración del Padre,
a tu obediencia,
a tu mansedumbre, a tu desasimiento,

a tu pobreza, a tu decisión.
Te pedimos nos invites a la mesa,
lo mismo que supiste invitar a los discípulos,
después de las amarguras de la noche,
con esta discreta invitación:
“Venid a comer”,
con el ruego de colaboración:
“Traed un poco del pescado que acabáis de coger”,
acercándote tú mismo
a partir el pan y distribuirlo.
Haz, Señor, que podamos sentirnos presentes así,
con tu disponibilidad a servirnos
en nuestra pobreza,
a nutrirnos, a hacernos una sola cosa contigo
a introducirnos en tu adoración
y obediencia al Padre.

La luz del Resucitado

Reinaban la oscuridad y las tinieblas
cuando Dios mandó su luz al mundo.
Había confusión, sufrimiento, oscuridad,
en el corazón de Abrahán
cuando subía al monte para sacrificar a su hijo.
Había tinieblas en el corazón de los hebreos
cuando sentían a sus espaldas
el resuello de sus perseguidores
y tenían miedo de que los mataran.
Había oscuridad en la tumba sellada de Cristo,
donde parecía que había vencido la muerte.
Pero desde la oscuridad del universo,

de la oscuridad del corazón de Abrahán,
del miedo del corazón de los hebreos,
desde la noche de la tumba sellada de Cristo,
ha nacido una luz,
ha salido la luz de Dios,
la luz del esplendor divino.
Esto es lo que celebramos esta noche.
Porque también esta noche
Dios se nos revela como luz,
se nos revela como JHWH,
como el que es para nosotros,
para mí, contigo,
el que va delante de nosotros,
en Jesús resucitado entregado por nosotros.
Ciertamente, si escrutamos los signos de la historia
fuera y dentro de nosotros,
quizá el corazón tiemble
como le tembló a Abrahán antes del sacrificio,
a los hebreos frente al Mar Rojo
a Cristo en Getsemaní y sobre la cruz.
Porque hay tanta noche en torno nuestro:
la noche del egoísmo del hombre, de la sociedad,
la noche de la violencia por las carreteras,
la noche de las insidias,
la noche de nuestras hipocresías,
de nuestra desesperación.
Pero Dios pasa,
vence la luz de Cristo resucitado.
Es la pascua del Señor. Aleluya.
Apartemos a un lado las obras de las tinieblas
y el miedo de las sombras,
y dejémonos iluminar por el Resucitado.
Si Cristo ha resucitado,

entonces podemos ser algo nuevo;
no hay nada tan antiguo,
tan deteriorado,
tan replegado sobre sí mismo,
tan cansado,
que no pueda destaparse, abrirse,
rejuvenecerse esta noche,
que no pueda volver a encontrar
en la gracia del Espíritu Santo
su infancia bautismal.
El agua del bautismo nos lava de nuestras durezas,
hace brillar sobre nuestros rostros una luz nueva;
el agua del Espíritu Santo
que mana del costado de Cristo crucificado,
que nos viene del Resucitado,
nos lava de nuestros miedos,
de los pensamientos de muerte,
del tedio de la vida,
del ansia de lo cotidiano,
de los cansancios, de las miopías,
de la insensibilidad. Aleluya.
Danos, Señor,
que comencemos una vida nueva
en el signo de la resurrección de tu Hijo.
Haz que no nos escuchemos a nosotros mismos,
nuestros sentimientos
nuestros hábitos, nuestros temores
que nos hacen caer en la rutina,
en lo que es vulgar,
en lo que es banal y sin valor.
Haz que, olvidando nuestros sentimientos,
nos dejemos invadir
de la plenitud del Espíritu Santo

que tú, Señor,
Dios con nosotros, JHWH, Dios para nosotros,
esta noche difundes
en la resurrección de tu Hijo,
en la gracia bautismal,
en la santa eucaristía,
en el sacramento de la reconciliación,
en la certeza, Padre, de tu perdón,
de tu amor y de tu salvación.
Amén. Aleluya.

Por la eucaristía

Señor, tú me conoces,
yo te conozco y sé que me conoces.
Me apoyo en la conciencia que tú tienes de mí
para conocerme.
Estamos aquí juntos
para completar el acto de este conocimiento de ti.
Tú pones en nuestras manos
el misterio de tu muerte.
No es poco que tú nos entregues
el misterio de tu Cuerpo y de tu Sangre.
Señor, ¡tú lo confías a nuestras manos tan frágiles!
¿Cómo puedes poner un tesoro tan precioso
en manos de gente tan distraída y descuidada,
que con frecuencia piensa en otra cosa durante la misa?
¿Cómo es eso, Señor?
Señor, haz que te reconozcamos
en esta eucaristía,
que te demos gracias

cada día de nuestra vida.
Haz que esta misa sea un paso adelante
en comprender quién soy yo,
esto es, uno muy amado por ti.
¿Y quién eres tú?
Tú eres el que pones en mis manos
su Cuerpo y su Sangre,
por tanto, una persona
de quien no puedo imaginarme otra
más importante para mí.

El don de la eucaristía

En tu bondad hacia nosotros, Padre,
has querido que el don interior del Espíritu
fuese acompañado de una señal viva y eficaz
del don que Jesucristo hizo de su propia vida
a ti y a todos los hombres.
Por eso, el día antes de morir en la cruz,
Jesús lavó los pies a sus discípulos
y, mientras cenaba con ellos,
se dio a sí mismo en alimento,
bajo los signos del pan y del vino,
que su palabra omnipotente
había transformado en su Cuerpo y en su Sangre,
mandándoles
repetir este gesto en memoria suya
hasta el fin del mundo.
Cada vez que nosotros,
convocados por el Espíritu en la comunidad,
presidida por los sucesores de los apóstoles,

iluminados por la escucha de la Palabra,
animados por la fe en el Hijo de Dios,
muerto y resucitado por nosotros,
obedecemos el mandato de Jesús
y hacemos memoria de él,
somos realmente visitados por la presencia del Señor
y quedamos insertos en el misterio de su pascua.
No sólo podemos contemplar la cruz
sino que nos hacemos una sola cosa con Jesús crucificado.
No sólo podemos aspirar
a una fraternidad más sincera con cada hombre,
sino que nos hacemos una sola cosa con Jesús,
que es hermano de cada hombre
y ha dado la vida por cada hombre.
Te damos gracias, Padre,
por todos los dones de vida
que nos has ofrecido en tu Hijo Jesús
y que están compendiados en la eucaristía.
Te damos gracias porque en la eucaristía
tú mismo nos ofreces el modo de darte gracias
como a ti conviene, en tu Hijo Jesús.

En el centro de nuestra vida

Señor, ayúdanos a vivir siempre
en acción de gracias.
Haz que celebremos la eucaristía con el corazón puro,
con el ánimo preparado,
en plena obediencia
a cuanto Jesús nos ha mandado
y la Iglesia nos enseña.
Haz que la eucaristía sea el centro, el modelo,
la fuerza que plasme toda nuestra vida.
Suscita siempre en la Iglesia tus ministros
que presidan con humildad y verdad
la celebración eucarística
y sirvan en la caridad a todos tus hermanos.
Da a todo creyente, a toda familia,
a todo grupo, a toda comunidad,
según la vocación y la misión de ti recibida,
encontrar en la eucaristía la regla, el modelo
y el alimento de la vida cristiana de cada día.
Haz que la eucaristía
suscite una fascinación secreta e irresistible
sobre el hombre de hoy,
incluso sobre el que está distraído, disipado,
cerrado en el egoísmo, mutilado por la desesperación.
Que la eucaristía,
con el lenguaje del rito celebrado con fe
y con el lenguaje de la vida renovada por la caridad,
diga a todos que no sólo de pan vive el hombre;
que nuestra vida
aspire a ir más allá de sí misma
hacia el misterioso reclamo de tu amor;
que lo que verdaderamente cuenta no es la posesión,

el dominio sobre los otros,
sino la obediencia a tu designio,
la gratitud por tus dones,
el soportar generosamente el dolor,
el acercamiento gratuito a todo hermano,
la esperanza en la vida que tú nos das
después de la muerte.
Especialmente en el día del Señor
que todo creyente y toda comunidad
aprecie el don inestimable de la eucaristía;
lo acoja como energía secreta de toda la vida;
lo lleve a los enfermos;
lo transforme en obras de caridad,
en encuentros de amistad,
en momentos de alivio y de alegría;
lo proponga al mundo de hoy
como mensaje de esperanza y de reconciliación.
Te alabamos y te bendecimos, Padre,
porque tu Iglesia,
congregada cada domingo
en torno a la mesa eucarística,
ofrece la imagen de una familia unida en el amor,
abierta a todos,
atenta a quien más lo necesita,
capaz de indicar al hombre el camino que,
a través de las vicisitudes de esta vida,
conduce a tu casa,
donde viviremos por siempre contigo en la gloria.

Himno de alabanza y de acción de gracias

Te pedimos, Señor, como cuerpo tuyo,
como prolongación histórica de tu vida,
como tu vida en el mundo de hoy,
con toda la Iglesia,
en unión de todas las personas a nosotros confiadas
y de las que, de alguna manera, somos responsables;
unidos a ti, Cristo Señor,
elevamos al Padre
este himno de alabanza, de acción de gracias,
por estar aquí,
por poder tener este tiempo de reflexión,
de oración y de adoración.
Te damos gracias
porque nos has dado hacer
este ejercicio fundamental para el hombre
que es la alabanza,
y te suplicamos que abras nuestros ojos,
para que, mediante la alabanza y la adoración,
podamos conocerte y conocernos.
Conocer la situación en que nos encontramos,
el sentido de las dificultades
que nos hacen pesado el ministerio,
que nos presionan de todas partes, nos oprimen;
conocer el sentido de las ocasiones providenciales
que nos aguardan.
María, Madre del Señor,
asístenos en nuestra humilde búsqueda,
haz de nuestra meditación y reflexión
una contemplación,
es decir, una participación

en la alabanza y en la admiración
del misterio de Dios,
en la historia y en nuestra vida.
Permanece en nosotros, Cristo Señor,
por la fuerza del Espíritu;
ora en nosotros, adora en nosotros, alaba en nosotros,
actúa en nosotros
para que podamos comprender
la plenitud de nuestra llamada,
los peligros que nos amenazan,
las asechanzas de Satanás sobre nosotros, sobre la Iglesia,
sobre nuestro tiempo,
y para que podamos tener el valor
de combatir hasta el final
la batalla de la fe, de la esperanza y de la caridad.
Te lo pedimos, Padre,
por Jesucristo nuestro Señor.

Tú estás siempre conmigo

Te doy gracias, Señor,
por estos momentos de recogimiento que nos das.
Te doy gracias también,
aunque sea con voz un poco temblorosa,
por los momentos de prueba
en los cuales experimento que tú estás conmigo.
Y tú, María, concédenos ser fuertes,
hacer la experiencia de la oración
y del conocimiento de Dios
en el reconocimiento y en la prueba.
Así, por medio de nosotros,

Dios se dará a conocer a los otros hermanos
y podremos llegar a ser sus testigos.
Jesús, que vas a venir
en medio de nosotros, entre nosotros, en nosotros
por la eucaristía,
¡ayúdanos a crecer en el verdadero conocimiento
del Padre
hasta que lo conozcamos como tú lo conoces!

Gracias por la gloria de los santos

Te agradecemos, Padre,
el don de gloria luminosa, fascinante,
que diste al rostro de tu Hijo resucitado.
Esta gloria la mostraste a tu Iglesia,
a tu siervo Pablo,
como la habías mostrado interiormente
a María, Madre de Jesús,
a Pedro y a los apóstoles.
Te damos gracias
porque continúas mostrándonos esta gloria
en la historia de la Iglesia a través de los santos.
Te damos gracias por los santos que hemos conocido,
por todos aquellos cuyos escritos,
cuyas palabras nos edifican,
por todos aquellos cuya vida nos sirve de sostén.
Muéstranos también a nosotros la gloria
del rostro de Cristo,
para que algo de aquel esplendor
resplandezca en nosotros mismos
y, transformados interiormente,

podamos conocer a tu Hijo Jesucristo
y hacerlo conocer como manantial de transformación
de la vida de todo hombre.
Te lo pedimos, Padre,
por Cristo nuestro Señor.

Tus palabras en nuestra boca

Te damos gracias, Señor,
porque, resucitado, te manifestaste a Pedro,
a los apóstoles, a los discípulos,
y les renovaste su misión
de evangelizar y de apacentar.
Te damos gracias
porque les enviaste tu Espíritu
que les llenó de la certeza
de tu presencia viva,
pusiste sobre su boca las palabras justas
y los guiaste en la alegría y en la dificultad.
Te pedimos, Señor, que te manifiestes
en medio de nosotros,
como te manifestaste a los apóstoles;
te pedimos que te manifiestes en medio de nosotros
con tu Espíritu,
lo mismo que te manifestaste
en el cenáculo a los apóstoles,
reunidos con María.
Pon en nuestra boca tus palabras,
tus intenciones;
haznos nuevamente partícipes de tu misión.
Haz que nosotros salgamos de aquí

con una sabiduría nueva
del don del testimonio,
que has puesto en nuestro corazón,
por tu misericordia y por la ayuda de muchos.
Te lo pedimos a ti, Señor,
que vives y reinas con el Padre
y con el Espíritu Santo
por todos los siglos de los siglos.

El amor con que nos has querido

Te adoramos y te glorificamos,
Padre omnipotente, rico en gracia y misericordia.
Te pedimos conocer
y comprender a tu Hijo Jesús como el Mesías,
hijo de David, heredero de su trono,
Rey de reyes, Señor de los señores,
así como poderlo amar y adorar como Dios
y seguirlo como al Salvador de la humanidad.
Haz que fijemos nuestros ojos en él
y lo contemplemos,
para poder entenderte a ti, Padre amantísimo y justísimo,
y el amor con que has amado al mundo
desde el principio,
amor que se dirige a todos los hombres de la tierra
y que envuelve también nuestra misión.
Te lo pedimos, Padre,
por tu Hijo Jesucristo nuestro Señor,
en la unidad del Espíritu Santo.

El ideal último y definitivo

Te damos gracias, Dios y Padre nuestro
porque resucitaste para nosotros
a tu Hijo Jesucristo
e inauguraste la vida nueva de este siglo
a la espera de su venida.
Danos contemplar su rostro de resucitado
en tu Iglesia;
haznos disponibles a la acción del Espíritu Santo,
que edifica el cuerpo de tu Hijo resucitado
hasta el momento en que te lo presente
al final de los siglos,
para que tú seas todo en todas las cosas.
Padre, tú que nos diste en Jesús
un ideal último y definitivo
capaz de iluminar
todos y cada uno de los momentos del camino humano:
un ideal que responde a los deseos más profundos,
a las necesidades más profundas de la humanidad,
a los sufrimientos más verdaderos
de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo.
Te pedimos nos hagas contemplar,
mediante Jesús, este ideal
para servir mejor a tu designio de salvación.

Nuestra pobreza

Señor, te damos gracias sin fin
porque nos haces experimentar cada día,
con conciencia humilde,

nuestra pobreza.

Te damos gracias por la riqueza maravillosa
de la llamada,
del fin que nos propones,
a nuestra vida,
a nuestras comunidades,
por la universalidad de este fin
que se extiende hasta abrazar con amor
a todo el mundo, a todos los hombres,
que nos hace solidarios de todo sufrimiento
y atentos a toda necesidad.

Te damos gracias también, Señor,
por el agudo sentido de nuestro pecado,
porque nos sentimos frágiles, débiles,
divididos a veces, incapaces.
Esto nos hace sufrir mucho:
No pudiendo otra cosa, te ofrecemos este sufrimiento.
Sabemos que no viniste para los justos
sino para los pecadores;
no viniste para las comunidades justas
sino para las comunidades pecadoras,
y reconocemos que somos comunidades pecadoras
y necesitadas de tu salvación.
Te pedimos, Señor, que vengas a nosotros
con el poder de tu amor
para hacernos descubrir prácticamente
la distancia que hay entre tú y nosotros,
que hay entre nosotros y tu proyecto Iglesia.
Tu gracia no nos falta nunca
sino que sobreabunda en nosotros
para que podamos así vivir
para alabanza y gloria de tu nombre.

Nuestra distancia del proyecto-Iglesia

Te damos gracias, Señor,
porque nos has hecho reconocer, con dolor,
la distancia que hay entre nosotros
y tu maravilloso proyecto-Iglesia.
Te alabamos, te bendecimos, te damos gracias
porque tú nos perdonas,
y, perdonándonos, nos das la alegría de perdonar.
Estamos seguros, Señor,
de que el sentido de la desproporción entre nosotros
y la misión que se nos ha confiado
es algo que nos tritura interiormente
y al mismo tiempo nos purifica, nos hace libres,
nos permite conocer mejor
lo que nosotros hacemos y lo que haces tú,
nos permite comprender
que el campo es tuyo, la mies es tuya.
Tú nos pides solamente
obrar con libertad y humildad
en el ámbito de nuestras posibilidades.
Y, a través de la humillación,
la contrición y la penitencia,
rompes la dureza de nuestro corazón
y liberas las energías del amor, de la entrega,
del valor, del espíritu de sacrificio.
Si no hubiésemos pecado,
seríamos hoy soberbios, duros de corazón
y despreciaríamos a los demás.
Nosotros, por el contrario, queremos ser humildes,
comprensivos, buenos y apreciar a todos.
¡Concédenos, te suplicamos, esta gracia!

En la escuela de Jesús

Señor Jesús, te damos gracias
porque nos invitas a tu escuela.
Te damos gracias
por la dulzura y la serenidad que infundes en nosotros
cuando venimos a tu escuela.
Haz que podamos conducir a tu escuela
a tantas otras familias probadas
por el cansancio o la enfermedad,
necesitadas de pan y de trabajo,
privadas de concordia y de paz.
Haz que nuestra familia
sea una escuela de oración, de fe,
de honestidad, de sobriedad, de laboriosidad,
de amor hacia todos.
Haz que nuestras decisiones sean meditadas,
valerosas, abiertas al verdadero bien de todos,
respetuosas con las opciones de los demás.
Asiste y guía
a todos los que tienen responsabilidades educativas.
Haz que se den cuenta
del gran tesoro que se les ha confiado
y de la inmensa responsabilidad que tienen
frente a ti, a la Iglesia, a la sociedad.
Da a todos participar en tu gran amor
por los niños y por los jóvenes,
por su riqueza interior y su futuro.
Haz que ninguno tenga miedo
de sentir hablar de Dios,
del Dios de los propios padres,
de la propia cultura, de las propias raíces.
Haz que, a ejemplo de María,

sepamos meditar y conservar en nuestro corazón
las palabras que tú nos dices cada día.
Haz que sepamos mostrar a todos
la serenidad, la urgencia, la paz
que tú nos enseñas en tu escuela.

El objeto de nuestros deseos

Señor Jesús,
¡has puesto en nosotros tantos deseos,
y los has puesto porque nos hiciste para ti!
El hombre está hecho para ti
y “nuestro corazón está inquieto
hasta que no descanse en ti”.
Te damos gracias, Señor,
porque nos has hecho tan grandes en nuestros deseos,
nos has hecho sin límites.
Te agradecemos sobre todo
porque te revelas a nosotros,
como el objeto último de nuestros deseos,
como aquel a quien buscamos en todas las cosas
y a través de todas las cosas.
Tu Reino es la plenitud de la realidad deseable,
la que nos hace pedir todos los días:
Venga tu Reino.
Te damos gracias también, Jesús,
porque, a veces, nos haces pobres,
porque, a través de la pesca infructuosa,
nos convertimos en los pobres del Reino,
aquellos que sienten que sólo Dios colma sus deseos,
que Dios colma nuestra hambre y sed de justicia,

enjuta nuestras lágrimas,
llena nuestro corazón.
Haz, Señor Jesús,
que te reconozcamos en la vida de nuestros deseos,
que sepamos abrir el corazón a la verdad
en tu manifestarte a nosotros.
Te lo pedimos junto con María,
que te reconoció desde tu primera manifestación a ella,
junto con los santos de nuestros tiempos,
que han escuchado la voz;
con los mártires de nuestro tiempo,
con san Maximiliano Kolbe,
con todos los que han escuchado tu voz
que les hablaba dentro y decía:
Haz algo por tu hermano.
Abre nuestro corazón
para que también nosotros vivamos esta experiencia
en la simplicidad,
tú que vives y reinas
con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos.

Una sola cosa

No ruego sólo por éstos
sino también por aquellos
que por su palabra creerán en mí;
para que todos sean una sola cosa.
Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti,
que ellos sean también una sola cosa en nosotros,
para que el mundo crea

que tú me has enviado (Jn 17, 20-21).

Te damos gracias, Señor Jesús,
porque oraste por nosotros,
que, por la palabra de tus apóstoles,
hemos creído en ti.

Confiamos en tu oración por nosotros:
sin ella no estaríamos aquí
y no podríamos tampoco pedirte,
adorarte, alabarte.

Gracias a esta tu oración,
nosotros, ahora, juntos contigo, queremos adorar,
alabar, glorificar,
bendecir a Dios Padre
por todos los dones que nos ha dado en ti.

Te damos gracias también
porque nos hiciste de todos una sola cosa
y por esto cada uno de nosotros
puede llevar consigo,
delante de ti, Señor,
todas las personas,
las situaciones, los sufrimientos,
los miedos, las esperanzas
de aquellos que con nosotros son un solo pueblo.
Unidos a este pueblo,
nosotros, aunque aislados en oración silenciosa,
te adoramos.

Danos la gracia
de comprender lo que quiere decir
ser una cosa contigo y entre nosotros;
abre nuestros ojos para que podamos contemplar
en el mundo, en la historia,
tu Cuerpo que es esta Iglesia,
y para que podamos con ella,

en ella y por ella crecer
hasta la presencia de tu Cuerpo histórico.
Junto con María, nuestra madre,
y con todos los santos.
Junto con toda la Iglesia que en el mundo
ora, sufre y se entrega;
junto con el papa,
con los obispos, con los sacerdotes.
Con todos los fieles te dirigimos a ti, Padre,
nuestra alabanza en nombre de Cristo, tu Hijo,
que en la unidad del Espíritu Santo vive y reina
por los siglos de los siglos.

Nos has llamado amigos

Padre omnipotente, te damos gracias
porque nos diste todo en tu Hijo
y nos enseñas a imitarlo
y a encontrar en él
la verdad de toda nuestra existencia humana.
Te damos gracias por todas las figuras
mediante las cuales has preparado este misterio
que es tu Hijo,
y te pedimos que abras nuestro corazón
y nuestra mente
para que podamos leer estas figuras
y por medio de ellas llegar
a la realidad sublime y profunda que es Cristo Jesús.
Señor Jesús, Rey del universo,
centro de la historia,
tú nos has amado hasta la muerte

y nos has llamado amigos.
Danos penetrar tu corazón;
comprender el memorial de tu muerte,
de tu amistad,
que es la eucaristía.
Te damos gracias por tu amistad
y porque nos has mandado amarnos
los unos a los otros
según tu ejemplo,
hasta la muerte.
Padre, escucha nuestra plegaria,
por Jesucristo nuestro Señor
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo
por todos los siglos de los siglos.

Con los discípulos de Emaús

Señor Jesús, gracias
porque te hiciste reconocer
en la fracción del pan.
Mientras corremos hacia Jerusalén
y nos falta casi el aliento
por el ansia de llegar pronto,
el corazón nos late fuerte
por un motivo mucho más profundo.
Deberíamos estar tristes,
porque ya no estás más con nosotros.
Y, no obstante, nos sentimos felices.
Nuestra alegría
y nuestra vuelta precipitada a Jerusalén,
dejando la comida a la mitad en la mesa,

expresan la certeza de que tú ya estás con nosotros.
Te cruzaste con nosotros hace pocas horas
en este mismo camino,
cansados y desilusionados.
No nos abandonaste
a nosotros mismos y a nuestra desesperación:
¡gracias, Jesús!
Nos inquietaste con tus reproches,
pero sobre todo has entrado en nosotros,
nos revelaste el secreto de Dios sobre ti,
escondido en las páginas de la Escritura:
¡gracias, Jesús!
Caminaste con nosotros,
como un amigo paciente,
sellaste la amistad
partiendo con nosotros el pan,
llegaste a nuestro corazón
para que reconociésemos en ti al Mesías,
el Salvador de todos:
¡gracias, Jesús!
Al hacerlo así, entraste dentro de nosotros.
Y, cuando al caer de la tarde,
estabas dispuesto a proseguir tu camino
más allá de Emaús,
nosotros te pedimos que te quedaras.
Te dirigiríamos esta oración,
espontánea y apasionada,
infinitas veces
en la tarde de nuestro extravío,
de nuestro dolor,
de nuestro inmenso deseo de ti.
Pero ahora comprendemos
que ella no expresa la verdad última

de nuestra relación contigo.
En efecto, tú siempre estás con nosotros.
Somos nosotros, por el contrario,
los que no siempre estamos contigo,
no permanecemos en ti.
Por eso no sabemos ser tu esperanza
junto a los hermanos.
Por eso, Señor Jesús,
te pedimos ahora que nos ayudes,
que permanezcamos siempre contigo,
que nos unamos a tu persona
con todo el ardor de nuestro corazón
y que asumamos con alegría la misión que tú nos confías:
continuar tu presencia,
ser evangelio de tu resurrección.
Señor, Jerusalén está ya próxima.
Hemos aprendido que ella no es ya
la ciudad de las esperanzas fallidas,
de la tumba desolada y vacía.
Es la ciudad de la cena, de la pascua,
de la suprema fidelidad del amor de Dios
hacia el hombre,
de la nueva fraternidad.
Desde ella caminaremos
a lo largo de todos los caminos del mundo
para ser testigos de tu resurrección:
¡gracias, Jesús!

No nos abandonas nunca

Te damos gracias, Padre,
porque, por encima de lo que sabemos
o no sabemos hacer,
más allá de nuestra capacidad
o incapacidad para orar,
tú estás con nosotros y no nos abandonas nunca.
Te damos gracias
porque eres tú quien guía nuestras reflexiones
de estos días,
nuestro ejercicio de oración.
A este ejercicio
nos presentamos con frecuencia poco atentos,
nos presentamos perezosos y distraídos.
Quizá estamos deseosos de oración
y, sin embargo, cargados de inercia.
Pero tú, Padre,
estás siempre lleno de amor y de atención.
Te damos gracias,
te alabamos y te bendecimos
porque eres así,
y te pedimos la gracia
de hacer un verdadero camino de oración.
Ayúdanos a recoger la imaginación y los pensamientos
para que podamos concentrarnos ante ti.
Ayúdanos a hacer también el sacrificio de nuestro cuerpo
que a veces se rebela;
ayúdanos a ofrecer este sacrificio físico
para vivir una actitud de oración.
Recibe, Señor, lo poco que tenemos,
esto es, el don de nuestro cuerpo
que quiere orar

con una actitud coherente.
Te pido, sobre todo, Padre,
que resucites en nosotros el ardor de la fe,
de modo que podamos sentir
la fuerza viva de tu presencia de Padre.
Te lo pedimos por Jesús, tu Hijo,
que oraba de noche,
en la montaña,
al apuntar la mañana,
de viaje por los caminos de Palestina,
en el templo.
Tú, Jesús, oraste en todas partes
incluso en la cruz:
ven a nosotros con tu espíritu de oración.
Jesús, que vives en María,
ven a nosotros, tus siervos,
y danos tu espíritu de adoración.
Llena de paz nuestros corazones,
nuestros sentimientos,
nuestra vida
para que podamos orar contigo y como tú.

Gracias por la familia

Dios, Padre nuestro,
te damos gracias por esta familia que nos has dado.
En el amor con que cada día nos acogemos,
nos ayudamos,
nos perdonamos,
nos ofreces una imagen del amor
con que tú creaste toda vida

y cuidas de cada hombre.
Te damos gracias también
por nuestra comunidad cristiana,
por la parroquia, por la diócesis,
en las que haces presentes los signos del amor de Jesús:
en la Palabra, en la eucaristía,
en los ejemplos de amor fraterno,
que la comunidad nos ofrece,
nuestra familia encuentra un modelo y un sostén
para continuar caminando en el amor.
Te pedimos, Padre,
que hagamos siempre más intensos
los lazos entre la familia y la comunidad cristiana.
Te pedimos por la Iglesia universal,
por el papa.
Haz que la Iglesia se asemeje siempre más
a una familia:
favorezca la amistad fraterna,
accepte la colaboración de todos,
esté atenta a todos
especialmente a las familias sin paz,
sin afecto, sin pan,
sin trabajo, sin alegría.
Haz que nuestra familia
se asemeje siempre más a la Iglesia:
tenga fe en ti,
acoja la palabra de Jesús
como la acogió María su Madre,
aplique el Evangelio a la vida de cada día,
ayude a los hijos a responder con alegría a tu llamada,
se abra al diálogo
y a la colaboración con otras familias.
Haz que la Iglesia y la familia

sean una imagen de tu casa,
donde tú nos esperas después de nuestro viaje en la tierra.

5. Orar la Palabra

A Jesús presente (Entrada en los Ejercicios Espirituales)

Señor Jesús,
te damos gracias
por la gloria de tu resurrección;
te damos gracias por habernos congregado juntos;
te damos gracias porque tú eres en nosotros la alabanza
perfecta del Padre.
Te damos gracias porque tú eres en nosotros,
la justicia perfecta hacia nuestros hermanos;
tú eres el que en nosotros
continuamente vuelve a sanar nuestra injusticia,
desconfianza, miedo.
Te damos gracias, Señor Jesús,
por tu gran gloria
y te ofrecemos nuestra actividad,
todo lo que pensemos, hagamos
y dispongamos en estos días
en honor tuyo,
por ti.
Te damos gracias por el cansancio de esta tarde,
y te lo ofrecemos
porque es nuestro vestido de todos los días.
Concédenos que, aunque estemos cansados y fatigados,
vivamos y obremos siempre
en acción de gracias a ti, Jesús,
que con el Padre y el Espíritu Santo reinas eternamente.



La Palabra de Dios

Señor, te damos gracias
porque nos congregas todavía una vez más
en tu presencia,
nos reúnes en tu nombre.
Señor, tú nos pones frente a tu Palabra,
la que inspiraste a tus profetas:
haz que nos acerquemos a esta Palabra
con reverencia,
con atención,
con humildad;
haz que no la despreciemos
sino que la acojamos en todo lo que nos dice.
Sabemos que nuestro corazón está cerrado a menudo,
incapaz de comprender la sencillez
de tu Palabra.
Envíanos tu Espíritu
para que podamos acogerla
con verdad, con sencillez;
para que ella transforme nuestra vida.
Haz, Señor, que no te resistamos,
que tu Palabra penetre en nosotros
como espada de dos filos;
que nuestro corazón esté abierto
y que nuestra mano no resista;
que nuestro ojo no se cierre,
que nuestro oído
no se vuelva hacia otra parte,
sino que nos dediquemos totalmente a esta escucha.
Te lo pedimos, Padre,
en unión con María
por Jesucristo nuestro Señor.

Las maravillas de la Palabra de Dios

Concédenos, Señor,
evitar el escollo de la rutina
y del cansancio.
Haz que contemplemos tu Palabra
y que nos dé ánimo para el camino.
Ayúdanos también a evitar el peligro
de encallarnos en la sequedad de la meditación.
Haz que por encima de las reflexiones
y de los pensamientos
lleguemos a la contemplación de tu rostro.
Reaviva y nutre nuestra fe,
nuestro espíritu.
Danos presteza,
agilidad y serenidad de corazón
para que podamos,
con ánimo sosegado y silencioso,
escuchar las maravillas de tu Palabra.

Las raíces de la Iglesia

Concédenos, Señor, que comprendamos,
a través de los libros del Antiguo Testamento,
la revelación del Nuevo Testamento.
Aleja de nosotros, Padre, las tentaciones
que tu Iglesia ha vivido siempre a lo largo de los siglos,
de dar de lado,
de descuidar,
de abandonar,
el Viejo Testamento,

que es luego la tentación de la Iglesia
de separarse de sus raíces.
A nosotros, que hemos hecho el esfuerzo
de leer páginas quizá duras del Antiguo Pacto,
haznos comprender que en ellas revive
la figura de tu Hijo,
de tus apóstoles, de María, de la Iglesia.
Concédenos, Padre, que podamos contemplar
el misterio de tu Hijo
por medio de las figuras del Antiguo Testamento,
que fijemos nuestros ojos en él,
que lo adoremos crucificado y resucitado,
para poder tener parte en la experiencia
de los grandes testigos de la fe de su pueblo.
Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Eficacia de la Palabra

Te damos gracias, Señor, porque tu Palabra,
pronunciada hace dos mil años,
está viva y eficaz en medio de nosotros.
Reconocemos nuestra impotencia e incapacidad
para comprenderla y dejarla vivir en nosotros.
Ella es más fuerte
y más poderosa que nuestras debilidades,
más eficaz que nuestra fragilidad,
más penetrante que nuestras resistencias.
Por eso te pedimos
que nos ilumines con tu Palabra
para tomarla en serio
y abrir nuestra experiencia

a lo que nos manifiesta,
para darle confianza en nuestra vida
y permitirle obrar en nosotros
según la riqueza de su poder.
Madre de Jesús,
que te entregaste sin reserva,
pidiendo que sucediese en ti
según la Palabra que se te había dicho,
danos el espíritu de disponibilidad
para que podamos encontrar
la verdad de nosotros mismos.
Haz que ayudemos al hombre
a encontrar la verdad de Dios en él;
haz que la encuentre plenamente
el mundo y la sociedad en que vivimos,
a los que queremos humildemente servir.
Te lo pedimos, Padre,
por Cristo Jesús,
tu Palabra encarnada,
por su muerte y resurrección,
y por el Espíritu Santo que continuamente
renueva en nosotros la fuerza de esta Palabra
ahora y por todos los siglos.

Escuchar atentamente

Te damos gracias, Señor, por darnos un tiempo
para escuchar tu Palabra.
Te pedimos que hagas de nosotros
los escuchas atentos,
porque en tu Palabra

está el secreto de nuestra vida,
de nuestra identidad,
de nuestra realidad
a la que estamos llamados.
Quita de nosotros, Señor, todo prejuicio,
toda prevención, todo preconcepto
que nos pueda impedir acoger libremente
la palabra de tu Evangelio.
¿Y quién más digno que tú mismo
de proclamar esta Palabra?
¿Quién de nosotros podría interpretar adecuadamente
la Palabra de salvación?
Te pido también por mí,
que me preparo a exponer algo
de tu Palabra;
quita todo lo que es prejuicio
o idea personal
y haz resplandecer solamente lo que tú,
en el Espíritu,
quieres decir a cada uno de nosotros.
María, Madre del Señor,
que meditas en tu corazón las palabras
y hechos de Jesús,
haz que te imitemos con sencillez,
con tranquilidad, con paz;
Aleja de nosotros todo esfuerzo, ansia, nerviosismo,
y haznos escuchas atentos
para que nazca en nosotros el fruto del Evangelio.
Te lo pedimos, Madre,
en el nombre de tu Hijo glorioso, vivo,
que reina en medio de nosotros,
en nuestra comunidad,
en la Iglesia de todos los tiempos,

en el mundo, en la historia,
por todos los siglos de los siglos.

La invitación de Caná

Danos, Señor,
que contemplemos tu revelación
en las palabras del evangelista Juan.
Haz que nos dejemos invitar
a las bodas de tu Palabra,
para que podamos gustar abundantemente
el vino del Espíritu
y ser colmados con la riqueza de las Escrituras
con las que quieres alimentarnos.
Concédenos penetrar los momentos fundamentales
y las enseñanzas decisivas del texto evangélico
que es como una síntesis de tu misterio de amor,
de redención, de gracia, de atención al hombre,
de oferta de alegría a tu Iglesia.
Señor, creo en ti, espero en ti
me entrego a ti,
porque tú, por la escucha de la Palabra,
nos quieres llenar del vino nuevo
que es tu amor imprevisible.
María, causa de nuestra alegría,
¡ayúdanos a entrar en esta Palabra
y a prepararnos a meditar
las enseñanzas y las riquezas
que contiene para cada uno de nosotros!
Señor, te alabamos y te damos gracias
porque nos acompañas con tu ternura

que es manantial inextinguible de vida.
Te damos gracias y te bendecimos
porque toda Palabra de tu Evangelio
ilumina nuestro hoy,
el hoy de la Iglesia y de la historia. Amén.

La voz del Espíritu

Te alabamos y te damos gracias,
glorioso Señor Jesucristo,
porque estás presente en medio de nosotros
y en nosotros;
porque en nosotros alabas al Padre
con la voz del Espíritu que nos has dado.
Te pedimos, que esta voz del Espíritu
se suscite en nosotros
por la escucha de la Palabra de la Escritura,
de manera digna, justa,
conveniente al significado del texto,
proporcionada a las cosas que se nos manifiestan
y pronta a reconocer en nosotros la afinidad
con la enseñanza y con el ejemplo
que se nos propone.
Tú, que eres Dios y vives y reinas
por todos los siglos de los siglos.

La Palabra de Dios está viva

Señor,
haz que sintamos la viveza de tu Palabra;
corta, te lo pedimos,
los nudos de nuestras incertidumbres,
los sofismas de nuestros “si” y “pero”,
a fin de que nada en nuestro espíritu
se sustraiga a tu Palabra.
Tú conoces y guías mis temores
mis incertidumbres,
mis miedos,
la reluctancia a ser misionero.
Danos que aceptemos con paz,
sin demasiados problemas,
la Palabra de Dios que estamos escuchando,
que escucharemos a través de la voz
de nuestras hermanas y de nuestros hermanos;
que escucharemos en la eucaristía.
Señor, haz que esta tu Palabra
nos dé alegría
nos refuerce,
nos purifique,
nos salve.
Y tú, María, Madre de la Palabra y del silencio,
danos el silencio
que suscita en el corazón la alegría de la escucha,
concédenos ser verdaderos, joviales, auténticos,
sentir que
todo lo que es difícil resulta fácil,
lo que está embrollado se suelta,
lo que es oscuro se hace luminoso
en virtud de la Palabra.

Responder a la Palabra

Danos, Señor,
que respondamos a tu Palabra,
ayúdanos a comprender
cuál es la respuesta adecuada
a lo que tú haces en nosotros.
Te pedimos que podamos comprender
lo que significa alabar
con el corazón y con reverencia,
así como te alabaron
María, Madre de Jesús,
y las mujeres del Antiguo Testamento;
que comprendamos lo que significa reverencia
y amor a ti.
Haz resonar tu Palabra en medio de nosotros,
en medio de tu pueblo, Señor,
para que podamos gustar su fuerza.
Y danos que comencemos con verdad
el camino de la Cuaresma
que nos guía al misterio pascual.
Queremos fijar los ojos
con particular atención y amor
en la cruz y resurrección de Jesús;
para entrar en el misterio de tu Hijo
y para recibir el don de su Espíritu.

6. Oraciones en la prueba



El misterio de la prueba

Concédenos, Señor,
que nos dejemos introducir
en esta realidad de la prueba,
que no es un simple hecho;
es un misterio,
ya que, mediante ella,
comprendemos un aspecto
de la contingencia histórica
experimentada por nosotros
y en general como algo de ti.
Por otra parte,
nosotros queremos conocerte,
y penetrar con el corazón
y con la mente
en tu misterio inefable.
Infunde, pues, en nosotros, Padre,
una migaja de la contemplación de tu misterio,
incluso a través de la experiencia de la prueba.
Señor, estamos frente a ti,
para decirte que somos frágiles;
sin imaginar siquiera cuál sería
la solicitud capaz de ponernos en crisis,
sabemos que existe.
Nosotros, con todo, no nos extrañaremos
si la acogemos con indolencia,
si mostramos repugnancia.
Más bien te pediremos:
¡Ten piedad de nosotros!
¡Sé misericordioso!
María, Madre de Jesús crucificado,
viste nuestro corazón

con aquel amor y aquella humildad
que el Señor habría querido del joven rico.
Haz que allí donde constatemos incapacidad o rechazo
podamos servirnos de ella
como escalón para crecer
en el conocimiento de nosotros mismos,
en el amor de tu Hijo.
Y a través del don de la pasión de Jesús,
cura nuestro corazón
de todas las pobreza,
angustias, miedos
para que sea iluminado
por la alegría de la divina presencia.

La prueba de María

Haz, María,
que entremos de tal manera
en el misterio de tu prueba
que desde ahora podamos repetir:
mi alma engrandece al Señor.
Haz también que desde el valle de nuestra oscuridad
sepamos gritar:
Mi espíritu exulta en Dios mi salvador.
Haz que nos preguntemos
si es ésta nuestra actitud cotidiana,
si somos capaces de elevarnos de la lamentación
hacia la glorificación del misterio de Dios,
de abandonarnos al misterio que,
en la oscuridad o en la luz,
siempre nos tiene irrevocablemente entre los brazos.

Que entendamos como tú y nos entreguemos
al misterio de la alianza.

María,
tú que tuviste una mente, una inteligencia,
purificadas y obedientes desde el principio;
tú, que después de una simple pregunta:
¿Cómo sucederá esto?,
te tranquilizaste y ya no diste entrada a la ansiedad,
ni a las cavilaciones, a los temores,
haz que sigamos tu camino
sosegando la mente y el corazón
que nos permita atender
con toda el alma y con todo el espíritu
al servicio y al amor del prójimo,
según nuestra vocación.

Sufrir con humildad

Danos, Señor, un verdadero, nuevo
y más profundo conocimiento de ti
a través del sufrimiento.
Haz que podamos intuir con el afecto del corazón
tu misterio que está más allá de toda comprensión.
Haz que el ejercicio de paciencia de la mente,
el discurso espinoso de la inteligencia,
sea el signo de una verdad
que no se alcanza simplemente
con las normas de la razón humana,
misterio inaccesible y al mismo tiempo nutritivo
para la existencia del hombre,
para sus dramas y sus aparentes absurdos.

Queremos ofrecerte nuestros sufrimientos
y compartir los de la humanidad,
las dificultades en las que se debaten muchos corazones
para volver a una siempre nueva
y más verdadera experiencia de ti.
Señor Dios nuestro,
tú habitas en la luz eterna,
que nadie puede contemplar sino tu Hijo
que nos la reveló desde lo alto de la cruz.
Concédenos penetrar en el misterio de Jesús
a fin de poder conocer algo de ti,
en la gracia del Espíritu Santo.
Danos acceder al misterio del dolor
con paciencia, con humildad,
convencidos de nuestra ignorancia,
de lo mucho que todavía desconocemos
de tu Trinidad de amor,
de tu proyecto salvífico.
Haz que nos humillemos en nuestro sufrimiento,
para poder merecer, al menos una migaja,
del conocimiento de aquel misterio
que nos saciará eternamente.
Te lo pedimos por intercesión de María,
que sufrió,
pero que creyó profundamente,
y ha llegado ya,
también en nuestro nombre,
al conocimiento perfecto de tu gloria.

Oración en la soledad

Jesús, que fuiste abandonado
de todos tus discípulos,
que subiste solo al calvario,
que moriste en medio de los que te querían mal,
¡mira, te lo pedimos, hacia nuestras soledades!
Crea en nosotros espíritu y fuerza de comunión.
¡Danos, Jesús, aumento de solidaridad,
de atención, de escucha recíproca!
María, tú que estabas junto a la cruz de Jesús,
penetra en tantas casas solitarias y llénalas de alegría;
visita a los enfermos,
acércate a los sin casa,
a las cárceles, y dales esperanza;
haz de cada uno de nosotros testigos creíbles
de esta esperanza.

Oración en la desolación

Señor Jesús,
tu muerte es el resultado de un triste consorcio
de intereses privados y políticos,
de mezquindad y de personalismos.
Desde lo alto de tu cruz te rogamos que mires
con ojos misericordiosos
a cada uno de nosotros que te invocamos.
Danos seguirte con amor,
haz que nos dejemos transformar por tu fuerza.
Que participemos en el arrepentimiento de un pueblo
de una Iglesia, de una sociedad
que quiere acogerte como cruz de salvación.

El grito del corazón

Oh Dios, tú eres mi Dios,
tú eres el que me has amado primero,
el que me amas;
tú eres el que me buscas y me deseas.
Pero yo también te busco,
mi alma tiene sed de ti,
tú eres mi bien supremo.
¿Quiénes son, Dios mío,
los que atentan contra mi vida? (cf. Sal 63, 10)
¿Qué es lo que empuja mi alma a su perdición
y no me permite gozar de ti,
beber en tu manantial,
que no me hace oír el grito de mi corazón?
Que lo comprenda, Señor,
en esta jornada de penitencia,
en la escuela de tu siervo David,
pecador y creyente.
Ayúdanos, Dios Padre nuestro,
a entender las pruebas de David,
a entrar en sus sufrimientos y dificultades.
Ayúdanos a comprender su lucha contra los enemigos
y la de los enemigos contra él,
para poder así entrar
en los sufrimientos y en las pruebas
de tu Hijo Jesucristo, rey universal.
Tú quisiste purificar en él nuestra humanidad
y por esto sólo tú puedes darnos la gracia
de contemplar la cruz.
Te lo pedimos, Padre,
por Cristo nuestro Señor.

Ayúdame a reconocer mi debilidad

Señor, tú has hablado del corazón del hombre
y has dicho:
“Realmente, del interior, es decir, del corazón de los
hombres
salen las malas intenciones:
fornicaciones, hurtos, homicidios,
adulterios, concupiscencias, perversidades
engaño, impureza, envidia,
calumnia, insensatez, soberbia.
Todas estas cosas malas
salen fuera desde dentro
y contaminan al hombre” (cf. Mc 7, 21-23).
Señor, hazme entender que también en mi corazón
están las raíces de estas cosas.
Si verdaderamente quiero conocer quién soy yo,
debo comprender la grandeza y la fuerza
de mi llamada
y, al mismo tiempo, qué pozo de oscuridad y de fragilidad
hay dentro de mí.
Hasta que no lo reconozca,
no tendré una personalidad verdaderamente libre.
Me engaño a mí mismo
y no consigo la seriedad y verdad del obrar
de quien se reconoce débil
y se vuelve a ti como Salvador.

La paz de Dios

Precisamente por esto,
Señor del amor y de la paz,
¡queremos convertirnos a ti!
No podemos engañarnos
con llegar a vivir bien, en paz, sin ti.
No podemos pensar
en superar las inquietudes interiores
y nuestras guerras personales
si no nos volvemos a ti,
Señor de la paz, Jesucristo crucificado y resucitado,
que has padecido la muerte para darnos la paz.
¡Te pedimos aquella paz
que supera todo proyecto y posibilidad
y que puede fortalecer nuestros pensamientos,
nuestras voluntades, nuestros corazones!

7. Oraciones a Jesús crucificado



Ante la cruz

¡Cuántas veces, Señor, no hemos sido fieles,
no hemos sido realistas frente a las cosas!
¡Cuántas veces hemos creído poco
en la inagotable fuerza de vida que deriva de la cruz!
Concédenos, Señor, que, al contemplarla,
nos sintamos amados por ti,
amados por Dios, hasta el fondo,
tal como somos;
y creamos que por la fuerza de la cruz
existe en nosotros una capacidad nueva
de dedicarnos a los hermanos,
según aquel estilo y aquel modo
que nos enseña y comunica la cruz.
Danos, Señor, descubrir que la cruz
hace nacer de verdad
un hombre nuevo dentro de nosotros;
suscita nuevas formas de vida entre los hombres,
conviértete en el prelude,
la promesa y la anticipación de aquella vida plena
que explotará en el misterio de la resurrección.
Nos arrodillamos ante la cruz
con María

y pedimos que comprendamos,
como ella comprendió,
el misterio que transforma el corazón del hombre
y que transforma el mundo.

La pasión de Jesús

Danos, Señor Jesús,
estar delante de ti.
Danos, al menos por esta vez,
el no ser precipitados,
y no tener ojos superficiales o distraídos.
Porque si somos capaces de estar frente a ti,
podremos coger el río de ternura,
de compasión, de amor,
que de la cruz revierte hacia el mundo.
Haz que recojamos la sangre y el agua
que brotan de tu costado,
como la recogieron los santos.
Haz que la recojamos
para participar en tu inmensa pasión
de amor y de dolor
en la que viviste
todo nuestro sufrimiento físico y moral.
Danos participar en aquella inmensa pasión
que corta todos nuestros egoísmos,
nuestra cerrazón, nuestras frialdades.
Haz que participemos en aquella pasión
que suaviza nuestras ansias y nuestras angustias,
que lava nuestra pequeña vanagloria,
que purifica nuestra codicia

que transforma nuestros temores en esperanzas,
nuestras tinieblas en luz.
Danos contemplar esta inmensa pasión
de amor y de dolor
que nos hace exclamar con los labios,
con el corazón y con la vida:
“Jesús, tú eres verdaderamente el Hijo de Dios,
tú eres ciertamente la revelación del amor”.

Evangelizar en la pasión

Te doy gracias, Señor,
porque al revelar a Pedro su debilidad,
le revelaste tu bondad,
tu misericordia,
y le ofreciste tu mismo poder.
Concédenos que participemos íntimamente
en tus sufrimientos,
para poderte conocer a fondo
en tu fuerza de evangelizador,
de salvador,
para que participemos
en el poder de tu resurrección.
Señor, nosotros querríamos huir siempre
de este camino,
querríamos llegar pronto
al poder de la resurrección
sin la comunión en tu muerte;
tú, por el contrario, nos educas
a pasar, mediante la comunión,
a tus sufrimientos.

Haz que vivamos la experiencia de la cruz
de manera justa;
que tengamos que acogerla como un evangelio,
como una Buena Noticia,
como el poder de Dios para nuestra salvación,
como algo que nos conforta,
que nos aclara el sentido de la vida,
que nos da realismo, verdad, coraje;
no como algo que oprime,
que nos aplasta y nos espanta.
Madre del Señor,
tú que seguiste a Jesús en su Pasión
y participaste dolorosamente
en todas sus pruebas,
haz que también nosotros sepamos participar en ella
con fe,
en verdad y sencillez,
con apertura de corazón
para unirnos contigo en la gloria del resucitado.
Concédenoslo, Padre,
por la gloria de Cristo que vive aquí,
en medio de nosotros y en tu Iglesia,
en nuestras Iglesias,
en todas las regiones del mundo
y en todos, hombres y mujeres.
Ahora y siempre,
por todos los siglos de los siglos.

Adorando la cruz

Adorando juntos la cruz,
signo de nuestra salvación,
pedimos humildemente perdón por nosotros,
por las culpas con que estamos manchados;
pedimos perdón
también en nombre de todos los que no están aquí
y no saben pedir perdón al Señor
por sus culpas.
Ellos ignoran de cuánta alegría y de cuánta paz
estaría lleno su corazón
si supieran hacerlo.
Pedimos perdón en nombre de toda la humanidad
por tanto mal cometido por el hombre
contra el hombre,
de tanto mal cometido por el hombre
contra el Hijo de Dios,
contra el Salvador Jesús,
contra el profeta que tenía palabras de amor.
Y ponemos nuestra vida en manos del crucificado,
para que él, redentor bueno,
redima y salve al mundo,
redima y salve nuestra vida
con el consuelo de su perdón.

Junto a la cruz

Te pedimos, Señor, que nuestra oración
sea participación de la tuya
en el huerto de Getsemaní y en la cruz,

y de la de María a los pies de la cruz,
de la del ladrón que se ofrece a Jesús
y ve su vida salvada por la misericordia de Dios.
Esta oración no es solamente por nosotros,
es por toda la Iglesia,
por todos aquellos que nos están encomendados
y por todos los que se esfuerzan por ver
en su vida el signo de la redención.
Concédenos ser, para todos,
ayuda, sostén, un instante de luz;
concédenos hacer sentir a todos
—como al ladrón en la cruz—
que son amados, comprendidos, perdonados;
haz que todos participen
de la misteriosa maternidad de María junto a la cruz.
Te lo pedimos, Padre,
Por Jesucristo nuestro Señor.

Conocer la cruz

Señor, Dios y Padre nuestro,
te pedimos el conocimiento
de la cruz de tu Hijo.
Danos poder contemplarlo
como lo contempló Juan,
el testigo fiel;
como lo contemplaron los primeros cristianos,
y Esteban en los últimos momentos de su vida.
Danos, Padre, contemplar la gloria
que diste a tu Hijo
y que resplandece en la cruz.

Haznos partícipes de la contemplación
de los santos Padres de la Iglesia,
de los santos y místicos de todos los tiempos,
de aquellos que dieron su vida por la fe
y que perdonaron a los que les hacían mal.
Te lo pedimos por Jesús,
que perdonó a sus enemigos,
por este Jesús que es el Mesías,
el Cristo nuestro Señor
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
por los siglos de los siglos.

Contemplando al crucificado

Esta es, pues, la hora de la contemplación.
Hay que vivirla en silencio,
aunque el deber me obliga a decir una palabra.
Debemos alzar nuestros ojos para contemplarlo,
como María,
como las mujeres en el monte Calvario,
las únicas que quedaron para mirarlo de lejos.
¿Qué tenemos delante de los ojos
contemplando al crucificado?
Tenemos un nuevo milagro.
¡Cristo hizo tantos milagros
en el mar, en los ciegos, en los leprosos!
Pero el milagro nuevo es que este Dios
no hace un milagro para sí,
permanece en agonía
con los brazos abiertos al Padre y al mundo.

Y nosotros advertimos, mirándote, Señor,
que en este abrazo universal,
que congrega a todos los hombres de todos los tiempos,
estamos también nosotros.

Y tus brazos alargados nos dicen:

“Tú también estás en el abrazo de la alianza,
tú también estás en el abrazo de la seguridad
del amor del Padre hacia ti;
también tú estás en el abrazo de la misericordia
que supera tu temor y tus culpas.

También tú estás en el abrazo de este amor,
gratuito, purísimo, total;
también tú estás en este abrazo sponsal,
indisoluble,

que es tu certeza de vida para siempre”.

Contemplando los brazos extendidos de Jesús
en la cruz,

sentimos que se ensanchan

los espacios estrechos de nuestro corazón,

los espacios estrechos de nuestra casa,

de nuestra sociedad, de nuestra tierra,

espacios que tanto se esfuerzan para acoger

y que deben contemplarte,

con tus brazos abiertos

para sentir dilatarse interiormente.

Tú, Jesús, dijiste un día:

“Llega la hora en que el Hijo del hombre
ha de ser glorificado”.

Estamos acostumbrados a entender

este término “glorificado”

como un recibir honores, favores, poder, éxito.

Pero al verte crucificado,

comprendemos que la gloria de Dios

pasa también a través

del fracaso, de los insultos, los golpes.

Esta cruz es tu verdadero trono y de la Iglesia.

Tú dijiste: “Cuando fuere levantado en alto
todo lo atraeré hacia mí”.

En la cruz, has llegado a ser

rey universal de gloria,

rey de paz.

El costado traspasado

Señor Jesús, concédenos en este viernes santo
contemplar tu costado traspasado.

Concede que nuestros ojos y nuestro espíritu
puedan contemplarte,

como verdadero salvador

y prenda certísima de alianza eterna.

Haz que te podamos contemplar

con confianza y con amor,

con ternura y con gran serenidad de corazón.

Tú conoces nuestras debilidades,

nuestra incapacidad para hacer frente a nuestros deberes
que penden sobre nosotros;

tú conoces la angustia

en la que permanecemos, a menudo,

prisioneros de nosotros mismos

y de nuestras preocupaciones.

Tú conoces las dificultades que se abaten sobre nosotros

y que nos hacen, a veces,

desesperar de cualquier resultado.

Por el misterio de tu cruz, danos libertad,

llévanos de la mano fuera de nosotros mismos
y de esta nuestra prisión,
más allá del umbral de nuestro miedo,
hacia ti y hacia nuestros hermanos;
y haz que aquello de lo que no somos capaces
pueda ser el don
de la riqueza de tu amor infinito.
Te pedimos que nos abras los ojos
para que podamos contemplarte
como te contempló tu Madre María.
Te pedimos que nos hagas ver
el significado de las experiencias tuyas y nuestras
por las cuales pasaste y nos haces pasar,
para permitirnos salir de la ignorancia de Dios,
para conocer quién es el Padre que te ha enviado,
quién eres tú que nos revelas al Padre en la cruz,
quiénes somos nosotros, iluminados por ti
en la verdad de nosotros mismos,
que sentimos nuestra pobreza,
consolada y aceptada en la abundancia de tu amor.
Danos, Señor Jesús, penetrar
por intercesión de María, arca de la alianza,
la verdad del misterio de la “nueva alianza”
que tu sangre ha sellado para siempre.
Danos contemplar en este tu cuerpo,
que se convierte después en cuerpo eucarístico,
los signos de la alianza eterna e indefectible.
Que contemplemos en toda herida
la certeza de que esta alianza no se romperá jamás,

será nuestra compañía en los sufrimientos,
en las soledades y en nuestra agonía.
Danos contemplarte a ti, nuestra alianza,
que sea clave de nuestra existencia,
explicación de nuestro destino,
luz de nuestro corazón para siempre.

8. Oraciones al Espíritu Santo



Ven, Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, a nuestros corazones
y enciende en ellos el fuego de tu amor.
Ven, Espíritu Santo, y danos,
por intercesión de María,
que supo contemplar,
ponderar los hechos de Cristo
y hacer memoria amorosa y actuante de ellos,
la gracia de leer y releer las Escrituras
para hacer también nosotros memoria activa,
amorosa y actuante de los sucesos de Cristo.
Danos, Espíritu Santo,
dejarnos nutrir de estos sucesos
y reexperimentarlos en nuestra vida.
Y danos, te lo pedimos,
una gracia todavía más grande:
la de captar la obra de Dios
en la Iglesia visible
y operante en la historia,
así como de contemplar en ella,
en particular en la Iglesia primitiva,
la presencia de la misericordia de Dios en Jesús,
hecho cuerpo histórico en medio de los hombres,
en la coextensión del tiempo.

Para conocer el misterio de la voluntad de Dios en la historia

Espíritu Santo,
que procedes del Padre y del Hijo,
tú estás en nosotros, hablas en nosotros,
oras en nosotros, actúas en nosotros.
Te pedimos que des cabida a tus palabras,
a tu oración,
a tu inteligencia en nosotros
para que podamos conocer
el misterio de la voluntad de Dios
en la historia.
No te pedimos que tengamos acceso
a este misterio
como para podernos vanagloriar
de nuestra ciencia
e inteligencia de los tiempos,
sino únicamente para obrar
de manera digna del Señor,
para podernos dedicar más totalmente
al servicio del nombre y de la gloria
de nuestro Señor Jesucristo.

La gloria de Cristo en el hombre viviente

Espíritu Santo, Espíritu de sabiduría,
de ciencia, de entendimiento, de consejo,
llénanos, te pedimos,
del conocimiento de la voluntad del Padre;
llénanos de toda sabiduría
e inteligencia espiritual.
Abre nuestro corazón
al consuelo de tu don
para que podamos conocer el misterio
que se va revelando en el tiempo.
El misterio preparado desde siglos eternos:
la gloria de Cristo en el hombre viviente.
Y tú, María, fruto privilegiado y primero
de esta gloria de Cristo,
haz nuestro corazón sensible a los caminos de Dios,
a sus modos de manifestarse en nuestra historia.
Ayúdanos a caminar en su verdad
para poder encontrar su misterio.

Abre nuestros corazones

Espíritu de Jesús, tú que conoces nuestra vida,
nuestras pruebas, el peligro en que vivimos,
abre nuestros corazones
para que podamos recibir tu gracia
y podamos comprender lo que, en nosotros,
atenta a la esperanza.

Danos la luz para discernir
las vías del adversario en nuestra vida,
para no infravalorarlo,
para estar vigilantes, para prevenirle,
para poder luchar valerosamente
y salir victoriosos permaneciendo firmes en la fe.

Ven, Espíritu creador y creativo

Ven, Espíritu creador y creativo:
ven, Ley nueva y ábrenos los ojos
para que podamos contemplar el misterio de Dios
en su obrar en la historia.

Ven, Espíritu consolador,
y ábrenos el corazón para que podamos conocer
cómo nosotros, gracias a ti, somos parte creativa
de ese misterio.

Ven, Espíritu de Cristo,
y muéstranos el rostro de Jesús en la historia,
muéstranos el rostro de la Iglesia de Jesús.

El corazón de Jesús

Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en nosotros ese mismo fuego
que ardía en el corazón de Jesús,
mientras hablaba del Reino de Dios.
Haz que este fuego nos sea comunicado,

de la misma manera que se comunicó
a los discípulos de Emaús.
Haz que no nos dejemos vencer
o turbar por la abundancia de las palabras,
sino que detrás de ellas busquemos el fuego
que se comunica e inflama nuestros corazones.
Sólo tú, Espíritu Santo,
puedes encenderlo,
y a ti, pues, devolvemos nuestra debilidad,
nuestra pobreza, nuestro corazón apagado,
para que tú lo vuelvas a encender con el calor
de la santidad de la vida,
de la fuerza del Reino.
Danos, Espíritu Santo,
comprender el misterio de la vida de Jesús.
Danos el conocimiento de su persona,
aquel sublime conocimiento
por el que Pablo dejaba perder todo,
con tal de comunicar en sus sufrimientos
y participar en su gloria.
Te lo pedimos
por intercesión de María, Madre de Jesús,
que conoce a Jesús,
con la perfección y la plenitud de la madre
y con la perfección y la plenitud
de aquella que está llena de gracia.

Guíanos hacia la verdad

Ven, Espíritu del Padre y de Jesús,
guíanos hacia toda la verdad,
ayúdanos a permanecer en el amor de Jesús,
a recordar y a cumplir
todo lo que Jesús nos ha enseñado.
Haz que guiados por ti
podamos recordar las palabras
que nos decía Jesús cuando estaba entre nosotros:
Hemos dejado todo
y te hemos seguido.
Estábamos conquistados por su palabra
y por los gestos prodigiosos,
con que curaba las debilidades humanas.
Esperábamos con ansia el gesto definitivo,
que habría inaugurado su Reino en la tierra.
Pero él miraba siempre más allá,
hacia un centro misterioso de su vida,
que escapaba continuamente
a nuestra comprensión.
Hablaba de un alimento desconocido
que la voluntad del Padre
le estaba preparando.
Hablaba de una “hora”,
que habría de revelar plenamente
la gloria del Padre.
Cuando se cumplió la hora,
y fue la hora de la cruz y de la muerte,
nosotros nos fugamos.
Te pedimos perdón una vez más, Señor,
por nuestra vileza:
tenemos miedo

de un amor que se da hasta la muerte.
Te pedimos perdón por nuestra poca fe:
queríamos que Jesús salvase a los hombres,
midiéndole con proyectos de los hombres;
no creíamos en la energía prodigiosa
que manaría
de su obediencia filial;
no creíamos en el amor sin límites,
con que tú, Señor, creas, proteges,
salvas y renuevas la vida de cada hombre.
Espíritu del Padre y del Hijo,
aumenta en nosotros la fe,
como raíz de todo verdadero amor
para el hombre.
¿Cómo podemos testimoniar el amor?
Un día, un hombre,
bajaba de Jerusalén a Jericó
y fue asaltado por los ladrones.
Señor, aquel hombre nos llama.
Ayúdanos a no permanecer tras las paredes del cenáculo.
Jerusalén es la ciudad de la cena,
de la pascua, de pentecostés.
Por eso nos empuja fuera
para llegar a ser el prójimo de todo hombre
en el camino de Jericó.

Sin ti

Ven, Espíritu Santo,
porque sin ti Dios está lejos,
Jesús resucitado queda en el pasado,

el Evangelio aparece como letra muerta,
la Iglesia, una simple organización,
la autoridad, un puro ejercicio del poder,
la misión, una propaganda,
el culto, un arcaísmo,
el obrar moral,
un obrar de esclavos.
Contigo, por el contrario, Espíritu Santo,
el cosmos se pone en movimiento,
el resucitado se hace presente,
Dios está cerca
el Evangelio es fuerza de vida,
la Iglesia se hace comunión,
la autoridad es un servicio gozoso y fuerte,
la liturgia es memorial viviente,
el obrar humano, ético y moral,
es un camino fuerte y constructivo de libertad.

El Espíritu Santo en nosotros

Tenemos una gran necesidad de ti,
Espíritu Santo,
para conocer el camino por donde andar.
Tenemos necesidad todos
para que nuestro corazón esté abierto,
inundado de tu consuelo,
a fin de que, más allá de las palabras
y de los conceptos que sentimos,
captemos tu presencia,
Espíritu Santo, que vives en la Iglesia,
que vives dentro de nosotros,

que eres el huésped permanente
que continuamente modela en nosotros
la figura y la forma de Jesús.
Y nos dirigimos a ti, María, madre de la Iglesia,
que viviste
la plenitud embriagadora del Espíritu Santo,
que sentiste
su fuerza en ti,
que le viste operante
en tu Hijo Jesús;
abre nuestro corazón
y nuestra mente a su acción.
Haz que todo lo que pensamos,
hacemos o escuchamos,
todos los gestos y todas las palabras
no sean sino apertura y disponibilidad
a este único y santo Espíritu
que forma la Iglesia en el mundo,
que construye el cuerpo de Cristo en la historia,
que promueve el testimonio de fe
que consuela y conforta,
el que llena el corazón de confianza y de paz
también en medio de las tribulaciones y dificultades.
Danos, Padre, el santo Espíritu;
Te lo pedimos junto con María,
con san Ambrosio, con san Carlos
y con todos los santos
en el nombre de tu Hijo,
Jesucristo nuestro Señor.

9. Oraciones a María



Acoger a Jesús

Te pedimos, María, que nos ayudes a acoger
a tu Hijo que nace por nosotros
con la sencillez de los pastores,
con la humildad de José,
con la atención y la búsqueda de los magos,
con el amor con que los primeros y las primeras creyentes
lo acogieron,
para que también en nuestra vida
se renueve el milagro de Navidad
y brille sobre nosotros
la estrella de la esperanza
de la bienaventurada inmortalidad
que hoy nos ha sido revelada
y que se manifestará un día
al término de esta nuestra historia,
cuando todo reciba su sentido
y todas las cosas tengan su lugar y su plenitud
en la alegría del reino de Dios.

La alegría del Evangelio

María, tú que diste alegría abundante
a la familia de Caná,
da también a nuestra familia
el vino del Evangelio
y, sobre todo, haznos comprender
en qué consiste esta abundancia de alegría.
María, tú que haces el diagnóstico
de nuestra sociedad,
y de todo aquello que a veces nos aflige
como cristianos,
advirtiéndolo a tu Hijo:
¡no tienen vino!,
haz que nuestro corazón se abra
a la verdadera alegría del Evangelio.
Danos, Madre, comprender
lo que realmente tiene valor,
porque la alegría del Evangelio es, precisamente,
del Evangelio,
no simplemente una alegría,
sino la que viene de la acogida ilimitada
de la iniciativa de amor por mí,
en Jesús crucificado.
María, abre nuestro corazón
para que no seamos sordos a esta tu palabra:
¡no tienen vino!
Abre nuestro corazón
para que nos dejemos reprochar por ti
como merecemos
y podamos así obtener
el don de la reconciliación y de la alegría
que Jesús prepara para nosotros.

La pascua con María

Con tu resurrección, Jesús,
eres para nosotros presencia ligera y fuerte,
Espíritu Santo que penetra el fondo de los corazones,
y nos hace transparentes a tu mirada,
disponiéndonos a una mutua transparencia fraterna.
Nosotros no tememos más
ni a la enfermedad ni a la muerte
ni a la tristeza ni a la soledad,
que son los grandes perturbadores de las vidas humanas,
operarios malignos de incomunicabilidad.
El poder inefable de Dios
que dijo al inicio del mundo:
“Hágase la luz y la luz fue”,
pertenece ahora directamente a Jesús
en el que se ha encendido la palabra de la luz,
a fin de que su cuerpo salga de las tinieblas de la noche
y surja también en nosotros a la luz de la vida,
de la transparencia fraterna,
de la comunicación sencilla,
de la esperanza sin sombra ni sospecha.
Danos, María,
participar en la alegría inmensa de tu pascua,
participar en esta tu comunicación suprema
e ininterrumpida con el Hijo.
Danos, Madre,
la plenitud del Espíritu Santo
que invadió tu corazón
en el momento de la resurrección de tu Hijo Jesús,
y haz que podamos participar en aquel amor;
en aquella esperanza que desde la pascua
se comenzó a difundir por toda la Iglesia.

Contemplando a María

María, tú sabes que no podemos hablar de ti.
¡Tan grande eres!

Te pedimos que nos hables tú misma a nosotros,
que hables a nuestro corazón
con aquel lenguaje interior
que también nosotros somos capaces de percibir
cuando tú nos hablas.

María, pon orden en nuestra vida,
¡reconcilia en nosotros la mente, el corazón y la acción!
Danos el sentido de la inmediatez,
el sentido de la presencia del bien,
y haz que, a través de esta atención a lo concreto,
podamos encontrar entre nosotros a tu Hijo Jesús.

La madre de la ternura

María, madre de la ternura,
danos la gracia no sólo de decir o saber
qué es la ternura,
sino de vivirla.

¡Derrite el corazón endurecido,
dobla y haz sencillo mi espíritu y mi corazón!

La señora de la reconciliación

María, tú que eres la señora de la reconciliación,
guíanos por los caminos de la verdad;

haznos capaces de dar
lo que gratuitamente hemos recibido,
ayúdanos a contemplar el camino
que el Espíritu de tu Hijo Jesús
hace cumplir a nuestra Iglesia;
pon en nuestro corazón y en nuestros labios
el himno de reconocimiento y de alabanza al Padre
de quien todo desciende y a quien todo retorna.

María junto a la cruz

María,
te contemplamos junto a la cruz de Jesús
identificada con su dolor,
¡lo mismo que la cananea
está ensimismada en el dolor
y en el sufrimiento de su hija!
Te contemplamos intrépida,
imperturbable como la cananea,
hasta tal punto que puedes recibir en este instante
una misión universal,
que dé tu dolor personal
te lleva a la participación
en todos los sufrimientos del mundo
y también en los nuestros.
Enséñanos, María,
a identificarnos con tu Hijo,
con sus dolores y con los dolores del mundo;
a ser como tú, intrépidos,
por la gracia del Espíritu Santo

que invocamos del Padre
sobre nosotros
en el nombre de Jesús.

Me entrego a ti

María, me entrego a ti.
Tú sabes que te amo,
conoces mi debilidad y fragilidad,
sabes que, aun creyéndome dispuesto,
queriendo, incluso, desear solamente
el amor del Señor,
me lamento como águila herida
cuando me veo privado de algo
que considero importante.
Te ruego, Madre, que intercedas
para que Jesús me guíe con su fuerza
en la salida de Egipto
hacia la conquista de la tierra de Canaán.
María, ayúdame a mirar dentro de mí
y en mí con aquella mirada de verdad,
de libertad, de simplicidad
que me sitúa en el justo camino de la cruz
y de la resurrección,
el camino que tú recorriste
en la fe y en la alegría.

Llorar contigo

María, testigo de todos los acontecimientos
de la vida de Jesús,
haznos entrar en el misterio de la cruz;
infunde en nuestro corazón
aquel espíritu de gracia y de oración,
de súplica y de compunción
que el Señor quiere volcar sobre su ciudad
en los últimos tiempos.
Queremos rogarte con palabras antiguas:
“Fac me tecum pie flere,
crucifixo condolere,
donec ego vixero”.
Hazme que llore contigo toda la vida
un llanto y un espíritu de súplica
que no cese nunca
y que riegue continuamente la tierra del alma,
ablandando las parcelas duras del corazón.

Reina de la acogida

María, ¡haz que te conozcamos,
que te comprendamos,
que acojamos tu acción
dominadora y salvadora!
Haz que seamos reinas de la comunicación
en la Iglesia:
de la comunicación atenta, discreta,
sincera, auténtica, que es el deseo quizá más vivo
del corazón del hombre y de la mujer de hoy.

Tú sabes que contra este deseo
suelen surgir obstáculos gigantescos,
como castillos de humo
que impiden la comunicación
a nivel de verdad y de humanidad.
Danos a nosotras
y a todas las mujeres de este mundo
ser como tú fuiste,
ser como tú nos quieres.

La esclava del Señor

María, háblanos tú
porque nosotros no sabemos hablar de ti:
háblanos, pues, tú a nosotros.
Intuimos que el misterio de la Anunciación
está vinculado al de la cruz:
el uno explica al otro,
uno es raíz del otro.
Tú, que bajo la cruz viviste la muerte de tu Hijo
y el amor infinito del Padre hacia el hombre,
haznos comprender
las raíces misteriosas de este amor
y penetrar en tu “sí” el deseo del Padre,
de quien todo nace,
al que todo retorna y se reconduce.

La pérdida de Jesús

Te pedimos, María,
¡que nos ayudes a reflexionar sobre un episodio
tan doloroso y misterioso de tu vida!
Tú nos has enseñado
que para comprender el misterio de tu presencia
cerca de la cruz,
debemos reflejarlo
en otros misterios de tu vida,
y algo de tu sufrimiento
lo vemos anticipado
en los días de tu búsqueda de Jesús en Jerusalén.
Tratando de penetrar en este misterio,
te pedimos poder venerar tu secreto
con amor y humildad.
No queremos sondear en los meandros de tu psique,
tan sólo queremos
ser iluminados por tu camino
para comprender las palabras que dijiste
y que, al decirlas,
nos enseñaste por qué saboreamos su sentido:
“Hijo, ¿por qué has hecho esto?”
Danos participar en el amor materno
con que viviste la oscuridad y el sufrimiento
en unión con Jesús.
Haz que en nuestra búsqueda no haya
nada de indiscreto y de excesivo
sino que todo sea alabanza, respeto, reverencia,
por el misterio viviente que eres tú
y por el misterio que somos nosotros, tus hijos,
que ahora nos doblegamos en tu camino.

Incomprensión del misterio

María, ¡son tantas las veces en que no llegamos a entender el designio de Dios! Haz que la humildad y el sufrimiento de tu incomprensión de las palabras de Jesús en el templo sean sostén contra la intolerancia, contra el orgullo, y, a veces, contra la soberbia de nuestra incomprensión. Cura, con tu dulzura y perseverancia, con tu silencio paciente, la rebelión que a menudo acompaña nuestras reflexiones sobre nuestra vida, sobre la vida de la comunidad de la Iglesia. Danos participar en tu “sí” que se mantiene tal en la más dolorosa oscuridad, en la incomprensión sufrida, hasta el momento de la cruz y de la Resurrección.

“Haced lo que él os diga”

Concedéndonos, María, que participemos en la comprensión práctica, fruto del espíritu contemplativo, de la misma manera que quieres que participemos en tu fuerza en la prueba, en la obediencia a la voluntad de Dios, en la confianza en el Señor y en la vida. Danos adorar a tu Hijo en la eucaristía para poder escuchar su palabra y hacer lo que él nos diga.

Contigo, María

María, Madre de Jesús y madre nuestra, nos ponemos contigo junto a la cruz de tu Hijo, con el deseo de que nos hagas entrar en el misterio de su vida y de su muerte; permanecer en su corazón; estar a sus pies en escucha y contemplación. Suscita en nosotros, María, los sentimientos de participación en el sufrimiento de Cristo y del mundo que hiciste tuyos. Tú ves lo imperfectas que son nuestras palabras y lo lejos que están nuestros conceptos de esta verdad que tú viviste. Ayuda a cada uno de nosotros, a orar en silencio, a adorar. Danos la alegría, con tu Hijo, por la gracia del Espíritu Santo que invocamos del poder del Padre.

El retoño

María, madre nuestra, tú estás aquí en medio de nosotros y nosotros somos tu pueblo, pequeño retoño que se apoya en ti, lo mismo que Juan se apoya en ti bajo la cruz,

y grupo que camina contigo,
con los apóstoles
y con sus sucesores
hacia la plenitud mesiánica.
¡Alcánzanos, María,
esa comunión del Espíritu Santo
que brota del corazón traspasado de tu Hijo Jesús,
nuestro hermano,
y haz de nosotros un pueblo de santos
que nos permita vivir
en la comunión de los santos misterios!

Oración por Europa

Quiero hablarte de Europa, María,
que se prepara a celebrar
el acontecimiento del año dos mil.
¿Cómo nos encuentra, Madre, este acontecimiento?
El Evangelio nos dice que a tu saludo,
el niño saltó de gozo en el vientre de Isabel,
e Isabel exclamó:
“Bendito el fruto de tu seno,
porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo
saltó de gozo el niño en mi seno” (cf. Lc 1, 39-45).
Nosotros nos preguntamos ante ti:
¿Saltan de gozo los niños de Europa
en el seno de sus madres?
¿Exultan de gozo todos
con la esperanza de la vida que viene,
de un amor que les acoge,
de una ternura que les recibe,

que recibe incluso a aquellos
que podrían nacer con dificultad
en situaciones penosas para la familia?
¿Existe en los niños de Europa que están en el vientre
esta esperanza que nosotros estamos preparando
para ellos,
un futuro de amor, de acogida, de paz?
Esto es lo que abruma nuestro ánimo, María,
pensando en el dos mil,
en esta Europa que envejece,
en esta sociedad harta, desilusionada,
que tiene miedo de vivir y de dar vida.
Haz, Madre, que este salto de gozo en el seno
sea para todos un salto de esperanza y de confianza
de que existe una humanidad buena,
que existen padres y madres
capaces de recibir con amor,
que allí donde es difícil la situación
hay Iglesias y sociedades dispuestas a hacerse cargo
del futuro de aquellos que están por venir a la vida.
Haz, María, que el año dos mil
nos encuentre en una Europa
que no mira solamente su pasado,
que no piensa en la supervivencia
de un mundo de ancianos,
sino que dirige sus ojos con alegría y confianza
a un futuro lleno de vidas humanas.
Y por esto, enséñanos, María,
a vivir con serenidad nuestra vida,
a hacer con alegría los sacrificios cotidianos,
a aceptar alegremente las pequeñas renunciaciones
que templan el cuerpo y el espíritu
y dan sabor a la existencia.

Oración por Rusia

Quiero pedirte por Rusia, María.
Tú que fuiste tan venerada
en aquel país que desde hace mil años te llama
“¡reina, Madre de Dios,
madre de la ternura,
madre de la misericordia,
madre de la esperanza!”
Ciertamente la profecía evangélica:
“Todas las generaciones te llamarán bienaventurada”
ha quedado viva y presente en el pueblo ruso,
a pesar de los sufrimientos y dolores,
en particular de estos setenta últimos años.
Yo he visto con mis ojos, María, multitudes inmensas,
en condiciones climáticas adversas,
clavadas de rodillas durante horas y horas en oración,
mirando a lo lejos una imagen tuya,
oyendo entonar cánticos en tu honor.
Tú que vives en el corazón de aquella gente
y que mantienes intacta la llama de la fe;
tú que “has dispersado a los soberbios
en los pensamientos de su corazón
y has desplegado el poder de tu brazo”
a lo largo de los siglos,
continúa, te suplico,
sosteniendo a Rusia en el ánimo de su fe,
sobre todo en este momento
en que sus expresiones públicas,
casi como por encanto,
resurgen como un inmenso grito de júbilo.
Haz, María, que este júbilo no se apague,
sino que aumente,

que sea capaz de conquistar
a todas las nuevas generaciones
y repercute benéficamente
en todos los ángulos de la tierra.
Que de verdad,
como pide el papa en su carta
por el milenio del bautismo de Rusia,
Europa vuelva a respirar
con sus “dos pulmones
de oriente y de occidente”,
a pleno pulmón,
el hálito de Dios
que es también la respiración de la humanidad.
Si esta Iglesia ha permanecido
a pesar de todo, presente,
se lo debe, por cierto, a su gran amor por ti,
María,
que has conservado la antorcha en tantos corazones
y que al calor de su fe paciente,
vivificarás también la nuestra,
con frecuencia tan fácil, demasiado obvia,
a fin de que sepamos realizar sacrificios
por la fe
y honrarte no sólo con los labios
sino con el don del corazón y de la vida.

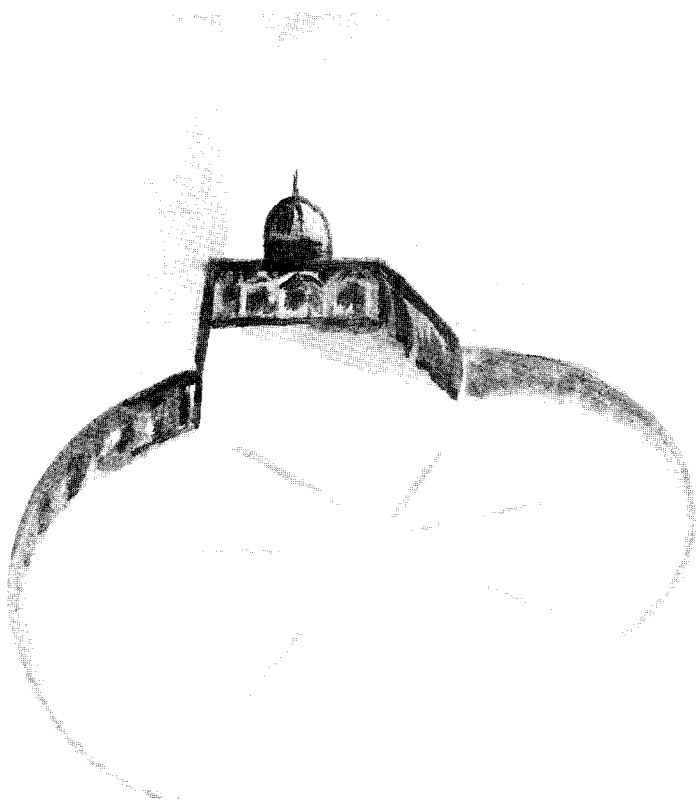
Oración por el mundo

Permíteme ahora, Madre,
ensanchar el ámbito de mi oración
a todo el mundo.

Tú dijiste, en tu cántico de alabanza al Padre:
“Has colmado de bienes a los hambrientos
y has despedido a los ricos con las manos vacías”.
Mira ahora a este mundo
que, a diez años de la muerte de Pablo VI,
a veinte años de la encíclica *Populorum progressio*
sobre el desarrollo de la paz en los pueblos,
en el año diez del pontificado de Juan Pablo II,
sigue todavía dividido, con hambre, preocupado
por su futuro y el de sus hijos.
Tú que has glorificado
a aquel que colma de bienes a los hambrientos,
ayuda a cada uno de nosotros a promover
el desarrollo de los pueblos,
la justicia entre las naciones,
a ser servidor de la paz entre todos los hombres.
Suscita, María, en la humanidad
deseos y propósitos de paz,
y para ello, infunde
deseos de justicia, de perdón,
suscita capacidad de don y de servicio.
Si estamos delante de ti, Madre,
es porque queremos escuchar la oración
que tú haces por el mundo,
y porque no queremos irnos de aquí
con las manos vacías.
Queremos salir de este tu santuario
con la certeza de haberte hecho, una vez más,
don de nosotros mismos por la justicia, por la paz,
la verdad y el amor entre los pueblos.
Haz, María,
que este nuestro humilde testimonio
que rendimos en nombre de todos los jóvenes

de nuestra diócesis,
sea un testimonio que,
rechazando la inercia y el aburrimiento de la vida,
el consumismo y el derroche,
el ocio y la pérdida de tiempo,
las divagaciones inútiles,
se convierta en búsqueda de amor,
de compromiso voluntario,
de obras de paz.
Y lo sea desde aquella primera célula de la vida
que es la familia;
desde aquella primera célula de la Iglesia
que es la parroquia,
soñando grandes ideales,
altísimos ideales mundiales, universales,
a partir de lo concreto
de nuestro centímetro cuadrado
que pisamos todos los días.
Es aquí, en la decisión de claridad
de nuestros propósitos
por las pequeñas realidades que forman
nuestra existencia,
donde trabajamos por la humanidad entera.
Entonces no nos retiraremos
ni siquiera frente a llamadas más grandes,
ni tampoco frente a sacrificios
que se nos exijan.
Con tu ayuda, María,
no temeremos los sufrimientos,
las dificultades, los momentos oscuros y difíciles
con tal de que la humanidad llegue al año dos mil
en la paz y en la justicia.
No temeremos porque nos entregamos a ti,

nos dejaremos conducir por ti
y tu corazón inmaculado nos inspirará
y nos dará la victoria.
Alabanza a ti, María,
que por Cristo Jesús das una vez más
victoria a nuestra Iglesia
y das victoria a la vida, a la paz
y a la justicia en toda la humanidad.



10. Oraciones por la Iglesia

El misterio de la Iglesia

Danos, Señor, que meditemos
sobre el sentido del misterio de la Iglesia
para poder llevar la responsabilidad eclesial
que cada uno debe asumir
en la propia comunidad.

Danos contemplar este misterio
del que somos parte

y del que estamos llamados a ser constructores.

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡porque eres misterio!

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡porque eres pueblo de Dios!

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡por tu jerarquía!

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡por tu laicado!

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡por tu santidad!

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡por tus religiosos y religiosas!

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡por tu destino eterno!

Bienaventurada tú, Iglesia, ¡por tu Madre María!

Una Iglesia santa

Señor Dios, Padre nuestro,
que te revelaste a nosotros en tu Hijo Jesucristo,
danos una efusión abundante
del Espíritu de santidad.
Te alabamos y te bendecimos
porque en los diversos dones hay un solo Espíritu,
en los diversos modos de servirte sólo uno es el Señor
en los muchos tipos de actividad sólo uno eres tú, Dios,
que operas todo en todos.
Haz que nuestras comunidades
puedan crecer y caminar en tu temor,
Padre de la vida y del amor;
haz que nuestras comunidades
experimenten la plenitud del consuelo
aun en medio de los inevitables sufrimientos.
Danos tu espíritu de paz y de alegría
a fin de que podamos recorrer los caminos del mundo
difundiendo dondequiera el espíritu del Evangelio,
y todos los hombres sepamos reconocerte,
único Dios verdadero,
y a aquel a quien enviaste, Cristo Jesús.
Infunde en nosotros, Señor, la plenitud de la caridad,
esa caridad por la que
si un miembro sufre
todos los miembros sufren juntamente;
y si un miembro es honrado
todos los miembros se alegran con él.
Esa caridad que hace que nos sintamos
cuerpo de Cristo y sus miembros.
Envíanos el Espíritu de amor,
de acogida, de gratitud,

el espíritu de paciencia y de paz.
Une nuestros corazones en la confesión y en el grito:
¡Jesús es el Señor!,
ese grito que nadie puede decir
si no es guiado por el Espíritu Santo.
Te lo pedimos, Padre,
por el mismo Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro.

Cristo, fin de la Iglesia

Te pedimos, Señor,
pongas en nuestro corazón
la intuición del fin de la Iglesia.
Este fin, a la postre, eres tú mismo
en tu plenitud, es el Reino de Dios
manifestado en ti.
Y es tu plenitud,
Señor de la gloria y de la historia,
que nos atrae irresistiblemente.
Con demasiada frecuencia nos hemos olvidado de ti
y no somos por ello dignos de tu don.
Nos hemos contentado con la gestión
de los equilibrios cotidianos
sin dejarnos atraer por ti,
por el fin de la Iglesia
que nos desequilibra continuamente
porque nos saca fuera de nosotros.
¡Pero nosotros, Señor, confesamos nuestro pecado!
Si tú infundes este fin en nuestro corazón,
estaremos en paz
y podremos entender el significado

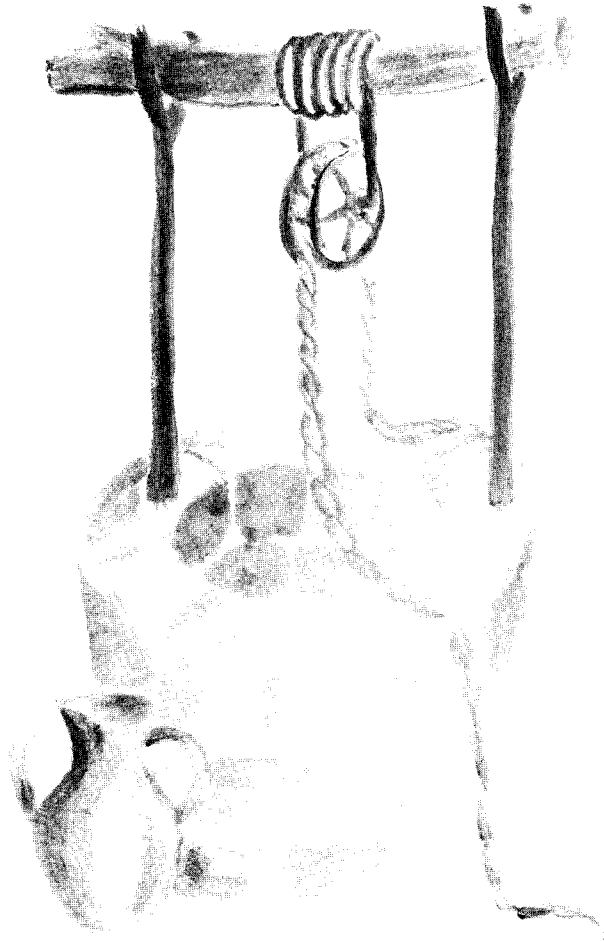
de las cosas que nos suceden;
podemos entender qué es,
en eso que nos preocupa,
lo que lleva al fin de la Iglesia
y lo que, por el contrario, se opone.
Llamándonos a ser sacerdotes, Señor,
nos llamaste a aceptar
la instancia del fin de la Iglesia
y a dejarla brotar abundantemente
del tesoro del Espíritu que nos diste.
¡Vuelve tu mirada sobre nosotros
y penetra nuestro deseo!
Permanece tú en nuestro corazón, en nuestra mente,
en nuestros labios y en nuestras manos
para que este fin se realice
también por mediación nuestra.
Te lo pedimos por intercesión de María,
Madre tuya y madre nuestra,
que es la imagen del fin de la Iglesia.

Los testigos de la Iglesia apostólica

Te damos gracias, te alabamos
y te bendecimos, Señor,
porque no sólo te has manifestado
en la riqueza y en el poder
de tu vida y de tu muerte,
en tus palabras y en tus milagros,
en los sufrimientos
y en la gloria de tu resurrección,
sino que continúas manifestándote

en el misterio de tu Iglesia.
En ella, Señor, vives,
en ella difundes tu Espíritu,
en ella difundes tu Palabra,
en ella nos proteges,
en ella consuelas los sufrimientos de los hombres,
en ella y por ella tú creas un cuerpo visible
que es la luz de la historia,
signo e instrumento de unidad para el género humano.
Y nosotros, que contemplamos con agrado
tu pasión y tu gloria,
te pedimos, Señor,
poder contemplar el misterio de tu cuerpo
extendido en el tiempo
y de contemplarlo como tu realidad.
Señor, tú que nos das a ti mismo en la eucaristía
y, mediante ella,
nos construyes como tu cuerpo histórico en el tiempo,
haz que te podamos contemplar
en el misterio eucarístico y en el misterio eclesial.
Haz que podamos conocer
la grandeza de la esperanza
a la cual nos llamas mediante la vida,
el servicio, el ministerio
en este cuerpo que es tuyo
y que difunde tu esplendor en el tiempo,
a la espera de la plenitud de la gloria.

11. Oraciones por los adolescentes



Gracias por habernos reunido

María, te damos gracias
porque es don tuyo habernos reunido
durante algunos días de ejercicios.
Te damos gracias porque nos encontramos todos juntos
para escuchar contigo a Jesús.
Haz que le conozcamos como tú lo conoces.
Haz que sepamos hacerlo oración y escucharlo
como tú lo haces oración y lo escuchas.
Sostén los momentos fáciles y los momentos difíciles
de nuestras jornadas
y haz que las tentaciones no nos turben
ni nos espanten.
Quédate siempre cerca de cada uno de nosotros
en el día y en la noche,
en todo instante de nuestra vida.
Tú, sede de la sabiduría, ruega por nosotros;
tú, auxilio de los cristianos, ruega por nosotros;
tú, refugio de los pecadores, ruega por nosotros.
¡Jesús, haz que yo te conozca,
haz que te conozca como me conoces tú,
haz que me conozca como tú me conoces!

Natanael

¿Qué diría yo en el puesto de Natanael?
Natanael no era probablemente muy estimado,
no era un personaje importante.

Yo, entonces, diría:

Gracias, Jesús, porque me conoces de verdad,
porque me has entendido
y has comprendido que valgo algo.

Gracias porque te preocupas de mí,
piensas en mí, me estimas.

Gracias, Jesús,

porque ves también el poco bien que hago
y sabes valorar lo que, quizá,
ni mis compañeros

y menos mis superiores comprenden de mí.

Gracias porque me conoces más a fondo que todos
y ves el bien que tú has puesto dentro de mí.

La samaritana

¿Qué diría en el puesto de la samaritana?
Gracias, Señor,
porque conoces cuán poco valgo,
porque conoces mis derrotas
y las conoces con amor.

Gracias porque conoces
todas mis negligencias,
mis cobardías

que casi ninguno conoce.

Gracias porque conoces mis pecados,

mis perezas,
mi somnolencia,
mis embustes,
mis rabietas
y mis contiendas;
tú, sin embargo, las conoces con amor,
no te espantas por ellas
y estás a mi lado igualmente;
las conoces y quieres que mejore.
Jesús, ¡tú ves en qué situación estoy!
Algunas veces no sé ciertamente
a qué parte volverme;
soy como la samaritana,
una pobre mujer sin cultura ni instrucción,
soy incapaz de salir de la situación
en que he llegado a encontrarme.
Tú me conoces, Jesús,
y esto me basta.
Jesús, tú me conoces y esto me basta:
sabes que soy así y me quieres bien así,
me ayudas a caminar así,
también cuando tropiezo,
también si no soy el mejor de la clase.
Tú me ayudas siempre;
aunque no sea el primero ante los demás,
me quieres lo mismo.
Estoy contento de saber
que me conoces así.

Los apóstoles

Gracias, Señor,
porque sabes también
lo que yo no sé de mí.
Tú, sin embargo, Jesús, ¡me conoces y me entiendes!
Estando contigo,
poco a poco me conoceré también mejor.
Mi modo de discutir era equivocado,
como lo era también
el modo de discutir de los apóstoles,
y estoy contento de saber que tú
me conoces mejor que yo,
que conoces que me cuesta aclararme a mí mismo.
¡Señor, me entrego a ti!

Abrahán

Jesús, ¡haz que caminemos siempre
ante ti!
Tú sabes que tenemos miedo
del juicio de los demás;
que cuando los demás nos ridiculizan
nos entristecemos y nos enfurecemos.
Sin embargo, cuando pensamos en ti,
nos acordamos que lo único importante
es el juicio que tú tienes de nosotros,
es lo que tú nos dices.
Ayúdame, Señor,
a vivir estos días de ejercicios
en secreto,

guardando, por tanto, silencio,
orando, no para hacerme notar de mis compañeros,
no para que me alaben,
sino porque sé que tú me conoces.
Haz que yo conozca el modo maravilloso
con el que me conoces,
porque, entonces, ya no seré hipócrita,
no estaré triste;
seré una persona libre y llena de alegría.
Ven, Espíritu Santo,
y llena nuestros corazones
del conocimiento de Jesús;
¡ensancha nuestro corazón para que podamos conocer
la amplitud de su conocimiento!
María, Madre de Jesús, ayúdanos a comprender
que Jesús nos conoce iluminando;
tú, que eres la fuente de nuestra alegría,
ruega por nosotros.

Ilumina mi vida

Jesús, también yo estoy a tus pies,
tengo la dicha de estar ante ti
que estás en el tabernáculo como eucaristía.
Tendría ganas de cantarte mis méritos,
pero prefiero reconocer
que tengo errores y pecados.
Señor, no soy siempre como querría ser,
no siempre rezo contento,
a menudo me dejo vencer de las distracciones.
Señor, con frecuencia me meto con mis compañeros,

soy envidioso, tengo resentimientos, me irrita
y expreso mi ira con palabras y gestos.

Señor,
innumerables veces no dejo el primer puesto a los otros,
me pongo yo en el primer puesto
convencido de que me pertenece.

Señor, ilumina
mi vida,
hazme entender quién soy verdaderamente,
entra en mí como luz
que ilumina, purifica, calienta,
haz que me deje conocer de ti hasta el fondo...
Señor, querría poderte gritar,
como el ladrón,
¡que te acuerdes de mí en la hora de mi muerte!
He obrado mal, es cierto, pero confío en ti.

Conocer a Jesús

María, Madre de Jesús,
ayúdame a aceptar a Jesús como luz
en mi vida.

Tú ves que hay en mí tinieblas
que yo mismo no conozco.
Haz que no se resistan a la luz de Jesús
sino que se abran a él
en el examen de conciencia,
en la confesión,
en la dirección espiritual,
en la meditación
y en la escucha de la palabra de Jesús.

María, tú que permitiste a Jesús
iluminar tu vida,
ayúdame a fin de que en todo momento de mi vida
yo haga que Jesús ilumine mi conciencia.
Haz que yo pueda conocerlo como amigo,
¡mi Salvador y Redentor!
Dame, María, esta gracia
y dánosla a todos nosotros,
a todos los muchachos y muchachas
que quizá tienen mejor buena voluntad que yo,
pero que no han dispuesto de los dones que he tenido yo.
Haz que me deje iluminar de Jesús
también por ellos.
Te ruego, Madre,
que me hagas reconocer los grandes dones
que se me han dado
y de los que soy responsable,
para que todos mis compañeros puedan crecer
en la verdad y en el amor,
puedan conocer a Jesús como lo conozco yo.

Nos llamas ante ti

Te damos gracias, Señor Jesús,
porque nos llamas ante ti.
Tuya es la Palabra que escuchamos
y no palabra de hombres;
tú hablas a nuestro corazón.
Eres tú quien nos hablas con amistad,
y es a ti a quien damos gracias
por las muchas cosas que nos has dado.

Y nosotros, Jesús, ¿qué te daremos?
Haz que hoy sepamos darte algo
importante,
haz que te conozcamos como tú nos conoces
para que podamos ser verdaderamente tus amigos,
lo mismo que tú eres amigo nuestro.
María, Madre de Jesús,
sede de la sabiduría
y ayuda de los cristianos,
ruega por nosotros.

El salmo 138

Señor, ¡nosotros apenas sabemos orar!
Envía tu Espíritu
para que rece el salmo por nosotros
para que nos enseñe la verdadera oración.
Tú que inspiraste al salmista,
inspira nuestro corazón
para que podamos leerlo
con aquel amor
con que lo rezó Jesús,
con que lo rezó María.
Haz que lo leamos
con aquel amor
con que lo rezaron tus santos:
Ambrosio, Carlos, Agustín.
Queremos rezarlo junto
con todos los santos
del cielo y de la tierra,
con toda la Iglesia diocesana de Milán,

con nuestros padres,
nuestros hermanos y hermanas,
con todos aquellos que en este momento
están bajo la mirada de Dios:

“Señor, tú me escrutas y conoces.
Sabes cuándo me siento y me levanto,
mi pensamiento calas desde lejos,
observas si voy de viaje o si me acuesto.

Familiares te son todas mis sendas.
Que no está aún en mi lengua la palabra,
y ya tú, Señor, la conoces entera.

Me aprietas por detrás y por delante,
y tienes puesta sobre mí tu mano.
Ciencia es misteriosa para mí,
harto alta, no la puedo alcanzar.

¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu,
a dónde de tu rostro podré huir?
Si hasta los cielos subo, allí estás tú,
si en el seol me acuesto, allí te encuentras.

Si tomo las alas de la aurora,
si voy a parar a lo último del mar,
también allí tu mano me conduce,
tu diestra me aprehende.

Aunque diga: ‘Me cubra al menos la tiniebla,
y noche sea la luz en torno a mí’,
la misma tiniebla no es tenebrosa para ti
y la noche es luminosa como el día.

Porque tú mis riñones has formado,
 me has tejido en el vientre de mi madre;
 yo te doy gracias por tan grandes maravillas:
 prodigio soy, prodigios son tus obras.

Mi alma conocías cabalmente,
 y mis huesos no se te ocultaban,
 cuando era yo hecho en lo secreto,
 tejido en las honduras de la tierra.

Mis acciones tus ojos las veían,
 todas ellas estaban en tu libro,
 escritos mis días, señalados,
 sin que ninguno de ellos existiera.

Cuán arduos me son, oh Dios, tus pensamientos,
 qué incontable su suma.
 ¡Son más, si los recuento, que la arena,
 y al terminar, todavía estoy contigo!

Sondéame, oh Dios, mi corazón conoce,
 pruébame, conoce mis desvelos;
 mira no haya en mí camino de dolor,
 y llévame por el camino eterno”.

Las oraciones están tomadas de 35 distintas publicaciones del Cardenal Martini y la recopilación se ha hecho con la autorización y los permisos correspondientes.

Indice

PRESENTACION Y UTILIZACION	7
INTRODUCCION	9
PARTE PRIMERA: La oración	11
La oración	13
Educación para la oración	14
Entrada en la oración	16
Se requiere un método	18
La dimensión contemplativa de la vida	18
El silencio... ..	19
...y la escucha	22
Oración y ser del hombre	24
La persona, protagonista de toda oración	25
Eucaristía e Iglesia	27
Dar, “cuerpo” y “sangre” de rodillas	29
Fe, esperanza y eucaristía	30
La educación para la oración silenciosa	32
La meta	32
Los instrumentos	33
Los ámbitos	35
Programar y unificar	37
Escuela práctica de oración	38
La oración, fruto de la humildad	39
La oración, don del Espíritu Santo	40
La oración, alegría del corazón	41
“Cuando oréis, no seáis como...”	42
“Vosotros orad así...”	45
Gemidos de la oración, gemidos de la creación	46
Dar confianza a la oración	48
“Heme aquí...”	49

¿Cómo será esto?	50
¿Qué es la "Lectio Divina"?	52
Un tema para la "Lectio Divina"	53
La importancia de la contemplación	72
Lectio divina y compromiso histórico concreto	73
La oración del "Cristo total"	77
La oración de los salmos	78
La Iglesia que ora	79
Dos objeciones	81
"Todo viviente alabe al Señor"	84
¿Sabe el hombre de hoy alabar a Dios?	84
¿Por qué alabar a Dios?	85
¿Cómo alabar a Dios?	86

PARTE SEGUNDA: Las oraciones-don, relación, experiencia

89	
1. Oraciones para conocer al verdadero Dios y su voluntad	91
Nuestra poca fe	91
El misterio de Dios	91
El tiempo de Dios	93
El Padre está "en lo secreto"	93
Conocer a Jesús, Hijo del Padre	95
Llamados a ser como Jesús	96
Tu amor gratuito	97
El amor de misión	99
El misterio de la vida de Pablo	100
Comprender la misericordia	101
Si no entender, por lo menos amar	102
El "sublime conocimiento" de Cristo	103
Abre nuestros ojos	104
Hazme conocer el camino	105
Por ti suspira mi carne	106
Señor, tú eres mi Dios, te busco	107
Conocer al Padre	108
Señor, tú eres mi lámpara	109

Pedro, enséñanos a conocernos a nosotros mismos ..	109
El orden interior	111
"Es el Señor"	112
Muéstranos tu rostro	113
Los ojos limpios	114
Las manifestaciones de Jesús	115
La paz que procede de la fe	117
Nuestra responsabilidad	117
El designio de Dios	119
2. Oraciones de abandono y de confianza	121
En coloquio contigo	121
Hacia el monte de la contemplación	122
El agua viva, el pan, la luz	123
Tú eres la vida	124
"En tus manos"	126
"Sin ti nada podemos hacer"	127
El vaso de arcilla	128
¡Desbloquéame!	129
Ante ti	130
La entrega suprema	131
Señor, ¡purifícame enteramente!	132
Te proclamamos, Señor, por todos los jóvenes	133
3. Oraciones para responder a la oración cristiana	135
"¡Sal de Egipto!"	136
"¡Echad las redes...!"	137
"Sígueme"	138
El camino de la comunión fraterna	140
El sentido de nuestro camino	142
Una sola cosa en Cristo	143
Lavarnos los pies unos a otros	144
La conciencia de nuestra misión	145
"Viendo la multitud, se compadeció de ella..."	147
"Sólo tú tienes palabras de vida eterna"	147
Ver al Padre en Jesús	149
Unidad de vida y de oración	151

Consolar a los hermanos	154
Servirte con humildad	155
“Velad”	155
Más alegría en dar que en recibir	156
Llegar a ser lo que somos	158
Si tú nos das	159
4. Oraciones de adoración, alabanza, acción de gracias:	161
Ven, Señor Jesús	161
Te alabamos	163
Mi pastor	164
Te doy gracias	165
Adorar al Padre	166
La luz del Resucitado	167
Por la eucaristía	170
El don de la eucaristía	171
En el centro de nuestra vida	173
Himno de alabanza y de acción de gracias	175
Tú estás siempre conmigo	176
Gracias por la gloria de los santos	177
Tus palabras en nuestra boca	178
El amor con que nos has querido	179
El ideal último y definitivo	180
Nuestra pobreza	180
Nuestra distancia del proyecto-Iglesia	182
En la escuela de Jesús	183
El objeto de nuestros deseos	184
Una sola cosa	185
Nos has llamado amigos	187
Con los discípulos de Emaús	188
No nos abandonas nunca	191
Gracias por la familia	192
A Jesús presente (Entrada a los Ejercicios Espirituales) ..	194
5. Orar la Palabra	195
La Palabra de Dios	196

Las maravillas de la Palabra de Dios	197
Las raíces de la Iglesia	197
Eficacia de la Palabra	198
Escuchar atentamente	199
La invitación de Caná	201
La voz del Espíritu	202
La Palabra de Dios está viva	203
Responder a la Palabra	204
6. Oraciones en la prueba	205
El misterio de la prueba	206
La prueba de María	207
Sufrir con humildad	208
Oración en la soledad	210
Oración en la desolación	210
El grito del corazón	211
Ayúdame a reconocer mi debilidad	212
La paz de Dios	213
7. Oraciones a Jesús crucificado	215
Ante la cruz	215
La pasión de Jesús	216
Evangelizar en la pasión	217
Adorando la cruz	219
Junto a la cruz	219
Conocer la cruz	220
Contemplando el crucifijo	221
El costado traspasado	223
8. Oraciones al Espíritu Santo	227
Ven, Espíritu Santo	227
Para conocer el misterio de la voluntad de Dios en la historia	228
La gloria de Cristo en el hombre viviente	229
Abre nuestros corazones	229
Ven, Espíritu creador y creativo	230
El corazón de Jesús	230
Guíanos hacia la verdad	232

Sin ti	233
El Espíritu Santo en nosotros	234
9. Oraciones a María	237
Acoger a Jesús	237
La alegría del evangelio	238
La pascua con María	239
Contemplando a María	240
La madre de la ternura	240
La señora de la reconciliación	240
María junto a la cruz	241
Me entrego a ti	242
Llorar contigo	243
Reina de la acogida	243
La esclava del Señor	244
La pérdida de Jesús	245
Incomprensión del misterio	246
“Haced lo que él os diga”	246
Contigo, María	247
El retoño	247
Oración por Europa	248
Oración por Rusia	250
Oración por el mundo	251
10. Oraciones por la Iglesia	255
El misterio de la Iglesia	255
Una Iglesia santa	256
Cristo, fin de la Iglesia	257
Los testigos de la Iglesia apostólica	258
11. Oraciones por los adolescentes	261
Gracias por habernos reunido	261
Natanael	262
La samaritana	262
Los apóstoles	264
Abrahán	264
Ilumina mi vida	265
Conocer a Jesús	266

Nos llamas ante ti	267
El salmo 138	268